Dios se quedó dormido

Juan Carlos Boveri

Imagen: Cielos – JB
Ediciones Bec

El olvido de Dios

1

Era habitual que Dios paseara por la Tierra mezclándose entre la gente sin darse a conocer. No lo hacía de este modo para observar el comportamiento de las personas ni para tratar de entender mejor las circunstancias de la vida, sino para distenderse de sus tareas habituales.

En realidad, en los últimos años, esas tareas no le ocupaban sino una parte muy pequeña de su tiempo. Harto de tener que resolver problemas, poco a poco, delegó muchas de funciones en sus subalternos. Sin tener nada que hacer durante la mayor parte del día, cansado de ver las mismas caras de santos y santas, se aburría.

Bajar a la Tierra, aspirar el esmog, escuchar el ruido ensordecedor del tránsito de los vehículos, mirar la velocidad con que la gente caminaba para llegar rápido a ninguna parte, lo reanimaba inyectándole nuevos bríos.

Esa tarde hacía frío. Las nubes estaban bajas y cargadas de lluvia. Dios se sentía a sus anchas, era el tipo de días que le agradaban. Metió las manos en los bolsillos del impermeable y esperó que el semáforo cambiara las luces para cruzar la calle.

Por unos instantes, según era su costumbre, se distrajo.

Recobró la concentración en el momento que el muñequito colorado comenzó a titilar.

El muñequito se detuvo en colorado.

Entonces, bajó de la vereda, y, por supuesto, lo atropellaron.

Tuvo suerte, era una bicicleta.

Dios, que no había visto a la bicicleta, y aún con las manos en los bolsillos, trastabilló sobre uno de sus pies. Intentó sacar las manos de los bolsillos, pero todo lo que consiguió fue que el impermeable se levantara por encima de las rodillas.

Por un segundo, quedó suspendido sobre sus talones y, sin poder contradecir la ley de la gravedad, cayó de espaldas.

Cuando se recobró, estaba sobre la vereda. Un vendedor de diarios le sacudía el impermeable.

El ciclista daba explicaciones. Una señora preguntó:

—¿Se encuentra bien, abuelo?

Dios, confundido por la caída, miró a uno y otro lado, buscando al hombre mayor al que la señora se dirigía. No lo vio.

Dijo que se encontraba bien. Tomó distancia del par de personas que intentaban ayudarlo y cruzó la calle, por supuesto, con el muñequito colorado del semáforo titilando.

Por detrás de Él, oyó que el ciclista decía algo sobre un viejo estúpido. Miró hacia la vereda. No encontró a ningún viejo.

Caminó con la mayor rapidez que pudo, como hacen los que huyen de un papelón y se alejó tanto que, al tratar de saber por dónde andaba, se dio cuenta que caminó veintitrés cuadras.

Conforme con la distancia que consiguió alejarse del sitio del suceso, se detuvo frente a una vidriera.

Entonces, notó que le faltaba el aire y le dolían las piernas. La caminata fue excesiva. Dios nunca hacía gimnasia.

Vio su aspecto reflejado en la vidriera. Se pasó la mano por la cabeza, acomodándose el pelo. Tenía un chichón. No era muy grande y solo le dolía al tocarse. Dio unos pasos y percibió olor a comida.

El olor le hizo dar hambre y entró al restorán.

El lugar era pequeño. Las mesas estaban cubiertas por manteles a cuadros verdes y blancos y, en el centro, tenían un florerito con florcitas artificiales.

Dios ocupó una de las mesas junto a la pared, cerca de una pareja que estaba discutiendo. A Dios le gustaba escuchar discusiones amorosas.

El mozo lo atendió enseguida. Esto agradó a Dios porque si algo detestaba era tener que esperar. No soportaba la ansiedad. Un minuto de espera, lo sacaba de quicio.

Ordenó una milanesa con papas fritas; dos huevos fritos; una ensalada de tomates, lechuga y cebollas; otra de radicheta y ajo; una botella de vino tinto y mostaza.

Comer cuanto quisiera era una de las cosas que le gustaban de la Tierra.

En el Cielo decían que estaba gordo y lo ponían a dieta.

Cuando le trajeron el pedido, pidió que llenaran la panera.

Esperando, se había comido todo el pan.

Después de comer el último trocito de ajo, pidió un flan con crema y dulce de leche, un café y un coñac.

Al beber el último trago de coñac, se dio por satisfecho.

Limpió su boca con la servilleta, se puso de pie, dirigió una mirada a la pareja que seguía discutiendo, volvió a ponerse el impermeable y salió.

No llegó a cruzar la puerta del restorán que escuchó unos gritos, se detuvo y vio a alguien corriendo hacia Él.

Era el mozo y le sujetaba con fuerza el brazo.

—Señor, no pagó la cuenta.

Dios lo miró extrañado.

El mozo insistía y Dios demoraba en comprender.

Al fin, entendió. Metió las manos en los bolsillos, pero no encontró nada.

Dios nunca llevaba plata porque era Dios.

—¡Ah, un vivo! Come como en un banquete y se escapa sin pagar. Venga, acompáñeme adentro.

Con pasos apurados recorrieron el salón. El mozo empujó en forma enérgica una puerta vaivén y entraron a la cocina.

¿Qué pasa? —preguntó una mujer de pechos prominentes, secándose las manos en el delantal.

—Este fue el que comió como para cinco y se quiso escapar sin pagar.

La mujer lo miró de la cabeza a los pies.

—¿No le da vergüenza? Mírese, si parece un señor. Si tiene hambre, ¿por qué no pide? Si pide, le damos. ¡Claro! Un señorón no pide, estafa. ¡Mire todo lo que comió! Con esa panza no parece estar pasando necesidades. ¡Sinvergüenza! —dijo la mujer.

Dios agachaba la cabeza. Tenía las mejillas coloradas.

—Va a pagar. ¡Quédese tranquilo que va a pagar! De acá no se va hasta que termine de lavar los platos, limpiar la cocina y los baños. ¿Está de acuerdo, señor?

Dios movió apenas la cabeza, aceptando.

Le hicieron quitar el impermeable y el saco. Se arremangó la camisa y un muchacho con la cara llena de acné, con un gorro en la cabeza, le alcanzó un delantal.

—Si rompe, paga —dijo la mujer—. Los platos y las ollas las va poniendo donde le diga Julito.

La mujer se dio vuelta y comenzó a revolver una salsa.

—¡Eh, don! —dijo Julito—. ¿Cómo se llama usted?

Dios lo miró confundido.

—¿Tiene nombre, don? —insistió Julito.

Dios permaneció pensativo. Hizo un esfuerzo. Quería contestar, pero no podía.

Como si saliera de un sueño dijo:

—No me acuerdo.

La mujer, sin volverse para mirarlo, dijo:

—No se haga el gracioso con el chico. Dígale cómo se llama. ¿No ve que es un inocente, un lerdo de seso?

Dios trató de pensar.

Se le ocurrían nombres de árboles y frutas, pero decidió que ninguno de ellos podía ser su nombre propio.

—Señora, no me puedo acordar de cómo me llamo.

La mujer se dio vuelta. El tono de voz de Dios la convenció de que hablaba en serio.

—¿Dónde vive usted? —preguntó.

Dios permaneció en silencio.

—No sé —dijo con un gesto de desesperación en la cara.

La mujer se le acercó.

Lo miró con curiosidad y un poco de desconfianza.

—¿De verdad no se acuerda de nada?

—No me acuerdo —respondió Dios.

—Busquemos sus documentos. Revise en el saco —dijo la mujer—. ¿Puedo revisar yo?

Dios asintió.

La mujer revisó bolsillo por bolsillo y no encontró ni un papelito ni una pelusa.

—¡Azucena, salen dos estofados! —gritó el mozo empujando la puerta vaivén y empezando a vaciar la bandeja de platos sucios dejándolos en la mesada.

—García, este hombre no se acuerda quién es.

García la miró y le guiñó el ojo.

—Es un mandaparte, Azucena. Póngalo a lavar, no le haga caso. Si habré visto de estos atorrantes.

—No se niega a trabajar, pero de verdad que no se acuerda.

—A ver —dijo García—. ¿Cómo se llama usted? ¿No se acuerda cómo se llama? ¿Dónde vive? ¿Está casado? ¿Tiene un gato?

—García, ¿qué hay si el hombre tiene un gato?

—Azucena, nunca descarte los detalles, que tienen su importancia para llegar a la verdad. Veamos, ¿cómo se llama su gato? ¿Ha criado un ave? ¿Conoce de abejas? ¿Ha carneado una ternera? ¿Le retorció el cogote a una gallina?

Dios se encogió de hombros.

—No sabemos si tiene un gato, García. Es más importante saber cómo se llama y dónde vive este pobre hombre. Está perdido, a lo mejor se escapó de un geriátrico.

—Es un pobre viejo —dijo Julito.

Dios miró para todos lados y, otra vez, no encontró al viejo. García le parecía de mediana edad, pero pensó que, para Julito, García debía ser un viejo.

—¡Los estofados, Azucena! —se acordó García.

Dios vio que todos se movían como si estuvieran electrizados y se olvidaban de Él.

Decidió hacer un nuevo esfuerzo de concentración.

Estiró los labios apretándolos, cerró los ojos, arrugó la frente y la nariz.

Resignado, dijo:

—No me acuerdo cómo me llamo.

2

A las doce de la noche, cerraron el restorán.

Afuera llovía.

Todo ese tiempo Dios permaneció sentado en un rincón de la cocina, sin hacer nada, solo mirando el ir y venir de García, el revolver ollas de Azucena y el lavar trastos de Julito.

—Oiga, don. Julito tiene que barrer el local. ¿Qué le parece, por más desmemoriado que esté, si hace algo? Lleva tres horas sentado haciendo la digestión. Vea cómo está la cocina. ¿Y si se pone a trabajar y paga lo que comió? —dijo García.

—Déjelo, hombre —dijo Azucena.

—¿Por qué? Se lo ve saludable. Tiene la cara más descansada que la mía. Póngalo a trabajar, Azucena.

—Bueno, si quiere, hágalo. Es bueno que el hombre trabaje, los vagos no van al Cielo —dijo Azucena.

Dios se levantó. «¿Cielo?», pensó. Le pareció que el nombre tenía algo que ver con Él. Buscó en su memoria, pero no encontró nada. Se puso el delantal.

Azucena, llevando platos con comida, le dijo:

—Cuando termine, venga al salón. Estamos comiendo ahí

Dios se quedó solo. Recorrió con la mirada cada rincón de la cocina. Por donde se la mirase, estaba sucia.

Las ollas, con comida pegada en el fondo y en los bordes, se amontonaban sobre la mesada; los platos, acomodados de can-

to, ocupaban toda la pileta. El piso y las paredes estaban salpicados de salsa.

—¡Mi buen Dios! —dijo Dios—. ¿Por dónde empiezo? Aquí es necesario emplear una estrategia y una táctica. La cuestión es: ¿qué estrategia y qué táctica? Recordemos los grandes pensamientos: lo primero es lo primero. Y las cosas grandes empiezan por ser pequeñas. Comencemos, entonces, por este platito de café. Abramos la canilla, dejemos salir el agua, pongamos el platito abajo. Listo. Una cosa menos.

Sin duda, cualquiera fuera la circunstancia, Dios siempre era un optimista.

Tomó un segundo platito de café y, al hacerlo, como si estuviera acordándose entre nieblas, se hizo una pregunta:

—Alguna vez, yo encontré algo muy revuelto, un verdadero caos. ¿Qué era? ¿Y cómo hice para arreglarlo?

Cerró los ojos, buscando concentrarse en forma intensa. Esta vez, puso toda su voluntad.

Respiró hondo, soltó el aire de golpe, abrió los ojos y dijo:

—No me acuerdo.

Puso el segundo platito de café bajo el agua.

Lo retiró y lo acomodó con delicadeza.

—Muy bien. Vamos progresando. Para llegar, primero hay que salir. Damos un paso y otro paso y dos pasos son más que uno, pero menos que tres, así que tomemos el tercer platito.

Dios se sentía complacido escuchándose.

Le parecía que cada palabra que pronunciaba encerraba un pensamiento profundo.

—Mejor es cazar un venado en el bosque que un águila en la montaña, de modo que tomaremos el platito más cercano y lo pondremos bajo el agua cristalina, que muy cristalina no está y más bien es color marroncito, sin duda, porque arrastra polvillo de la montaña del cual fluye el manantial que la genera. Agua y tierra constituyen el barro... barro. ¿Qué hice Yo con barro?

A las tres y cuarenta y cinco de la madrugada, pasadas tres horas y cuarenta y cinco minutos después que lavara el primer platito de café, Dios acabó de pasar el trapo húmedo por el piso, se lavó las manos y se sentó en una silla a mirar con cara complaciente su obra.

—Tarea concluida y realizada con la ligereza del cisne en el agua —dijo lleno de satisfacción.

A las dos de la mañana, Azucena le había dicho:

—Está lloviendo mucho y, por lo visto, usted no tiene un lugar adónde ir. Mañana vemos. Esta noche puede dormir en ese cuartito que hay atrás. Apague las luces.

Dios entró al cuartito.

Pensó que se había equivocado. No había ninguna cama.

Buscó otro cuartito, pero ese era el único.

—Peor sería si estas personas fueran faquires. Preparemos el suave lecho en el cual el durmiente descansará cual mariposa en la crisálida.

Extendió en el piso el impermeable, se quitó los zapatos y los pantalones y se acostó. Como si recordara algo, dijo:

—Falta la delicada sábana.

Tomó el saco y, de manera elegante, lo extendió sobre Él.

Antes de dormirse, tuvo la sensación de que hacía muchísimo tiempo, casi una eternidad, que no trabajaba tanto.

3

Al día siguiente continuaba sin poder recordar su nombre ni dónde vivía. Azucena creyó conveniente llevarlo al médico.

El especialista, dijo:

—El chichón en la cabeza, muestra que hubo un golpe que le provocó una amnesia temporal. Hay que hacer una tomografía computada. Si se formó un coágulo habrá que realizar una trepanación craneana. Voy a pedirle una punción lumbar y, como no se puede descartar un avanzado estado de arterosclerosis, análisis de sangre para verificar los niveles de colesterol y glucemia. Análisis de orina y materia fecal. Radiografía de tórax. Vamos a hacer un centello grama para ver la tiroides. Un electrocardiograma y un cultivo por si es alérgico. Un análisis parasitario. Por la edad, le estoy ordenando un estudio renal, ecografía de próstata y vejiga. Vamos a hacer una rinoscopia. Puede haber ingerido drogas ilegales.

Dios, sentado frente al médico, doblaba la espalda y había puesto tímidamente las dos manos entre las piernas. Su frente estaba fría y humedecida. Sentía revuelto el estómago y tenía náuseas.

Pensó: «Me encontró algo muy grave. No me queda mucha vida. Me estoy muriendo. De un momento a otro, entraré en estado de coma».

Como si necesitase morir en compañía, tomó la mano de Azucena. Ella la notó húmeda, pero la aferró con calidez.

—Doctor, este hombre no tiene prepaga, lo estamos consultando en carácter privado. Apareció en mi restorán y el pobre no tiene dinero, por lo menos, que lleve encima.

El médico se quitó los anteojos.

—¿Por qué no me avisó? —dijo, rompió las cuatro recetas y agregó: —Póngale una bolsa de hielo para que le baje el chichón y dele cualquier calmante.

—¿Y con la amnesia? —preguntó Azucena.

—Se va sola o es asunto de un psiquiatra. No es para mí.

Le dieron la mano y salieron.

Azucena se disponía a pagarle a la secretaria cuando el doctor abrió la puerta del consultorio y dijo:

—Vienen en privado.

La secretaria guardó el bono que había cortado y comenzó a escribir un recibo.

Azucena miró el precio de la consulta y preguntó:

—¿Puedo pagarle con tarjeta de crédito?

Aceptaban todas las tarjetas.

En la calle, Dios caminaba como un hombre enfermo.

—¿Se siente bien?

—¿Cómo puedo sentirme bien cuando me quedan tan pocas semanas de vida?

—¿De dónde sacó que se va a morir?

—Si me pidió tantos análisis es porque tengo una enfermedad terminal.

—¡Déjese de embromar! No le encontró nada. ¿No oyó que dijo que se pusiera hielo en el chichón?

Dios, en esa parte, se había distraído imaginando su velorio. Se había visto rodeado de calas; con dos enormes cirios en la cabecera del cajón y unas vecinas viejas que, sin tener nada para hacer, se habían metido en el velorio para aprovechar la ocasión de poder llorar y conversar mientras tomaban café hasta la hora en que empezaba el teleteatro.

—¿Está segura de que no tengo nada mortal?

—¡Hombre! Usted está más sano que yo. Se dio un golpazo y perdió la memoria, eso es todo.

Dios respiró con satisfacción. Pasó un brazo por encima de los hombros de Azucena y le dio un beso en la mejilla.

—¡Mire qué lindo está el día! —exclamó Dios mirando los nubarrones—. La naturaleza penetra en la ciudad con su alegría que, cual grulla veleidosa que croa, si es que fuera rana y, al no

serlo, grazna más allá de los tejados, para establecer la simetría entre la abstracta grulla y la concreta rana o viceversa ya que de la hermética simetría se trata y no de la coqueta madre de la soberbia grulla a la cual arrulla como si fuera hermana de la tierna rana.

—Es usted un poeta —dijo Azucena mirándolo con admiración, aunque no había entendido nada.

—Si Yo soy el poeta, usted es la poesía, Azucena —dijo Dios.

Azucena sintió que el corazón le latía con fuerza. Suspiró. Lo miró de reojo y sonrió. Tenía una sensación que hacía años no experimentaba. Se sintió un poco confundida. Volvió a mirarlo. Acercó su cuerpo y lo tomó del brazo.

—¿Le gustaría trabajar en el restorán? —preguntó con un poco de inseguridad.

—Bueno —dijo Dios que no era tipo de andar vacilando, sobre todo en cuestiones que no sabía de qué se trataban.

Azucena le apretó el brazo.

—Bueno —dijo ella también y se sintió contenta.

4

Dios era buen cocinero, a pesar de ponerle demasiada sal a la comida.

Al menos, para el gusto de García.

Como Dios probaba en exceso las comidas y era más lo que comía que lo que cocinaba, no lo dejaban solo para evitar las pérdidas.

Al comienzo, Azucena intentó defenderlo:

—Todo cocinero debe probar lo que cocina.

—Este hombre no prueba, devora. Ayer, cuando usted salió, se comió un plato de riñones, dos canelones, un bife con tres huevos fritos, seis albóndigas, cuatro panqueques de dulce de leche y otro de manzana, carne al horno, pollo a la portuguesa, vermicelli al pesto, ravioles a los cuatro quesos, torta de naranja, de chocolate y arroz con leche. Y dos botellas de vino tinto de las que cuestan un testículo del cliente. Usted dirá que estaba catando el vino. Yo le digo que la funde en menos de un mes.

Los argumentos de García le parecieron sólidos a Azucena y decidió que Dios se turnara entre ayudar en la cocina y atender las mesas.

Al principio, a Dios le costó mantener la bandeja en equilibrio, pero practicó en las noches, ya cerrado el restorán, y llegó a manejarla como un mozo experimentado.

Realmente atendía muy bien.

—Hay que reconocer que tiene clase —dijo Azucena—. Hace lucir al restorán, voy a pasarlo a usted, García, al mostrador, ya que siempre se anda quejando del dolor de pies.

García aceptó de mala gana porque se perdía las propinas, pero reconoció que Dios era un mozo de categoría.

Por otra parte, había simpatizado con Él, a quien había bautizado Manolo, hasta que se acordara de su nombre, y pasaba mucho rato escuchándolo hablar y opinar sobre todos los temas.

Si dos cosas tenía Dios o don Manolo, como ahora se lo conocía, eran su capacidad de hablar todo el tiempo y no escuchar a quien le hablaba.

Con García se sentía a gusto porque podía decir cuanto se le ocurriera sin ser interrumpido y siempre gozando del máximo de atención, lo que le permitía emplear su gran inventiva, contar toda clase de mentiras y desarrollar las teorías que tenía sobre cada circunstancia de la existencia humana.

—Fíjese, García. El omóplato, por ejemplo. ¿Se acuerda usted de su omóplato, García? —le decía.

Respondía García:

—No, no me acuerdo.

Dios se tocaba la rodilla y García lo copiaba tocando la suya.

—El omóplato. La rótula es otro ejemplo —decía Dios.

García repetía:

—La rótula, el omóplato es otra cosa.

—Efectivamente, García, rótula y omóplato son diferentes. ¿Se acuerda usted de la rótula, García?

—No, muy a menudo, no.

—¡Ha visto, usted no piensa en la rótula ni en el omóplato! Pero piensa en una pata de pollo, ¿por qué piensa en la pata de un pollo y no en la rótula o el omóplato?

—Ya entiendo. Es sobre los buenos modales. Como que hay que pedir una rótula de pollo, como si dijéramos un omóplato de pollo a la portuguesa.

—No, García —decía Dios y García replicaba:

—Efectivamente, no es así.

—Usted piensa en una pata de pollo y no en su rótula y su omóplato porque usted se preocupa más de lo que está a su alrededor que de usted mismo.

—Es cierto —respondía García con admiración.

—Entonces, García —le decía Dios—, deje de preocuparse por las propinas y quítese de la cabeza esas ideas de que tenemos que compartirlas. Usted preocúpese de su omóplato que yo cobro las propinas.

—Don Manolo es un hombre que sabe muchas cosas. Es una «inminencia» —decía García.

Azucena sonreía, sin dejar de picar cebollas y Julito asentía con la cabeza y agregaba:

—A mí me gusta cuando cuenta chistes. Sabe un montón de cuentos de curas.

—Don Manolo sí que es ateo. Ni a los santos perdona —decía García, riéndose.

En este caso, Azucena se ponía seria y se tocaba la medalla de la virgen milagrosa colgada de su cuello.

Otras veces, escuchaba a don Manolo con atención aunque se cuidaba de mirarlo fijamente.

Cuando estaba segura de no ser observada, lo miraba de reojo. De vez en cuando, mientras mezclaba el tomate con las cebollas, la sal y las especias, en sus labios se formaba una pequeña sonrisa, un gesto tan insignificante que solo alguien muy observador podría haberse percatado.

Hacía días se había ocupado de arreglar el cuartito. La cama tenía un colchón cómodo; sobre la mesa de luz había una lámpara de porcelana floreada con pantalla beige.

La propia Azucena se encargó de vaciar un armario, forrar los estantes con papel floreado para que sirviera de ropero.

Diciendo que era a cuenta del sueldo, le compró camisas, pantalones, un saco; zapatos, ropa interior y corbatas floreadas.

Al poco tiempo, pareció estar en exceso ansiosa y distraída, como si estuviera concentrada en un solo tema que le preocupaba y necesitara resolver cuanto antes.

Al fin, una mañana, dando la impresión de haber pasado la noche entera pensando el modo de decir lo que quería, se atrevió y le dijo a don Manolo:

—Usted debe estar incómodo en ese cuartito, que no tiene ni ventanas. En mi casa hay una habitación vacía, se me ocurrió que usted podría usarla, por los menos hasta que se acuerde de quién es y entonces decida hacer lo que quiere hacer.

—Bueno —dijo Dios.

Azucena, que dijo toda la frase de un tirón, sin respirar siquiera, movió la cabeza y pareció pensar: «¿Así nomás y ya está?».

Esa noche, Dios se mudó al departamento de Azucena.

La habitación era amplia, con una ventana a la calle.

En la cama, cubierta por una colcha floreada, Azucena dejó un pijama recién comprado.

A la mañana siguiente, Dios encontró el desayuno servido. Junto a la taza de café con leche, había un plato lleno de buñuelos rellenos de banana.

5

La tía Enriqueta era sorda y vivía en el cuarto contiguo al de Dios. El dormitorio de Azucena, junto al baño, estaba frente al suyo. La tía Enriqueta había empezado a perder el oído hacia los treinta y ocho años.

En esa época tuvo un candidato, Pedro Nuñez, que la visitaba y que se le declaró cuatro veces.

Como el pobre hombre se ponía nervioso y nunca notó que la tía Enriqueta se estaba volviendo sorda, se le declaraba bajando la voz, intentando mostrarse más seductor y romántico.

La tía Enriqueta, que no entendía nada de lo que le decía, sonreía enigmática y, para mostrarse amable, siempre contestaba:

—¡Qué cosas dice, cómo se le ocurren esas cosas!

En una oportunidad, en la que recibió la que fue la última declaración de amor que le hicieron en la vida, creyó que Pedro Nu-

ñez había contado algo gracioso, soltó una sonora carcajada y dijo: «¡Cómo se le ocurre!».

Cuando Pedro Nuñez, dolorido y ofendido, no volvió nunca más a visitarla, lloró durante meses y dijo que todos los hombres son iguales. Con lo que quería decir que todos eran una basura y decidió mantenerse soltera el resto de su vida.

Dios jugaba al dominó con ella y opinaba que era una mujer muy agradable.

La tía Enriqueta lo escuchaba con mucha atención y siempre le decía:

—¡Qué cosas se le ocurren!

Esto le gustaba a Dios. Se sentía valorado por sus opiniones.

En cambio, de Azucena dijo que tenía mal carácter y que era una intolerante.

Esto lo dijo porque Azucena se quejó de sus ronquidos. Ella le aseguró que ni el camión de la basura, al juntar los desperdicios en la madrugada, conseguía tapar los ronquidos.

Dios afirmó enfáticamente que no roncaba y que, a lo sumo, durante el sueño, de su boca podía huir algún suspiro.

—Creo que usted está dormida y sueña que ronco. Sin duda, habrá notado usted la distancia entre su dormitorio y el mío. No menos de siete metros, quizás quince metros. El de la tía Enriqueta y el mío están uno al lado del otro; una delgada pared de dos centímetros de ancho nos separa, ¿cómo es posible que usted escuche mis ronquidos y la tía Enriqueta no los oiga?

—Hace ocho días que vive acá —le dijo Azucena—, todas las noches se pone a jugar al dominó con la tía; entre los dos se toman media botella de anís y usted se la pasa hablando sin parar durante horas. ¿Todavía no se dio cuenta de que la tía Enriqueta es sorda?

Dios no se había dado cuenta.

6

En la quinta semana que Dios realizaba con toda alegría su nuevo oficio de mozo, sucedió el primero de los hechos que bien pueden considerarse como difíciles de explicar mediante la ciencia o que deben ser calificados de extraordinarios o, al menos, de poco frecuentes.

Faltaba poco para que el restorán cerrara. Solo quedaban tres mesas ocupadas.

En una de las mesas, estaba un hombre gordinflón, con bigotes espesos y un peluquín.Lo acompañaba una señora con bastantes carnes de sobra y otro hombre, bajo, delgado y con dientes de menos.

De forma imprevista, el hombre gordinflón se desplomó.

Arrastró el mantel, los platos, cubiertos y bebidas.

Azucena corrió al salón y García, despabilándose de la somnolencia, salió de atrás del mostrador.

—¡Le ha dado un ataque! —gritó, con voz de soprano la señora carnosa.

—¡García, llame a una ambulancia! —pidió Azucena y García dio un salto tomando el teléfono.

Dios estaba de pie, junto al caído, que se agarraba el brazo dando muestra de un fuerte dolor.

Dios se mostraba impasible, no diríamos insensible, más bien mirando, pero pensando en otra cosa.

—¡Rápido, por favor! —gritó la señora carnosa que había comenzado a llorar a modo de presagio nefasto—. ¡Mi marido está muy mal!

Dios se inclinó sobre la señora, que, de rodillas junto al infartado, intentaba hacer algo, pero al no saber qué era lo más adecuado seguía llorando, con lo cual no desentonaba en la escena y, por el contrario, le daba un tono dramático muy apropiado.

Dios aprovechó para mirar los senos de la señora que, dada la posición en la que se encontraba y el escote del vestido, se apreciaban en su interesante abundancia.

—¿Usted es la esposa?

—Sí.

—¿Hace mucho que se casaron?

—Veintiocho años.

—¿Tienen hijos?

—Dos.

—¿Cómo se llaman?

—Luis y María.

—Lindos nombre, muy originales.

Mientras le seguía mirando los pechos, Dios le preguntó:

—¿Por dónde viven ustedes?

—Cerca del parque.

—¡Lindo lugar, muy lindo! —dijo Dios, que, naturalmente, no sabía de qué parque se trataba.

García, agitado, dijo:

—Ya viene la ambulancia. ¡Que se sostenga, que se sostenga!

—¡Que se sostenga! —dijo Dios sonriendo—García, haceme acordar que te cuente un cuento buenísimo de una monja que decía: «¡Que se sostenga!».

Azucena se acercó al oído de Dios y le susurró:

—No sea bárbaro, ¿no ve que este hombre se está muriendo?

—No, cómo se va a morir, si está lindo. Vea la perfecta redondez de esa barriga, llena de saludable comida; fíjese en esos cachetes sonrosados; observe, sin discreción alguna, esa nariz con la punta carnosa y coloradota, estandarte del buen tomador de vino. ¡Vamos, arriba, a seguir comiendo! —dijo Dios, puso una mano sobre el pecho del gordinflón y lo movió como si lo estuviera despertando.

Entonces fue que el hombre infartado dijo:

—¿Pero qué hago yo en el suelo?

—Se fue para atrás —explicó Dios—. Seguramente ha sido un gas o flato, según sea su gusto al denominarlo. Usted expe-

lió el gas; el gas rebotó en el asiento y se introdujo nuevamente en el ano. Retornó al vientre que, al ser muy abultado, estaba apoyado contra la mesa. El gas, desde la cara interna del vientre, se estrelló en la mesa y fue hacia las costillas. Ahí, usted, por la violencia del aire de la mencionada ventosidad, se cayó de espaldas.

Azucena y la señora, todavía de rodillas, lo miraban con la boca abierta.

El señor delgado hizo un gesto con los labios como diciendo: «Mire usted».

Al llegar la ambulancia, el señor gordinflón comía un plato de fideos con salsa muy picante que Dios le sirvió como invitación de la casa.

—Nada más que un susto. Fue un gas que se le atravesó en el vientre —les dijo García a los médicos.

Al quedarse solos, Azucena dijo:

—Eso no fue un gas. El hombre estaba infartado.

—Si don Manolo, que es sabio, dice que fue un gas ha sido un gas.

—No fue un gas, García —dijo Azucena, se quedó en silencio y, como si ante sus ojos hubiera aparecido una luz que la iluminara, dijo: —Ha sido un milagro.

—Azucena, usted siempre tan católica. No hay milagros porque Dios no existe, lo dijo don Manolo.

—Fue un milagro —repitió azucena.

—Ha sido un gas, Azucena. Créale a don Manolo —insistió García, acomodando los cubiertos en un cajón.

7

El segundo de los sucesos se produjo en el departamento de Azucena.

Como era costumbre, Dios y la tía Enriqueta jugaban al dominó y tomaban sus copitas de anís.

Dios hablaba animadamente y, en la cocina, Azucena preparaba la taza de té que todas las noches tomaba antes de dormir.

Azucena lo escuchaba hablar y sentía que sus días eran distintos desde que apareció don Manolo.

Durante años, había llegado a su casa con el suficiente cansancio como para no tener que pensar en nada.

La tía Enriqueta era, para ella, una compañía necesaria, del mismo modo en que lo eran el canario y el pez.

Estaban ahí: la tía Enriqueta encerrada en su sordera, el canario en su jaula, el pez en la pecera; solos cada uno de ellos y todos acompañados en su soledad.

Eso se había ido de la vida de Azucena: la soledad interior, el sentirse sola estando acompañada. Ahora estaba acompañada por don Manolo, pero su compañía era diferente a todas. Su presencia la hacía sentirse renovada.

Azucena se acarició la papada y se dio unos golpecitos por debajo del mentón. Se tocó el vientre rollizo y lo hundió intentando disimular las prominencias de la cintura.

Bajó la vista y contempló la parte superior de sus senos, los acomodó en el corpiño y pareció satisfecha con esa parte de su cuerpo.

Como si acabara de hacerse una promesa, levantó la tapa del tacho de basura y arrojó la mitad de la porción de torta que estaba comiendo.

Pareció estar hablando para sí misma, haciéndose promesas, una tras otra, y prometiéndose lo más importante: cumplirlas.

Inyectada de nuevos bríos, empujó con violencia el cajón de los repasadores y, en ese preciso instante, aconteció lo que la impresionó hasta dejarla sin habla.

—¡No hagas ruido con los cajones, Azucena! ¡Más despacio, mujer, que no somos sordos! —gritó la tía Enriqueta.

Azucena se paró en la puerta de la cocina.

Vio a la tía Enriqueta poniendo la ficha del seis-uno en el doble seis que había jugado don Manolo.

Vio a don Manolo encendiendo la pipa, pitar, soltar el humo y tomarse el anís.

Hizo un gesto con la cara, como si estuviera descartando que hubiera escuchado la voz de la tía Enriqueta.

Movió muy despacio sus pies y, a pesar de estar consciente de que todo era real, que don Manolo continuaba hablando y

de que ella caminaba a través del salón, no podía evitar la sensación de estar en la mitad de un sueño.

Ya estaba junto a la tía Enriqueta, a sus espaldas.

Veía el rodete sobre la nuca, el cuello delgado y las finas arrugas que se extendían por debajo de las orejas. Si estiraba el brazo, podía tocarla. En vez de tocarla, con una voz muy tenue, un susurro apenas audible, dijo:

—Tía...

—¿Sí? —dijo la tía Enriqueta y puso la ficha del tres-cuatro pegada al uno-tres que había puesto don Manolo.

—¿Tía? —repitió Azucena y, más bien, balbuceó las sílabas.

—Sí, ¿qué pasa? —preguntó la tía Enriqueta.

Al reponerse de la sorpresa, Azucena oyó cómo don Manolo le explicaba que la tía Enriqueta padecía de una sordera conocida como de la planta del poroto.

Esto consiste en que, siendo una niña, ella se introdujo un poroto en la oreja. El poroto suele irse hacia adentro y el niño se olvida que se lo metió.

El poroto fertiliza y se forma una plantita. Las raíces se extienden por todos los vericuetos de los conductos auditivos y estos quedan taponados impidiendo el paso del los sonidos.

—Me sacó la planta y listo —dijo la tía Enriqueta.

—¿Dónde está la planta?

—Don Manolo la tiró en el inodoro para prevenir infecciones. Además, eso fue anoche mientras estabas durmiendo.

—¿Cómo no me dijo nada?

Azucena, más que sentarse, se desplomó sobre una silla.

—Te fuiste a dormir temprano. No iba a despertarte. Y me quedé dormida recién a la hora que vos te levantás.

—Eso lo entiendo. Usted estaba muy ansiosa y no se podía dormir por la gran alegría de haber recuperado el oído y volver a escuchar —afirmó Azucena.

—Imaginate que esa planta de porotos llevaba vaya a saber cuántos años ahí. Yo hacía como cuarenta y tres años que no oía nada. Escuchar de nuevo fue terrible.

—Una gran emoción —dijo Azucena.

—Al principio, pero en la madrugada, ¡ay, mi Dios Bendito! ¡Espantoso! No pude pegar un ojo hasta que este hombre se despertó. ¡Cómo ronca! ¡Y no para de hablar! ¡Santo Dios! Si no hubiera tirado la planta de porotos le pediría que la vuelva a poner en su lugar.

La tía Enriqueta soltó una risita.

Dios preguntó:

—¿Habrá quedado algo de la torta de chocolate?

Azucena permaneció en silencio y lo miró largamente.

—¡Mujer, que te ha pedido torta! —exclamó la tía Enriqueta, conservando la costumbre de hablar a los gritos, que así se había habituado desde los comienzos de su sordera creyendo que los demás no la escuchaban a ella tanto como ella no oía lo que le decían.

—Sí, ya voy, tía.

Azucena fue a la cocina caminando como sonámbula.

8

El tercer hecho hizo que el propio García dudara.

Sucedió en la cocina, con el restorán cerrado, en momentos que preparaban los platos del día.

Julito se cayó al suelo y se movió convulsivamente.

Azucena, como quien ya lo hizo antes, le sujetó la cabeza y le puso una servilleta entre los dientes.

—¡La ambulancia, García!

Dios, que estaba probando un ají relleno, pinchó con el tenedor el último bocado y se lo llevó a la boca, cortó un trocito de pan y también se lo comió. Tomó la copa de vino y se la bebió.

—¿Cómo puede seguir comiendo? ¿No ve cómo está Julito? ¡Ayúdeme, hombre! —dijo Azucena.

Dios se limpió cuidadosamente los labios con una servilleta. Se levantó de forma parsimoniosa.

—Julito —dijo y puso un dedo en la cabeza de Julito—. Dejá de rascarte la espalda contra el piso que vas a ensuciar la camisa. Levantate y decile a Azucena que te la rasque. Julito, arriba.

Julito se levantó y Azucena cayó sentada en el suelo con todo el peso de su cuerpo.

—No puede ser —murmuró—. Esto sí que no puede ser.

—Ya viene llegando la ambulancia —dijo García abriendo la puerta de la cocina—. ¿Cómo? ¿Ya está bien?

—No ha sido nada —dijo Dios.

Azucena ya no podía hablar.

García dijo:

—No puede restablecerse tan pronto. Es epiléptico.

—La causa es el tamaño del cerebro en proporción al cráneo —explicó Dios—. Obsérvese que Julito tiene un cerebro muy pequeño y un cráneo normal. Es decir que el cerebro no se encuentra comprimido por el cráneo. Al no estar comprimido por el cráneo, el cerebro se encuentra suelto y, cuando se produce un movimiento intenso de inclinación de la cabeza, el cerebro resbala. Si este movimiento es muy violento el cráneo se va hacia la oreja, por el lado de adentro, esto produce que se tapone el oído, siempre por el lado de adentro. El aire, que entra por las orejas para refrigerar el cerebro, no es suficiente y se produce el desmayo por la escasa oxigenación. Una vez en el suelo, mediante el movimiento convulsivo de la cabeza, el cerebro retorna al medio del cráneo. El aire vuelve a entrar con normalidad por las orejas. El cerebro se encuentra bien refrigerado y la persona está en perfectas condiciones.

Dios dio por acabado el asunto y se puso a comer una ensalada con palmitos, lechuga, tomate y ajo. Con la servilleta atada en el cuello, se preparó para uno de los placeres de la vida.

—Ha sido un problema de refrigeración del cerebro —le dijo García a los médicos—. Pero el cerebro ya está en el medio del cráneo y el aire le entra bien por las orejas.

Esta vez, Azucena no hizo comentarios. Llevó a Julito a un sanatorio y le hizo hacer toda clase de estudios. Cuando tuvo los resultados, entró al restorán y le dijo a García:

—Julito dejó de ser epiléptico, los médicos no encuentran explicación. Venga, acompáñeme a la cocina y sirva de testigo. No haga nada, no se mueva, no respire y vea lo que vea, se queda callado. ¿Entendió?

García la siguió.

Dios comía un guiso de lentejas.

Azucena se puso el delantal, tomó una cuchilla y comenzó a picar las cebollas para la salsa. De pronto, gritó «¡ay!».

—¡Uy, cómo se cortó! —dijo Julito.

Dios soltó con rapidez la cuchara, tomó la mano de Azucena y dijo:

—Quédese tranquila. La piel se junta sola.

Azucena respiró hondo. Puso la mano bajo la canilla, dejó que el agua arrastrara la sangre. La miró y su rostro se iluminó con una sonrisa.

Levantó la mano por encima de su cabeza.

La movió a derecha e izquierda, mostrándosela a García.

En la mano no se veía corte ni sangre.

García permaneció boquiabierto y Azucena dijo:

—Usted es un manosanta. Dios le ha dado poderes.

—Dios no existe —dijo Dios comiendo una papa.

9

Pronto en toda la zona se corrió la noticia de que don Manolo era un manosanta. Claro que Azucena tuvo mucho que ver. A cada sitio al que iba comentaba lo que don Manolo hizo.

Los primeros días atendió casos de verrugas, estreñimiento, culebrilla, artrosis, impotencia, caída de pelo, alergias, daños y mal de amores.

Al principio, Dios no se mostró convencido de trabajar como manosanta.

García le dijo que, sin cobrar una tarifa, poniendo una alcancía para aportes a voluntad, se podía hacer millonario.

Así fue cómo Dios ganó fama nacional como curandero y el restorán se convirtió en templo.

García lucía una chaqueta azul con cuello mao y colgaba del cuello un enorme collar de caracoles y almejas que él mismo se hizo con los caparazones que sobraron de la comida.

Usaba sandalias franciscanas y a cada cliente le decía: «hermano» o «hermana».

Azucena eligió una túnica blanca, un pañuelo de seda en la cabeza y distintos collares que le llegaban hasta el ombligo.

Julito era el encargado de repartir estampitas con la imagen de don Manolo y pedir un pago, siempre a voluntad y nada más que para cubrir gastos de materiales.

En tres meses de trabajo, la fama de Dios se extendió a tal punto que la gente hacía colas que rodeaban la manzana y pasaba la noche esperando que comenzara a atender.

Los comerciantes estaban encantados con don Manolo porque triplicaron las ventas. En especial, el bar de la esquina y el quiosco. Un caso especial fuel el del farmacéutico.

Era el único indignado con lo que ocurría. Pero solo lo estuvo en los comienzos y por razones científicas.

La empleada le dijo que podría poner en la vidriera velas de colores, sahumerios, carboncitos, hornillos y santitos.

El farmacéutico le hizo caso y, en menos de una semana, él mismo le pidió a la empleada que se colgara algunos collares al cuello y le preguntara a Azucena qué productos recetaba don Manolo para comprarlos y surtir a quienes se las pidieran. También le pareció conveniente cambiar el nombre de la farmacia. Sacó el letrero, hizo despintar la vidriera y la Farmacia Prospitti pasó a llamarse Farmacia de los Milagros.

Enterados en la televisión por una denuncia anónima de los envidiosos que siempre hay, fueron a hacerle una cámara oculta para el noticiero de la noche y desprestigiarlo. Pero don Manolo curó al actor contratado para el ardid de un dolor de muelas, le eliminó un juanete y el problema de la mala digestión.

Así fue que el conductor y la conductora del noticiero fueron vistos visitando a don Manolo para sanar de sus males, que no fueron revelados a pesar de la insistencia de los periodistas de chimentos.

Poco después, don Manolo era visitado por ministros, senadores, diputados, el vicepresidente y la señora del presidente.

Todos lo hacían con gran reserva, sin hacer la cola y entrando a altas horas de la noche porque, según es creencia universal, la oscuridad preserva a los que se sienten culpables.

García comentó que a don Manolo había ido a verlo el cura de la iglesia de tres cuadras más allá.

Iba en nombre del obispo y le pidió que bajo ningún punto de vista contase lo que iba a pedirle.

Don Manolo no contó nada, pero sí García que estaba escuchando atrás de un biombo. El cura le dijo si podía hacer un gran favor a la santa madre iglesia; que él, don Manolo, como servidor de Dios, había recibido del Cielo el don divino de sanar a las criaturas del Señor.

La santa madre iglesia era la representante de Dios en la Tierra y estaba bien que don Manolo hiciera algo por ella.

Todo lo que se le pedía era que dijera que se le había aparecido la virgen y le había encomendado la misión de sanar, en su nombre a los creyentes.

García dijo que don Manolo le contestó al cura:

—Dios no existe.

10

Así fue que todo siguió su curso normal hasta la medianoche de cierto día en que comenzaba a hacer calor y Dios se encontraba de mal humor porque el calor le hacía mal.

Habían cerrado las puertas y García y Julito se habían ido.

Azucena acomodaba la cartera y Dios se comía un sanguche de salame y queso.

En esos menesteres estaban cuando Azucena gritó:

—¡Jesús, María y José! —con una mano sobre el pecho, preguntó; —¿De dónde salieron?

Parados frente a ella, dos figuras que aparecieron de la nada.

—¿Qué quieren? A esta hora no se atiende más, tienen que venir mañana —dijo Azucena y sintió un escalofrío.

Uno de ellos, que se veía muy seguro de sí, dijo:

—Señora, por favor, no se asuste. Venimos para hablar con don Manolo. Le rogamos que nos deje solos.

—Don Manolo... —balbuceó Azucena mirándolo.

—No se preocupe, Azucena. Vaya tranquila, que yo me encargo —contestó don Manolo.

—Señora, es un asunto muy delicado y debemos hablar en privado. Le rogamos nos deje solos —insistió el que hablaba.

No muy convencida y muy preocupada, Azucena los dejó solos, pero se quedó en el salón contiguo tratando de escuchar lo que hablaban.

—Ustedes dirán —dijo don Manolo—. Sanos están. Es curioso. No tienen ni una uña encarnada.

Uno de ellos lo miraba emocionado, con la voz compungida, dijo:

—Señor... ¡por fin lo hemos encontrado!

Dios los miró sin reconocerlos.

—¿Los conozco?

—Loado Señor, yo soy Pedro; él es Pablo —dijo San Pedro y, sin poder contener por más tiempo la emoción, se puso a llorar.

—No llores, Pedro —dijo Pablo, con gesto de fastidio.

—Es que no puedo verlo así. Mirá en lo que convirtió. Y engordó como veinte quilos.

—Bien, menos palabras y más resultados, que es lo que se precisa —dijo Pablo en forma expeditiva—. Vayamos a lo que debemos hacer. Señor, sabemos que perdió la memoria y de no ser por lo famoso que se ha hecho nos hubiera costado mucho más poder encontrarlo.

—Todo este tiempo nos sentimos muy preocupados por Usted, Adorado Dios mío. Llevamos meses en una búsqueda infatigable. Teníamos miedo de que alguien se diera cuenta de que Usted no estaba.

Pablo miró fijamente a Pedro.

—Quiero decir —corrigió Pedro—que todos notaban que todo funcionaba mal. No, que funcionaba mal, no. Más bien que todo funcionaba igual o sea... bueno, que deshacíamos la ca-

ma todas las mañanas por si entraban a su dormitorio y se daban cuenta de que no había dormido allí. Si veían que Usted no había estado durmiendo, enseguida sospecharían...

—Pedro —interrumpió Pablo—. ¿Te podés callar?

—Pedro, ¿verdad? —dijo don Manolo, señalando a Pedro—. ¿Me alcanza ese durazno?

San Pedro se lo alcanzó.

—Por suerte vino a una zona pudiente —dijo Pedro—. Mire si hubiera caído en un barrio de clase baja y se hubiese puesto a hacer este mismo trabajo. Realmente hubiera sido muy preocupante. En el Cielo, enseguida, se hubieran dado cuenta que algo había cambiado. Piense cómo hubiera disminuido la mortalidad infantil, la cantidad de ancianos jubilados que hubieran tenido más vida. Pudo haber sido terrible que Usted se hubiera puesto a curar a toda esa gente de clase baja. Habrían vivido muchísimo más tiempo. Y con lo escasa que está la mano de obra en el Cielo.

—Pedro —dijo, esta vez con gravedad, Pablo—. Encarecidamente te pido que no sigas parloteando. Tenemos que proceder de inmediato. No se acuerda de nada y tampoco sabe de qué le estás hablando.

Los dos santos se miraron y, al mismo tiempo, se pusieron a uno y otro lado de don Manolo.

—¿Qué van a hacer, muchachos?

—Cierre los ojos, Señor. Por favor —pidió Pablo.

—Pablo, no sé si me va a salir —dijo San Pedro.

—Pedro, tené fe. Vamos. Hagámoslo.

Los dos santos pusieron sus manos sobre la cabeza de don Manolo. La apretaron con fuerza, soplaron y separaron las manos. Se quedaron quietos, sin respirar.

Don Manolo abrió los ojos.

—¿Qué hacemos acá, Pedrito?, ¿dónde me has traído, seguramente mientras dormía?

Los dos santos chocaron las palmas de sus manos.

—¡Buen resultado!

—No creí que me saliera.

—Te dije que hay que tener fe, Pedro, nunca se la debe perder. Aún en los peores momentos, Dios nos presta su ayuda.

Pablo sabía lo que se debía decir en cada ocasión.

No en vano había sido constructor de una religión.

—¿De qué hablan? —preguntó Dios y los santos le contaron.

—Bueno, bueno —dijo Dios mientras comía una pera—. Ha salido todo tal como Yo lo había previsto.

Pedro se limaba las uñas con una lima que Azucena olvidó sobre la mesa.

—Señor, nos alegra que se haya recuperado —dijo Pablo.

—Imagino que no habrán pensado que Yo había perdido la memoria.

—¡Jamás lo creímos, Extraordinario Creador de Todas las Criaturas! —dijo San Pedro sin dejar de limarse las uñas.

—Todo esto ha sido parte de la misión fundamental.

—¿Cuál misión? —preguntó distraídamente San Pedro que, por costumbre, siempre preguntaba todo.

Sin vacilación alguna Dios respondió:

—La misión ancestral del destino establecida en los cánones urdidos por mí, el Ser Supremo, con el objetivo de establecer los parámetros de la idiosincrasia sincrética o de la onomatopeya de la discordia y del bienestar, de acuerdo a los objetivos establecidos en el Misterio Esencial del Trigésimo Vespertino.

—Si era por eso, ¿por qué no nos avisó? —dijo San Pedro.

—¡Ay, Pedrito! Siempre tan inocente. ¿Cómo podría avisarles de aquello que es secreto? ¿Puedo Yo revelar mis misterios? ¿Puedo hacerlo, querido Pablo?

—No, Señor. No puede hacerlo.

—¿Por qué no puede hacerlo —preguntó San Pedro.

—Porque no puede —dijo rápidamente Pablo.

—¿Pero por qué? —insistió Pedro.

Pablo infló los cachetes y soltó el aire con fuerza.

—El por qué es un misterio, Pedro —dijo Pablo.

Dios pareció abstraerse de la conversación, como si estuviera pensando en otra cosa. Lo que era común en Él.

De pronto, se quedó pensando.

Luego, preguntó:

—¿Cómo supieron que Yo y el famoso manosanta don Manolo éramos el mismo? ¿De qué modo se enteraron?

Los dos santos se quedaron callados, aguardando que el otro fuera el que se encargara de responder.

—Si hace tantos meses que desaparecí y meses que llevo en este oficio, ¿cómo no me encontraron antes?

—Sin duda, esa era tu voluntad, Señor. No deseabas que te encontráramos —dijo Pablo.

Pedro sonrió satisfecho y le dirigió una mirada de admiración a Pablo.

—Sí, por supuesto. Sabemos que era mi voluntad que no me encontraran hasta que hubiese llegado a su fin la trascendente misión que me proponía cumplir. Pero, de no haber existido mi superior voluntad, ¿por qué otra razón no me habrían podido hallar?

Los dos santos se miraron. Pedro hizo una seña a Pablo para que contestara.

—¿Qué otra razón pudo haber sido, Señor? Había una sola y completa: tu superior voluntad.

«Para estas cosas, Pablo es un experto», pensó Pedro.

—Repito —dijo Dios—. Si excluimos mi superior voluntad de no ser encontrado, ¿por qué podría ser que no lo hicieran?

—¿Por qué? —preguntó San Pedro, que ya estaba bastante intrigado.

—¿Sabés por qué razón no podían encontrarme, querido y curioso Pedro?

—No, Amado Fecundador, ¿cuál es la razón? —dijo Pedro.

—¡Que todos ustedes son unos inútiles! —rugió Dios.

La cara se le puso colorada, los ojos se le inyectaron de sangre y se le hincharon las venas del cuello.

—No es posible que semejantes inservibles hayan podido relacionar al manosanta don Manolo conmigo. ¿A quién se le podría ocurrir que Yo, Dios, Señor del Universo, me voy a poner a trabajar de curandero? ¿A qué ser en todo el universo podría pasarle por la cabeza que tal cosa pueda suceder?

—Al señor Satanás —dijo Pablo.

Dios hizo silencio. Parecía sorprendido.

Pablo continuó.

—Es verdad, Señor, advertimos tu ausencia cuando el señor Satanás nos avisó que Usted no había vuelto al Cielo desde meses atrás.

Dios abrió enormes los ojos.

—¿Qué no advirtieron mi ausencia? —se atragantó con las palabras—. ¿Cómo es posible?

Con rapidez, Pablo dijo:

—No olvides, Señor, que era tu superior voluntad que no advirtiéramos tu ausencia.

—Es cierto—consintió Dios.

—Entonces salimos a buscarte, Señor —prosiguió Pablo—. Y es verdad que, siendo tu voluntad nos resultaba casi imposible saber dónde estabas.

—¿Y cómo me encuentran?

—El señor Satanás volvió a comunicarse con nosotros diciendo que Usted era don Manolo y aquí estamos. El señor Satanás nos dijo que si Usted no está en el Cielo, él se aburre.

—Bueno, bueno... —dijo Dios y se comió una aceituna.

Los tres se quedaron en silencio. Dios volvió a murmurar: «bueno, bueno» y, en ese preciso momento, la puerta se abrió y, muy agitado, entró García.

—Don Manolo, ¿está bien? —se lo veía de verdad nervioso.

Dios se metió otra aceituna en la boca.

—Me mandó a llamar Azucena. Se preocupó. Como es tarde y los señores llegaron como dice Azucena que llegaron. En fin, que está bien. Al menos, así lo parece y si usted lo dice, don Manolo, me quedo tranquilo.

—Estimado García —dijo Dios—. He de darte una noticia. He recuperado la memoria. Ya sé quién soy. Te vas a llevar una sorpresita cuando te lo diga.

García se sentó al lado de San Pedro, que lo miró de reojo y siguió limándose las uñas.

Pablo dijo:

—Señor, no sé si es conveniente decir la verdad en este caso, como en muchos otros.

—La verdad, Pablo, la verdad es la luz que alumbra el camino en la noche oscura. La verdad nos da calor cuando tenemos frío y nos refresca cuando arde nuestro cuerpo. No te olvides, querido Pablo, que la Verdad soy Yo.

Sonrió contento de sus palabras. Hizo una estudiada pausa, entrecerró los ojos e imaginando que el rostro se le había cubierto de una brillante luz, retomó la palabra:

—¿A que no te imaginás quién soy? —le preguntó a García.

García lo miró, levantó las cejas como diciendo: «No tengo ni idea».

—¡Paraos, García! —rugió Dios con la voz de los actos solemnes. García dio un salto como impulsado por un resorte y se paró como un soldado haciendo guardia.

—¡García, os he elegido!

García se tocó el pecho.

—¿A mí?

—¡Sí, García, tú has de ver con vuestros propios ojos la Gloria de Dios!

—Dios no existe, me lo dijo usted, don Manolo.

San Pedro miró hacia el suelo y tosió tratando de encubrir su risita.

Pablo permaneció imperturbable.

—¿Qué habéis dicho? ¿Qué oyen mis oídos? ¿No habéis comprendido, tú, García, entre otros a los que no haré referencia, que era una prueba para comprobar tu fe? ¡Aprended de Job, García! —Dios pensó: «Ese sí que tenía fe ni Yo hubiera creído tanto en Mí».

—Sí, aprenderé de él —dijo García—. Deme la dirección, don Manolo, y lo voy a ver para que me dé lecciones.

—¡Bestia! ¿No habéis leído la Biblia? García, ¿desconocéis que Job se ha muerto como cinco mil años atrás?

—No lo sabía, pobre hombre —dijo García.

San Pedro se puso una mano sobre la boca para no reírse.

Pablo se mantuvo tan serio y rígido como una estatua; se le podría haber encendido una vela junto a los pies.

—¡García! —continuó Dios.

—Sí.

—¡Preparaos! ¡La Revelación está pronta!

—Sí.

¡García! ¡Estáis viendo con vuestros propios ojos al Padre Celestial! ¡Yo soy Dios!

García abrió tanto los ojos que las pestañas casi se le juntaron con las cejas.

—¡Sí, García! ¡Yo soy Dios, Vuestro Señor! —Dios abría los brazos y levantaba la cabeza hacia el Cielo.

San Pedro lo miró a Pablo, que continuaba tan quieto que parecía petrificado y dejó de limarse las uñas ya que el acto daba la impresión de ser solemne.

Como Dios parecía estar esperando que le sacaran una foto y seguía en la misma posición, con los brazos extendido a ambos lados del cuerpo y mirando el techo, Pablo aprovechó y algo dijo en el oído de García.

—Señor, se hace tarde. Debemos regresar al Cielo. Se ha organizado una bienvenida, van a darse algunos discursos, no podemos hacerlos esperar —dijo Pablo.

Dios pareció salir del estado de éxtasis.

Se metió otra aceituna en la boca.

—Bueno —dijo.

Con paso majestuoso comenzó a andar.

Se detuvo. Miró a García.

—¡García! —dijo.

—Sí.

—García, eres un elegido. Tendréis un sitio magnífico en los Prados Celestiales.

García inclinó la cabeza.

Dios cruzó la puerta y llegó al salón. Azucena se le acercó.

—¿Está todo bien, don Manolo?

—Sí, mujer. Nada más que debo regresar al Cielo. Aquí, Pedro y Pablo, como sabés son dos santos, me han venido a buscar. Si por mí fuera me quedaría unos días más, pero es de imaginar que inmensas tareas me aguardan y no puedo desatenderlas ya que sin mí no pueden arreglarse y te lo digo por experiencia. Esta misión extraordinaria que Yo programé en carácter reservado ha llegado a su fin. Te espero allí y te garantizo un jardín de bellísimas azucenas rodeando al que será tu eterno hogar. Mis saludos a la tía Enriqueta, mis cariños para ella y para el buen Julito.

Azucena miró a Pedro y a Pablo, alternativamente.

Pablo hizo un gesto a espaldas de Dios.

Azucena pareció comprender.

Cuando se marcharon, Azucena se puso a llorar.

—¿Vio, Azucena, qué desgracia? —dijo García.

Azucena siguió llorando.

—Pablo, ¿qué le dijiste en el oído? —preguntó Pedro.

—Le dije que yo era el doctor Frankenstein, psiquiatra, y vos Antenor, el enfermero. Que don Manolo padecía de una clase de delirio incurable que lo hacía asumir diferentes personalidades. Y que se había escapado del manicomio.

—¿Y por qué vos tenías que ser el doctor y yo el enfermero? ¿No podía ser al revés?

11

En la Tierra, la vida continuó como siempre.

García ocupó el lugar de don Manolo.

Contó que a don Manolo lo habían venido a buscar dos ángeles y que había desaparecido después de elevarse en el aire.

Los ángeles le encomendaron a él, García, que continuara la obra de don Manolo.

Después de hablar con el cura de la iglesia, dijo que se le había aparecido la virgen.

Se sacó el collar de almejas y caracoles y se colgó un rosario milagroso que la propia virgen le había entregado.

Las estampitas que repartía Julito y que reemplazaban las que tenían la figura de don Manolo eran de la virgen milagrosa y el cura se las facilitaba a cambio de un porcentaje de las ventas. El templo pasó a llamarse La virgen de los siete milagros y comunicaba toda clase de información en las páginas de Internet.

Azucena también se puso un rosario al cuello, pero pensó que todo eso no iba con ella y, al tiempo, dejó el templo y abrió un nuevo restorán en otro sitio.

Cuando regresaba a la casa, encontraba a la tía Enriqueta mirando la televisión y extrañaba el olor a tabaco de la pipa y los ronquidos. Casi siempre, tenía los ojos un poco tristes.

En el Cielo, Dios se despertaba y, sin moverse de la cama, se desperezaba y le decía a Pedro que le trajera el café con leche y los buñuelos de banana.

Unos días divinos para pasear

1

Esa mañana Dios se despertó deprimido. En ese estado se encontraba desde hacía tiempo. Puso las manos por detrás de su nuca y, mirando el techo, tuvo el primer pensamiento del día: «Allá hay una telaraña». Imprevistamente, y de acuerdo a sus características de ciclotímico, se sintió lleno de optimismo.

Haciendo un esfuerzo de voluntad, se dijo: «No tengo que dejarme estar, debo empezar a hacer gimnasia».

Apartó las sábanas, respiró con profundidad para oxigenar adecuadamente el cerebro y levantó una de sus piernas.

La sostuvo en el aire y pudo ver la uña de su dedo gordo.

«Tengo que cortarme las uñas», pensó tratando de acordarse cuántos meses llevaba sin hacerlo y, con un destello de lucidez, se le ocurrió que esa debía ser la razón por la que se le agujereaban todas las medias.

Soltó la respiración y bajó lentamente la pierna. Quiso levantar la otra, pero sintió un tirón en el estómago.

«¿Me habré herniado?», pensó mientras se palpaba y, enseguida, decidió: «Mejor empiezo mañana con la gimnasia».

Lo mismo se venía prometiendo desde la época del tercer Papa católico.

Al fin, haciendo un enorme esfuerzo para superar su deseo de seguir acostado, se levantó calzándose las chinelas y caminó, bostezando, hacia el baño.

Se puso a hacer pis y, como era habitual en los últimos tiempos, con el primer chorro se orinó la pierna. El segundo chorro le salió en forma de abanico y orinó la tabla que, por supuesto, se había olvidado de levantar. Logró controlar el chorro y pudo embocar el resto del orín en el inodoro.

A pesar de que, con las últimas gotas, se mojó el calzoncillo, sintiéndose aliviado, mejoró su estado anímico.

Apretó un timbre, se enjuagó la cara y desparramó por las mejillas la crema de afeitar. Nunca lo convencieron las afeitadoras eléctricas, prefería una buena hojita.

En muchos aspectos, era muy tradicionalista.

Se miró en el espejo, estiró los labios y movió la cabeza a derecha e izquierda. «Qué viejo estoy», se dijo y perdió las ganas de afeitarse.

—¡Buen día, buen día, buen día! ¿Ya está despierto el Gran Remolón? —preguntó San Pedro entrando, como todas las mañanas, al dormitorio.

—Dios, saliendo del baño, no le contestó.

—Bueno, a sentarse a desayunar. Mire qué bonito gladiolo le puse en la bandeja.

Dios se sentó frente a la mesita y miró la bandeja.

—¿Y los buñuelos? —preguntó.

—¡No, Señor! —exclamó, decidido, San Pedro—. Usted está a dieta. Nada más que tostadas y dulce de higo.

Dios lo miró con cara de desprecio. Empezó a comer y, de repente, San Pedro gritó:

—¡Mire qué uñas! No se las había visto. Amado Señor, con estas uñas podría tocar la guitarra con los pies. ¿Pero qué digo? Con uñas como esas qué de melodías exquisitas surgirían del noble instrumento. De todas maneras, voy a traer el alicate.

Dios, con la boca llena con una tostada, movió la cabeza negando, pero ya era tarde. San Pedro había corrido al baño y regresaba con el alicate en la mano. Desde siempre, en el Cielo, a San Pedro lo habían considerado el Mayor alcahuete de Dios y todos coincidían que la única virtud que poseía era la de ser un chupamedias.

—A ver ese piecito —dijo tomándoselo por el talón—. Veo que también hace falta pasar una piedra china.

Dios era más bien un tipo resignado.

—¿Cómo está el día? —preguntó.

—Nublado.

—¿Nublado? ¡Qué feo!

San Pedro lo miró preocupado.

Todos sabían que los días preferidos de Dios eran los días nublados y lluviosos.

Sin embargo, desde que entró en depresión, ya no le gustaban. Lo malo era que seguían sin gustarle los días de sol.

—Se me ocurre una idea —dijo San Pedro—. ¿Qué le parece si pido, en su nombre, desde ya, que despejen las nubes y vamos a tomar un poco de sol?

—No tengo ganas.

San Pedro chasqueó la lengua. Estaba preocupado por el estado de salud de Dios.

—Está muy pálido. No le haría mal broncearse un poquito. Vayamos a tomar sol a la terraza.

—No quiero.

San Pedro apretaba todo lo que le era posible el alicate contra la uña de Dios.

De pronto, se le apareció una nueva idea y dijo:

—¿Y si en vez de ir a la terraza vamos a la Tierra?

Por un instante, a Dios se le iluminaron los ojos.

—¿Vamos? —insistió San Pedro—. Siempre ha sido su planeta preferido.

—Nunca entendí por qué lo hice.

—Sus razones misteriosas habrá tenido. Gracias a su Creación, yo ahora estoy aquí.

Dios refunfuñó alguna cosa. San Pedro simuló no escuchar.

—Le preparo la ropa y vamos —insistió.

Dios hizo una mueca. De inmediato, mojó las tostadas en el café con leche y las comió con cuidado de no ensuciar el salto de cama que le regalaron para el cumpleaños.

San Pedro lo miraba como una mamá.

—¿Y el dulce de leche?

—El Señor está a régimen. Nada más que dulce de higo.

San Pedro inclinó la cabeza y en sus labios se formó una sutil sonrisa.

Dios mojó otra tostada y se la metió entera en la boca.

—Tengo hambre —dijo al terminar de comer lo que había en la bandeja.

—No hay más —dijo San Pedro golpeando en la mesa con la punta de los dedos—. Debe respetar la dieta. Tiene veinticinco kilos de más.

Dios lo miró con cara de asco.

—Quédese quieto que me duelen los dedos de apretar el alicate. Estas uñas parecen de yeso.

—¿Qué decís de mis uñas? —gritó Dios sacándose los nervios que le provocaba no poder comer como Él quería.

—¡Ay, Excelso Rumiante de los Vientos! Quise decir que si yo poseyera tu fantástico talento, en las estupendas uñas, cual si fueran pequeños, pero magníficos bloques de yeso, esculpiría figuras celestiales. Pero, siendo nada a tu lado, Gran Purificador Ambiental, me duelen los dedos y nada consigo.

Dios se quedó pensativo: «¿Qué habrá querido decir con lo de Rumiante de los Vientos?».

—¡Por fin! —dijo San Pedro cortando el pedazo de uña del dedo gordo—. Con las otras uñas mejor seguimos mañana. Creo que el Señor se debe encontrar impaciente y apurado.

—No, no tengo apuro. Podés seguir si querés.

—Mejor mañana —repitió San Pedro yendo hacia la cómoda—. Le preparo la ropa y nos vamos. Ya estoy llamando para que despejen las nubes y nos preparen un lindo día de playa.

—No quiero ir —dijo Dios, recostándose en el sillón.

San Pedro hizo un gesto de fastidio.

—Con su respeto, Señor. Si se queda, va a tener que ponerse a trabajar. ¿Nos quedamos o nos vamos?

Dios contestó con rapidez:

—Nos vamos.

2

Dios llevaba puesto la ropa de playa que le eligió San Pedro. El pantalón tenía rayas rojas y amarillas simulando relámpagos y la remera era anaranjada con un tucán azul en la espalda.

Como de costumbre: toda una presencia.

San Pedro vestía un pantaloncito color lila, ceñido al talle, anteojos negros, el torso desnudo y los cabellos peinados con gel y matizados en rubio ceniza.

Ambos anduvieron con paso majestuoso hundiendo las divinas plantas en la arena dorada, blanda y húmeda.

El mar estaba azul, calmo y cálido y la espuma se adormecía en la playa blanqueando los caracoles y las almejas.

Estiraron la lona cerca de la orilla y encendieron la radio.

Era temprano, el sol subía por el cielo muy celeste, con algunas nubes transparentes.

Los bañistas eran poco, pero, rato más tarde, se formó un hormiguero humano. Por supuesto que nadie notó a semejantes figuras.

Dios, boca abajo, se entretenía mirando a las mujeres en diminutos trajes de baño.

San Pedro, sentado, echaba bocanadas de humo del cigarrillo marca Paraíso y observaba un partido de pelota a paleta entre dos jóvenes muy bronceados.

—Dame el filtro solar —pidió Dios—. Hay que tener cuidado con la capa de ozono.

San Pedro se lo alcanzó.

Pasaron largos minutos.

La radio transmitía la voz de una negra cantando un blue.

De repente, Dios torció la cabeza topándose con la mirada de una niña. Tendría diez años.

Dios sonrió y volvió a mirar las siluetas femeninas, pero la intuición propia de cualquier dios le insinuó que lo seguían mirando. Se puso muy inquieto.

Cuando ya no supo en qué posición ubicarse, cobró valor y preguntó:

—¿Qué mirás?

La niña abrió enorme la boca, llena de dientes de conejo.

—¿Me firma un autógrafo?

—¡Ah! Era eso. ¡Cómo no, querida!

Dios sintió que se le levantaba el ánimo.

En el fondo, siempre fue un vanidoso que no sólo escribió su propia biografía y la hizo traducir a todos los idiomas, sino que se hizo adorar en todas partes y ¡guay! si alguien osaba contradecirlo, al instante le enviaba una plaga o una sequía.

En honor a la verdad, eso ocurría en los viejos tiempos, ahora, los problemas internacionales del cosmos habían entrado en una etapa de transición y, un poco más benevolente que en su juventud, sintiéndose seguro en la Dictadura, dejaba los castigos menores a cargo de sus colaboradores. Y estos, menos rígidos y más fáciles de conmover, se contentaban con algún rezo o con una velita.

—Acá tiene mijita.

El papelito decía: «Para Ojitos Verdes. Con cariño. Dios».

—¿Qué es esto?

La niña frunció el ceño.

—Mi autógrafo —contestó Dios, desconcertado.

—¿Usted no es el gordo que trabaja en la televisión?

—¿Qué?

Dios estaba confundido.

—Por supuesto que no, ridícula pequeñita —dijo, tratando de controlar el temblor de sus labios y, con una amplia sonrisa, dijo: —¡Yo soy Dios!

—¡Dios no existe! —dijo la niña, tiró el papelito, dio media vuelta y se fue.

A Dios se le borró la sonrisa.

San Pedro oteaba el horizonte marítimo.

Por un segundo, pareció que Dios iba a sumirse en una depresión más honda, sin embargo, se recuperó; su voz se hizo áspera y sonó como un rugido.

—¿Puede creerse lo que he escuchado? ¡Dios no existe! ¡Y se atrevió a decirlo en mi cara! ¿Cómo que no existo?

Dios estaba rojo.

San Pedro se hurgaba la nariz dando a su rostro una expresión desinteresada.

—Tranquilícese, Gran Bienhechor de los Seres Vivos. Solo se trata de una de esas niñas ateas, instruidas por madres sin alma.

—¡No es posible!¡Estoy harto! Este planeta no merece existir. Vendrá ahora una oleada de epidemias, plagas, muerte. ¡La destrucción completa de esta Tierra maldita que a mala hora he construido! ¡Ha llegado el Juicio Final!

Dios alzó los brazos al cielo.

—No se puede —interrumpió el santo, con palabra serena.

—¿Qué es lo que no se puede?

—Lo que Usted dice, Amado Bello Semen.

—¿Por qué no se puede? ¿No soy omnipotente? ¿No hago lo que se me da la gana?

Dios no se mostraba muy convencido.

—Usted, Extraordinario Gen Original, será todo lo Dios que quiera, pero se olvida del Diablo.

Pedro se santiguó.

Dios pareció apaciguarse.

—¿Qué tiene que ver? —quiso saber Dios.

San Pedro volvió a carraspear.

—¿No se acuerda, Dios mío, del tratado de ayuda mutua que suscribieron, en el cual se establece que ninguno podrá tomar decisiones de vital importancia para el universo sin el expreso consentimiento de la otra parte?

Dios no recordaba nada. Además, ya se había distraído y se encontraba contemplando a una hermosa mujer morena.

—Bueno —consintió Dios, tanto como para decir algo—. ¿Por qué ocurren estas cosas?

—¿Qué cosas? —preguntó San Pedro.

—Estas cosas.

—Si se refiere al insignificante incidente de recién, la responsabilidad es de los curas que realizan una tarea muy por debajo de lo que Usted Su Excelsa Dignidad, Dios mío, se merece.

—Eso es cierto. Curas eran los de antes. ¿Te acordás, Pedrito? ¡Aquellos sí que se hacían respetar! Un poquito inmorales y desalmados, es cierto, pero que nadie se atreviera a desobedecer mis mandatos porque, si lo hacían, les esperaba el merecido castigo: ¡La hoguera!

—Ya no hay más hogueras para quemar herejes.

—Cuántas cosas buenas que se han perdido. En esos tiempos, realmente había justicia. No se quemaba a cualquiera de estos herejes porque sí. Se les daba su oportunidad con unas cuantas sesiones de tortura. Si se arrepentía, que se fuera a su casa. Esto mostraba la piedad que había en el alma de aquellos sacerdotes. Ya se acabó para siempre esa estirpe de grandes hombres de la iglesia. ¿Qué hay ahora, sino fríos cardenales, azucarados obispos y curas blanditos, sin sangre? ¿Cómo pretenden que la gente crea en Mí si no condenan a muerte a los herejes?

—Hay un exceso de derechos humanos. La culpa es de la modernidad. Aunque no se puede vivir en el pasado. Hay que aceptar que el tiempo pasa para todos.

—Es cierto. ¿Adónde iremos a parar? Pedro, ¿creés que esa niña hubiera podido evitar la hoguera en tiempos mejores?

—Señor, tendrías que tomar cartas en el asunto y hablar con el Papa. Exigirle que incida sobre los cardenales, obispos y sacerdotes para que todos se esfuercen y transmitan a estas personas tan ignorantes la palabra divina y que lo hagan tal como corresponde, del modo tradicional. O sea, por las buenas o por las malas.

—Bueno.

San Pedro se calló.

Sabía que Dios había dado por terminado el asunto.

Lo miró con cierta tristeza.

Lo conmovió verlo decaído.

Con todas sus fuerzas deseaba verlo como en otras épocas: enojándose por cualquier cosa y hacer cualquier cosa, sin saber muy bien qué estaba haciendo.

Justo vio a la mujer morena mirando a Dios y tuvo como un repentino despertar.

—Señor...

—¿Eh? —Dios, de nuevo, estaba distraído.

—Si Usted observa, y Usted lo observa todo, verá que esa mujer de cabellos oscuros y delicada silueta femenina le dirige miradas de interés.

San Pedro levantó el mentón señalando a la mujer morena. Dios acomodó los hombros.

—No creo que tenga otro interés que ver esta remera que me elegiste.

—No, Señor. Ella parece estar interesada en conversar con Usted. ¿Por qué no se le aproxima y lo comprueba?

—Bueno.

Dios, que es perezoso, pero no lerdo, de un salto estuvo de pie y caminó hasta la mujer morena.

San Pedro aprovechó para tirarse a lo largo de la lona y dormitar. Pudo oír las primeras palabras de Dios Nuestro Señor y se alegró: «Ojalá le sirva para levantar el ánimo. Labia no le falta», pensó, «Qué mentiroso que es, el zorro pierde el pelo, pero no las mañas».

Conocedor como pocos de los vericuetos del alma humana, a Dios no le costó demasiado trabajo impresionar a Elba, que así se llamaba la mujer morena, convenciéndola de ser dueño de una bodega de vinos y de una empresa textil cuya materia prima provenía de su estancia en el sur.

Como en el mundo de hoy no existe mayor virtud que la de ser rico ni mayor pecado que el de ser pobre, Dios la sedujo.

Ella, como toda buena mujer, sabía apreciar las virtudes de un hombre y ella se lo dijo a Dios.

Le dijo que lo que más admiraba en un hombre era su inteligencia. Tuvo cuidado de no agregar: para ganar dinero.

Mientras Dios hablaba, Elba se mordía la uña de uno de sus dedos y sonreía todo el tiempo, mostrándose tan concentrada que era difícil distinguir si lo escuchaba o sacaba cuentas.

El que Elba fuese tan sensible y se emocionara particularmente cuando se encontraba con un hombre adinerado era el resultado de la prédica constante de su madre.

Desde que era niña, ella le dijo:

—Nunca te avergüences de enamorarte de un hombre pobre. Pero alejate de él.

Por las dudas, la madre de Elba, agregó:

—No te olvides nunca de que los hombres pobres te harán sufrir. Nada hace sufrir tanto a una mujer como la falta de plata.

Cuando Elba era muy pequeña, su madre le decía:

—Papá es un gran hombre.

Al terminar el sexto grado, el padre se Elba se fundió y su madre le dijo:

—Tu padre es un imbécil.

Elba comprendió que el amor de una esposa por su marido dura tanto como dura su dinero. La madre de Elba se divorció y volvió a casarse con un hombre muy rico que, según parece, no le daba satisfacciones en el lecho matrimonial.

Elba sorprendió a su madre con otro hombre y descubrió que tenía un amante.

Su madre le dijo:

—De un marido pobre, una mujer se separa. A un marido rico se le es infiel, pero jamás hay que divorciarse.

Entretanto, Dios hundía la barriga sacando pecho y, como lo había previsto San Pedro, la conversación con Elba lo había animado.

Cada vez se lo veía más contento, al punto que, después de mucho, se había puesto a contar chistes eróticos extraídos de su vastísima colección de anécdotas de obispos, papas, curas, monjas, vírgenes y santos.

Es que si algo de su Creación atraía particularmente a Dios era una mujer. Ninguna en especial y, más bien, todas.

Este gusto, que había alegrado muchos momentos de su juventud y de su madurez, era muy conocido en el Cielo.

Muchos creían que tan notoria atracción se debía a que Dios había creado a la mujer y el Diablo le había enseñado.

San Pedro, con una sonrisa en los labios, se quedó dormido escuchándolo.

Una hora más tarde, se despertó sobresaltado.

La gente gritaba y corría saltando por encima del santo.

San Pedro, que era bueno sin dobleces, no articuló una sola queja y se incorporó.

—¿Qué pasa? —quiso saber.

—¡Un ahogado!

Le contestaron a coro.

—¡Dios mío! —exclamó el santo.

Miró hacia todas partes tratando de ubicar al Divino, pero al no hallarlo decidió proceder por su propia cuenta.

La rueda de personas le impedía distinguir la escena.

Desde lejos, había visto cómo, entre dos bañeros, cargaban de los brazos y los pies a alguien depositándolo sobre la arena.

La gente los había rodeado sin perder tiempo.

—¡Pobre tipo! —dijo uno.

—¡Tendría que haberse ahogado, por irresponsable! —dijo otro.

—¡Sí, señor! —dijo un tercero—. ¿Para qué se meten al mar si no saben nadar? Fíjese, yo hace treinta años que vengo y nunca me meto más allá de los tobillos.

—Usted hace como yo, no como este papanatas —dijo otro.

—¡Esto es culpa del gobierno! —dijo una vieja con la clásica pinta de las jubiladas.

—¡Esos son todos ladrones! —dijo un viejo, también con cara de jubilado.

—¿Adónde están los senadores y diputados mientras la gente se ahoga? —dijo una señora gorda.

—Acá no se ve a ninguno, señora. Ni los vamos a ver. Vaya a saber dónde estarán gastándose la plata que se roban! —dijo otra señora gorda.

—En Japón o Alemania estas cosas no pasan —dijo el viejo con cara de jubilado.

—Efectivamente, señor. Yo tengo una hija viviendo en los Estados Unidos. Usted sabe que cuando alguien se está por ahogar, desde el fondo del mar se eleva un salvavidas gigante que lo levanta. A los dos o tres segundos, llega un helicóptero y con unos imanes gigantescos que están conectados a imanes que tiene el salvavidas, lo llevan hasta la orilla —dijo la señora gorda.

—¿Se da cuenta del atraso que tenemos? —dijo la otra señora gorda.

—Permiso —dijo San Pedro.

Como no se lo daban, comenzó a meter codazos a cuanto riñón y estómago pudo y, soportando los codazos y empujones que recibía como respuesta, en cuatro patas, librándose de la mano de una mujer que lo agarraba del pelo, llegó al claro.

—A ver, déjenme.

—¿Usted es médico?

—Más que eso.

—¿Dos médicos?

—Más que eso.

—¿Un hospital entero?

San Pedro miró a la niña. Era la misma del autógrafo.

«No son momentos para hacer bromas, criaturita», iba a decir dándole un pellizcón, pero prefirió callar tomando del hombro al que le hacía la respiración artificial al nadador, justo en el momento en que el bañero se volvía diciendo:

—Ya vuelve en sí.

Entonces lo vio.

Dios, con la boca entreabierta, estaba lívido.

—¡Dios! —gritó San Pedro.

Dios abrió un ojito, chiquito, sin ganas, tosió, quiso decir algo, pero había tragado tanta agua y sal que tenía paladar, encías y lengua hinchados.

—¿Qué ocurrió? —preguntó el santo.

—Es culpa mía —dijo Elba.

San Pedro la miró. La gente se apretujó alrededor de ella.

Elba sollozaba con los pechos rebosantes y las carnes tostadas, a duras penas contenidas por la tanga roja en las zonas en donde abreva el pecado.

—Dígame —pidió San Pedro.

—Mire adónde tiene metida la malla —dijo la señora gorda.

—¿Qué malla? Si está desnuda —dijo la otra señora gorda.

—Cuénteme —insistió San Pedro, ignorando la maledicencia tan habitual en las gordas envidiosas y en las flacas con problemas de frigidez.

Elba se secó algunas lágrimas con un pañuelito.

—Le dije que fuésemos a nadar. Él me dijo que era un muy buen nadador; que había nadado más de dos kilómetros en el Amazonas, contra la corriente. Yo también nado bien, pero no tanto y, bueno, al principio, todo iba perfecto. Nos fuimos metiendo mar adentro y, de pronto, lo pierdo de vista. ¿Dónde está este hombre?, me pregunté. Y, por ahí, lo veo sacando una mano y haciendo ¡gluglú! ¡Ay, Dios mío, qué angustia! La marea se lo estaba llevando y el pobre se ahogaba. Me desesperé, empecé a dar gritos y a pedirle a Dios que lo ayudara. Dios escuchó mis ruegos y los bañeros llegaron enseguida. Hay que agradecerle a Dios que no haya ocurrido una desgracia. Y agradecer a los bañeros. Sin ellos, no sé qué hubiera pasado.

San Pedro tragó saliva. Y, entre dientes, murmuró:

—Ni siquiera pensar qué hubiera pasado si se ahoga.

Dios regresaba al mundo poco a poco.

Lo abrigaron con una manta y tuvieron que llevarlo a la sala de primero auxilios y allí ponerle la máscara de oxígeno porque no acababa de reponerse.

San Pedro fumaba un puchito, sentado en una silla contra la pared. Hacía un rato había comenzado a rezar: «Padre Nuestro que estás en el Cielo».

Pero se interrumpió al verlo panza arriba en la camilla y con la máscara de oxígeno en la cara.

Entonces, había decidido encender el cigarrillo y observar los movimientos del enfermero y de tres hormigas que caminaban entre las patas de una mesa.

Cuando consiguió reponerse, Dios se sentó en la camilla y, mientras insultaba a todos los santos del Cielo prometiéndoles los peores castigos, el exilio, destruirlos sin piedad con sus propias manos, uno a uno y lentamente para que sufran más, escuchó una risa muy conocida por Él y recién entonces notó que todo el recinto olía a azufre.

3

San Pedro convenció a Dios de que no podía echarse la culpa de todo lo que no resultaba conveniente a Satanás. Muchas cosas, le dijo, suceden de un modo y de otro porque así lo determinaba Dios, es decir, Él mismo.

Dios le respondió que Satanás se metía todo el tiempo en sus asuntos y que Él estaba rodeado de inservibles que carecían de competencia en las tareas que les había asignado.

San Pedro recordó uno de los argumentos que, alguna vez, había usado Pablo y le dijo que estaba bien que quisiera engañarlo a él, Pedro, haciéndole creer que podía existir algún acto

que no tuviera el consentimiento de Dios, pero bien sabía que todo estaba controlado por Él y aquello que no pudiera ser entendido pertenecía los misterios de Dios.

Dios se quedó pensativo y pareció estar en duda.

Pedro aprovechó para pedirle que no castigara a ninguno de los del Cielo por los sucesos de la playa y que fueran a visitar al Papa para transmitirle en persona los deseos del Señor.

Pedro habló tanto que Dios, a la mitad de los argumentos, ya se había distraído. Por lo tanto, cuando Pedro le repitió que fueran a ver al Papa, contestó:

—Bueno.

El Papa salía del baño, tenía el escaso pelo mojado y, de la cintura para abajo, se había cubierto con una toalla blanca.

Se metía el dedo en la oreja y lo movía continuamente, inclinando hacia un lado la cabeza, para eliminar los restos de agua.

Repentinamente, sin que supiera la manera en que habían aparecido frente a él, vio sentados en los enormes sillones de los aposentos papales, a dos figuras que lo miraban en silencio. Uno de ellos estaba fumando y el otro trataba de ubicar más cómodamente la espalda contra el respaldo.

El Papa abrió enormes los ojos y la boca, se llevó una mano al pecho y exclamó:

—¡Me cago en Dios! ¿De dónde salieron?

San Pedro, soltó el humo y dijo:

—Lindo vocabulario para un Papa.

El Papa tenía en la cara una expresión de terror.

—¿Cómo entraron? Las puertas están cerradas y hay guardias —dijo, balbuciendo.

—Nunca tenemos muchos inconvenientes para entrar adonde queremos. Pocas veces lo hacemos por la puerta.

El Papa retrocedió y alcanzó a sostener la toalla con la mano cuando estaba a punto de caerse.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó y estuvo seguro de que si no se infartaba conseguiría vivir eternamente.

—Yo soy San Pedro y Él, no creo que necesite presentación.

El Papa buscó los anteojos en la mesita de luz, se los puso y los miró con atención.

—¿Pero quiénes son? —repitió.

—Te lo he dicho, soy Pedro y Él es Él,

—¿Quién es él?

Dios se mantenía en silencio, pero comenzaba a perder la paciencia.

—Él es Dios —dijo Pedro con la cara llena de satisfacción por haber hecho una presentación con suspenso.

El Papa hizo un gesto de desagrado.

—¡Vamos! En serio, ¿quiénes son ustedes?

A Dios se le acabó la paciencia.

Su cara comenzó a ponerse colorada.

—¡Yo soy Dios! —exclamó golpeando con el puño el apoyabrazos del sillón.

—Ustedes son dos locos que no me explico cómo pudieron entrar—dijo el Papa.

—¡Yo soy Dios! —volvió a exclamar Dios.

—¡Dios no existe! —dijo el Papa.

San Pedro miró en dirección a los cuadros.

—¿Qué has dicho? ¡Bestia animalada, burro, asno, caballo para mortadela! —Dios se puso de pie.

El Papa dio tres pasos para atrás y quedó apoyado contra la pared, temiendo que lo asesinaran.

—Señor —intervino San Pedro—, debes disculparlo, lo dice sin pensar. Nuestra presencia lo ha tomado por sorpresa. ¿Cómo no va a creer en Usted? Es un Papa.

—Justamente por eso —respondió Dios.

—Papa, entendemos que hemos entrado en tu cuarto de manera inesperada y que te hayas sorprendido al vernos. Es probable que te hayas asustado. Pero somos quienes decimos, yo soy Pedro y Él es Dios.

—No puede ser —murmuró el Papa.

Pedro —dijo Dios con tono firme—. De inmediato, realizá una demostración de nuestro poderío.

Pedro titubeó. Se aproximó al oído de Dios y le susurró:

—Señor, nunca fui muy bueno en esas demostraciones.

Dios levantó la vista hacia el techo y con resignación dijo:

—No puede ser que de todo tenga que ocuparme personalmente porque ninguno sirve para nada.

Dio un soplido aliviando la tensión; se apretó los dedos, uno por uno, como si fuera a dar un concierto de piano, y extendió el dedo meñique en dirección a la cama. San Pedro y el Papa miraron en dirección a la cama. No sucedió nada.

Dios contrajo el dedo meñique y abrió y cerró todos los dedos de esa mano. Colocó su mano, extendiendo el brazo, en dirección a la cama. San Pedro y el Papa contuvieron la respiración mientras miraban la cama. Nada ocurrió.

Dios entrecruzó los dedos de ambas manos moviéndolos como si estuviera haciendo sombras chinescas, separó las manos y siguió moviendo los dedos.

Su rostro permanecía imperturbable.

De pronto, su rostro cambió a una expresión de intensa concentración y extendió ambas manos hacia la cama.

San Pedro y el Papa también comprimieron sus rostros y miraron hacia la cama.

Entonces, se apagó la luz del velador.

San Pedro y el Papa exclamaron al unísono:

—¡Oh!

Dios, moviendo la cabeza hacia uno y otro de sus hombros y haciendo sonar sus vértebras, pensó: «Vamos bien, no le erré por mucho».

Volvió a concentrarse.

San Pedro y el Papa estaban petrificados.

Dios extendió, nuevamente, sus manos hacia la cama.

San Pedro y el Papa contuvieron el aliento.

Dios miró fijamente el lecho papal, murmuró dos palabras, inaudibles y sucedió otro hecho extraordinario.

Se apagó el otro velador.

San Pedro y el Papa exclamaron:

—¡Oh!

Dijo Dios:

—Creo que como demostración de poderío ha sido más que suficiente. Al haberlo visto con tus propios ojos, no tendrás ni la menor duda de quién soy.

—Es cierto que puedo estar un poco impresionado, pero bien pudo ser una casualidad, una falla en las lamparitas que coincidió con los gestos que hacías —dijo el Papa.

Dios hizo una mueca de fastidio.

—Veamos —prosiguió el Papa—, si sos quien decís podrías decirme qué guardo con doble llave en el tercer cajón de aquel escritorio. Puedo asegurarte que nadie de este mundo podría saberlo. Si sos quien dice tu amigo sabrás qué hay allí.

—No lo creo necesario —intervino San Pedro—. Con lo que hizo es más que suficiente. No puede ser que tengas tan poca fe.

—Está bien, Pedro para Mí es una simpleza lo que pide.

Dios miró el escritorio, en su cara se dibujó un gesto de suficiencia y dijo:

—En el cajoncito de tu escritorio privado escondés fotos y películas pornográficas.

San Pedro se quedó tieso.

El Papa cayó sentado sobre la cama.

Demoró en poder hablar. Tartamudeando, dijo:

—De verdad eres lo que eres. Solamente Dios podría conocer los secretos que ahora me avergüenzan. Señor, es un inmenso honor para mí.

El Papa amagó arrodillarse, pero le crujieron las rodillas y temió que si lo hacía no podría levantarse de nuevo.

Dios se apoltronó en el sillón. Se sentía agotado después de la demostración de poderío.

—Recorrimos la ciudad y vimos con desagrado que a la gente le falta fe. En vos mismo, escuchamos que negabas la existencia de Dios.

—¡No, no, no! Fue una manera de decir, un exabrupto producido por la fuerte impresión de encontrarme frente a semejante aparición. ¿Cómo iba a imaginar que se me iban a presentar así? Siempre creí que las apariciones se producían con luces, humo y perfumes.

—Antes se usaban mucho los efectos especiales —dijo Pedro, con cierta inocencia.

El Papa caminó hasta unos estantes con libros finamente encuadernados. Abrió una puertita disimulada por los libros.

En realidad, no había libros, solamente eran los lomos a todo lo largo del estante. Quedaban muy bien, otorgando al lugar un aspecto de sabiduría y recogimiento espiritual.

El Papa metió la mano en medio del simulacro de libros y sacó una botella de Louis XIII, el más sofisticado de todos los coñac.

—Necesito una copita. Para la presión. ¿Puedo invitarlos?

Dios aceptó de inmediato y se sintió más distendido.

—A qué se debe el honor de su visita, Dios mío. Me parece mentira estar hablando con Usted.

—No veo qué tiene de extraño —dijo Dios tomando un poco de coñac—. Sos un Papa y los Papas deben estar preparados para mis habituales entrevistas con ellos.

—¿Siempre te encontraste frente a frente con cada uno de ellos? —interrogó el Papa.

—No —dijo Dios—. Es la primera vez.

El Papa se echó hacia atrás.

Sonrió completamente satisfecho.

—¡Qué honor! —dijo y pensó que, a su muerte lo harían santo. Por mucho menos habían santificado a otros papas.

Tuvo tiempo de decirse a sí mismo: «¡Extraordinario colofón de mi carrera sacerdotal! ¡Cuántos creyentes se arrodillarán al pie de mi estatua! Dicho sea de paso, espero sea ubicada cerca del altar. Voy a contratar a un buen dibujante para hacer mis estampitas. También tengo que mandar a hacer unos llaveritos con mi imagen. Estas cosas son convenientes dejarlas arregladas antes de morir. ¿Santo Patrono de qué seré? «El santo de los desposeídos», eso queda siempre bien. «El santito de los pobres» es perfecto. Los pobres son más y nunca dejarán de

haberlos, así que tengo seguidores por largo tiempo. Voy a releer el Sermón de la Montaña, de ahí sacaré algunas ideas para mi testamento espiritual».

—¿Nunca creíste en Dios o dejaste de creer? —preguntó San Pedro, no por razones teológicas o psicológicas, sino porque se había hecho un silencio y, como acostumbraba a hacer toda tipo de preguntas sobre lo que fuera, creyó oportuno hacerla.

El Papa, que había sido interrumpido en sus preparativos de santificación, se sintió incómodo. Vaciló. Luego, dijo:

—Sé que no puedo engañarte, Dios mío. Todo lo ves y todo lo sabes. Para ti, mi alma debe resultar tan simple de ver como si mirases un pañuelo de fina seda china fabricado por las delicadas manos de una inmaculada doncella sentada sobre exquisitos lotos.

—Así es, así es — Dios hizo un ademán de suficiencia.

Dios y San Pedro se cruzaron una mirada.

—¿Querés decir algo, Pedro?

—No, nada, mi Señor —respondió con rapidez. Había pensado: «No tiene ni la menor idea de lo que piensa el Papa».

Hacía muchísimo tiempo había perdido el miedo de pensar en cualquier cosa.

Al principio, se cuidó, Dios le había asegurado ser capaz de leer la mente.

Cuando descubrió el fraude, se sintió liberado: podía tener sus remordimientos en paz. Sin embargo, recapacitó recordan-

do que Dios había adivinado el contenido del cajoncito, ¿y, si, después de todo, de verdad leía la mente?

Por las dudas, decidió no tener pensamientos lujuriosos estando cerca de Él.

—Creí desde niño, Dios mío. Mi querida madre me enseñó a rezar y no había una noche en que yo no lo hiciera. Mi fe era tan grande que me acerqué a la iglesia. Fui monaguillo, me ordené sacerdote y, más tarde, inicié la extraordinaria carrera que me convirtió en obispo, cardenal y, finalmente, en Papa. Debo agregar que fui elegido en forma unánime y no tuve necesidad de comprar ninguno de los votos, como fue el caso de muchos de mis antecesores.

El Papa tomó coñac y siguió el relato:

— En ese largo peregrinaje a lo largo de todos los escalafones de la iglesia, vi lo que no había visto jamás. Mentiras, engaños, hipocresía. Obispos que se daban la mano con genocidas; sacerdotes que bendecían aviones que iban a soltar bombas que destruirían a miles de seres humanos; dinero de la iglesia invertido en aquello que, de palabra, se combatía; homosexuales condenados como inmorales por sacerdotes y obispos que eran homosexuales. Hasta que se es cura, puede que se crea. Cuando se es obispo, ya no se cree. Sin embargo, ahí estás, Dios mío, y me siento como el niño que fui y te rezaba todas las noches con mi alma pura llena de esperanza. Como me lo enseñó mi querida mamá.

El Papa dobló el cuerpo hasta apoyar la frente en sus rodillas, y lloró, conmovido por sus propias palabras.

—¿Por qué llorás? —preguntó Dios, tomado de sorpresa por las lágrimas del Papa ya que había escuchado hasta cuando la madre le enseñaba a rezar, después se distrajo.

—Por la emoción, Dios mío.

—Sí, debe ser muy emocionante —dijo Dios.

—Lo emociona verlo a Usted —acotó San Pedro.

—Claro que lo entiendo y esto me hace acordar del cuento de un cardenal que se emocionaba cuando veía a un burro...

—Señor... —interrumpió San Pedro—. ¿Por qué no le da al Papa las instrucciones para que la fe se renueve entre los seres humanos?

—Bueno.

El Papa se quedó esperando. Dios se terminó el coñac.

—¿Habrá otra copita?

El Papa se incorporó y corrió hasta la botella.

Sirvió la copa hasta la mitad. Como Dios no la retiró, la llenó hasta el borde.

—Me sirvió demasiado —dijo Dios.

—¿Le cambio la copa?

—No, no, de ninguna manera. No se rechaza lo que el Universo da.

Mientras bebía pausadamente su coñac, Dios le comentó al Papa sus ideas de cómo establecer rígidos preceptos morales

que permitieran aumentar el número de creyentes y que la fe de éstos fuera inconmovible.

El Papa le aseguró que era de difícil aplicación el castigo a los herejes, sobre todo, si se trataba de condenarlos a muerte.

Dios le dijo:

—Bueno.

San Pedro sugirió algunas medidas ejemplificadoras.

El Papa aceptó algunas de las medidas, pero le pareció muy complicado establecer la completa falta de relaciones sexuales de los sacerdotes.

En todos los tiempos, dijo el Papa, los miembros de la iglesia las habían mantenido sin que por ello se afectara la fe en Dios.

Reconoció que, antes, era más fácil ser hipócrita porque no existía la televisión y la gente era mucho más ignorante.

En esos tiempos, cuando un cura dejaba a una mujer embarazada, bastaba decir que había sido un milagro.

Si un cura era sorprendido teniendo relaciones sexuales se podía culpar al demonio por haber poseído su alma inocente.

Por desgracia, esos recursos habían caído en desuso justamente porque mucha gente aprendió a leer y escribir y comenzaron a leer a escritores ateos, enemigos de la fe y de la santa madre iglesia.

—De aquí en adelante, hay que evitar que la gente aprenda a leer y escribir. Se necesitan muchos ignorantes para que la iglesia renazca y la palabra de Dios sea temida —dijo Dios.

El Papa explicó que eso era otro problema porque había muchos colegios religiosos y mucha plata invertida en ellos y que, como daban excelentes ganancias, iba a ser muy difícil impedir que se siguiera enseñando a leer y escribir.

Dios comentó que Satanás tenía la culpa de todo porque él le había dado el conocimiento al hombre cuando les dijo a Adán y Eva que comieran el fruto del árbol de la ciencia.

—¿Por qué no les dio de comer bananas como a los monos? Si les hubiera dado bananas, los seres humanos serían fáciles de adiestrar y no como son ahora —dijo Dios.

El Papa, que ya se había tomado tres copas de coñac y llenaba la cuarta hasta el borde brindando con Dios, diciéndose el uno al otro:

—¡Salud!

El Papa se levantó a buscar otra botella de Louis XIII y dijo que no sería mala idea que Dios hiciera una presentación en un estadio y mostrara al mundo sus poderes.

San Pedro intervino diciendo que era estilo de Dios hacer entrevistas privadas, como en el caso de Moisés o de Fukuwata.

—¿Quién era Fukuwata? —preguntó al Papa.

—Un japonés que vio a Dios a principios del siglo 20 de nuestra era —le contestó San Pedro.

—¿Y qué pasó? —preguntó el Papa.

—Fukuwata sufría de asma y le dijeron que le haría bien ir a la montaña. Por uno de esos misterios que solo Dios conoce, Él

descendió en la cima de la montaña. Bajando, se encontró con Fukuwata, que trataba de encender un fuego. Como para Dios es muy fácil encender un fuego lo hizo y llenó de admiración al japonés Fukuwata. Dios se sintió creativo y ya que estaba en una montaña, se le ocurrió entregar a Fukuwata unos nuevos mandamientos. Como no tenían papel ni lápiz, Dios lo hizo escribir sobre piedra. Esto fue muy dificultoso para Fukuwata porque, además de tener mala letra, tenía que escribir con otra piedra.

San Pedro encendió otro cigarrillo. Y dijo:

—El problema sucedió a raíz de que Fukuwata se encontraba en México y, lamentablemente, no hablaba castellano. Cuando bajó de la montaña con la piedra de la Ley, aparte de no entender la letra de lo que había escrito, no tuvo mejor idea que ponerse a arengar a las tropas de Pancho Villa, ya que era la época de la revolución, y unos mexicanos sin auténtica fe le partieron la piedra de las nuevas leyes.

El Papa dijo:

—Las tablas de la ley de Moisés también fueron partidas.

Y exclamó: —¡Brindemos por Moisés y sus tablas!

Dios y el Papa, con gran entusiasmo, chocaron sus copas.

San Pedro dijo:

—En este caso, los revolucionarios mexicanos, muy entrados en copas, se las partieron en la cabeza y el japonés Fukuwata murió en el acto. Viendo este espectáculo deprimente, Dios se sintió desanimado ante tanta incomprensión y desistió de seguir

haciendo apariciones moralizadoras. Por esa razón, no hará presentaciones personales en estadios.

—¡Brindemos por el japonés! —dijo el Papa y se sirvió otro coñac, llenando su copa y la de Dios hasta el borde.

Alcanzado este punto, tal vez por ya haber entrado en confianza o por necesidad de confesarse, el Papa les contó que era padre de tres niños. No tan niños porque uno de ellos ya se había convertido en cura y la niña bailaba en un teatro de revistas y era la amante de un senador y de un productor de películas eróticas.

El hijo cura lo había hecho abuelo de una nena preciosa.

Dios aprovechó para decir:

—¡Brindemos por el Papa abuelo!

Acabaron sus copas y el Papa las llenó de inmediato.

Con el tercero de sus hijos, siguió comentando, no tenía esperanzas de ser abuelo porque salió gay, aunque era el más cariñoso de los tres y siempre lo visitaba. Lo único malo que tenía era cierta rebeldía ya que le rogaba que, cuando fuera a verlo a la Santa Sede, no usara vestidos, pero lo desobedecía y aparecía maquillado y con aros.

El Papa se reclinó en el sillón y terminó su copa de coñac.

Se sirvió otra copa y llenó la de Dios y ambos dijeron:

—¡Salud!

De un trago, vaciaron las copas y el Papa buscó la botella.

La habían vaciado.

Se incorporó yendo en busca de otra.

Alcanzó a llegar hasta los estantes.

No pudo mantenerse parado y se fue deslizando de abajo hacia arriba.

Sus pies fueron resbalando lentamente sobre el piso, desde los talones hasta los dedos, al mismo tiempo que tenía sus brazos abiertos y las manos iban rozando los libros, como si los estuviera reconociendo uno a uno en la caída.

Quedó tendido en el suelo, con el traste tapado por la toalla.

—¿Está muerto? —preguntó Dios.

San Pedro lo tocó.

—Me parece que sí.

Dios levantó las cejas.

—Escasa resistencia al alcohol la de este hombre.

—Creo conveniente —dijo San Pedro—, si es que a Usted le resulta apropiada la idea, nos retiremos de inmediato.

—¿No será conveniente esperar al cónclave? Podría aconsejar la elección de un Papa desalmado que queme a los herejes.

—Vuelvo a sugerir que nos marchemos en silencio y veloces.

—Bueno.

4

Caminaban con cierta inquietud por una calle a la que habían llegado no sabían muy bien cómo.

Dos cuadras más adelante, se veía el ir y venir de los automóviles por lo que era una avenida. San Pedro, con el rabillo del ojo, miró a Dios, que caminaba con ambas manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—Señor la demostración de poderío que realizó frente al Papa me pareció estupenda. Pero algo me intriga, ¿para saber lo que había en el cajoncito empleó telepatía o una especie de rayos equis que le permiten ver a través de la materia?

Dios le contestó con displicencia.

—Pedro, usé la experiencia. ¿Qué cosa de importancia puede tener guardado bajo llave un Papa? Con los años se llega a conocer a las personas.

San Pedro asintió en silencio.

Al llegar a la avenida se sintieron más animados. Les gustaba pasear entre gente y mirar las vidrieras de los negocios.

Se detuvieron frente a una librería y Pedro comenzó a leer en voz alta los títulos de los libros. Y comentaba:

—Todos escritores ateos. Ahí está ese Marx, que se atrevió a decir que la religión es el opio del pueblo. Ahí, Stendhal, el inmoral que osó afirmar que lo único que disculpa a Dios es que no existe. El lascivo y boca sucia de Henry Miller. El borracho Poe; el homosexual Wilde; el suicida Hemingway. Y ese Porcela, que se atrevió a satirizarle a Usted, Delicado Eyaculador. Todos espantosos ejemplos para la juventud. Merecen estar ardiendo en las llamas del infierno.

Señaló uno:

—Menos ese, pero ¿quién va a comprar un libro de un pedante pesado como Agustín?

Esperó que Dios dijera algo, pero, cuando giró la cabeza, Él no estaba.

Miró para todas partes.

No lo vio.

A partir de este momento, suceden hechos que se desarrollan de modo paralelo y exactamente al mismo tiempo: los de Pedro, tratando de ubicar a Dios y los de Dios, haciendo lo que se le da la gana.

Pedro buscará a Dios hasta darse por vencido y tendrá que comunicarse con Pablo para que descienda del Cielo y lo ayude en la búsqueda.

Dios, entre tanto, ha tenido un motivo importante para alejarse con toda prontitud de al lado de Pedro.

En principio, no se acordó de decirle adónde iba porque, al ver lo que vio, salió impulsado para adelante y cuando Dios toma impulso es difícil de parar.

Pedro cometió un error.

Buscó a Dios demasiado lejos.

No se le pasó por la cabeza que se había metido en el negocio que estaba junto a la librería.

Hasta que Pablo llegue, Dios tendrá tiempo de entrar al restorán y hacer el pedido a una moza.

La moza, por si no había entendido bien, repitió el pedido. Nunca había visto que una sola persona pudiera comer lo que era para seis.

Después que Dios aprobara y empezara a comer el pan de la panera, la moza fue y regresó con los palmitos con salsa golf; el tomate relleno y el antipasto, en pocos minutos sirvió los canelones con salsa blanca (el plato que será muy importante).

Dios se llevó el primer bocado a la boca y demoró en tragar.

Se apresuró a cortar el segundo bocado, olió la salsa, lo introdujo en la boca, lo sostuvo entre la lengua y el paladar, lo degustó como el mejor gourmet de la historia que era y como era su costumbre desde los comienzos de la Creación de hacer las cosas sin pensar, se incorporó y fue a la cocina.

Caminó con tanta decisión que nadie se cruzó para detenerlo.

Tampoco lo hubiera conseguido.

Cuando Dios arrancaba, tratar de frenarlo era como intentar frenar con las manos una locomotora a toda velocidad

Empujó la puerta vaivén y su rostro se iluminó con una amplia sonrisa.

La cocinera, intuyendo que alguien extraño había entrado a su cocina, giró sobre sus talones y, con una cuchara en la mano, se quedó dura.

Demoró en reponerse de la sorpresa.

Al hacerlo, exclamó:

—¡Don Manolo!

5

Esta vez la visita de Dios a la casa de Azucena duró, exactamente, cuarenta y cinco días, que fue el tiempo que demoraron Pedro y Pablo en encontrarlo.

La tía Enriqueta, desde que se reencontró con don Manolo, irradiaba alegría y no había noche en que no jugara al dominó y bebiera su copa de anís con Él.

Dios, que es lo mismo que decir don Manolo, ocupó su antigua habitación.

El cuarto había permanecido tal cual lo dejara y hasta el pijama se encontraba limpio y bien planchado.

Azucena se puso a dieta y controlaba su peso todas las mañanas en la balanza de la farmacia de enfrente.

Se la veía rejuvenecida, preocupada en mantener sus cabellos bien peinados y era imposible sorprenderla sin maquillaje.

Aunque don Manolo le aseguró que de verdad era Dios, ella le dijo que era mejor se mantuviera de incógnito y a nadie se lo dijera porque, a menos que arreglara el mundo entero, nadie iba a creerle.

Don Manolo decía:

—Ya no hay fe, hay que ser inflexible con los herejes. De esto hablé con el Papa hace un rato, antes que muriera.

—¿Murió el Papa? —preguntó Azucena, tocando su medalla de la Virgen Milagrosa.

—Puede ser —dijo Dios, haciéndose el misterioso.

Azucena respiró aliviada.

Le tenía paciencia, pero no dejaba de sentir temor pensando que se había vuelto a escapar del manicomio.

Por esta razón, evitaba que se mostrara demasiado en lugares públicos y solo en las noches le permitía a don Manolo que saliera a pasear con ella.

Azucena no quería llevarlo nunca más al cine porque se la pasaba hablando desde los títulos hasta la palabra «fin», pero le gustaba tenerlo como compañero de baile.

La primera vez que fueron, Azucena le preguntó si sabía bailar. Dios se incorporó, ajustó el botón de su saco y la tomó con decisión por la cintura.

Todas las veces en las que bailaron juntos sucedió lo mismo: las demás parejas formaron un círculo y miraron cómo Dios se movía al compás del ritmo que fuera.

Sus mejores momentos los tuvo con el malambo y la salsa; también en los salones de tango comenzó a convertirse en una leyenda desde que bailó *Don Juan* en una baldosa y lo quisieron contratar para una gira por Japón.

Con tanta vida nocturna, Dios dormía hasta tarde, tomaba un baño de inmersión y desayunaba a la hora del almuerzo.

Se sentía a gusto, pero con un poco de inocencia, rara en Él, no se percató de que Azucena era una mujer que hacía demasiado tiempo se encontraba sola y que lo veía como un hombre.

La tía Enriqueta se había acostado y don Manolo acababa de ponerse el pijama después de ganarle al dominó.

Se había acomodado entre las sábanas floreadas y empezaba a hojear una revista para mujeres que siempre le gustaba leer porque los temas femeninos lo entretenían mucho más que los políticos y económicos.

Especialmente, leía el horóscopo a pesar de no saber cuál era su signo porque desconocía el día de su nacimiento; la sección de recetas de cocina; la de modas y las notas dando consejos a las mujeres para conseguir su hombre ideal.

Esto estaba leyendo Dios y se preguntaba si a estas mujeres alguien les enseñaba a zurcir una media, cuando escuchó dos golpecitos en la puerta, dos golpecitos de una mano tímida que no quería que alguien más pudiera escucharlos.

La puerta se abrió y se cerró inmediatamente a espaldas de Azucena. Ella permaneció un instante sosteniendo, por detrás suyo, el picaporte con su mano. Lo soltó y, con la respiración entrecortada, caminó hasta el borde de la cama.

—Hace frío esta noche —dijo Azucena.

Llevaba el cabello suelto y un camisón de seda azabache.

Apartó la sábana y se metió en la cama junto a Dios. Permanecieron silenciosos, mirando la pared que tenían enfrente.

El deseo que transmitía Azucena, mezclado con el aroma del perfume que había elegido para entonar su piel, hizo que Dios entendiera lo que se esperaba de Él.

Sabía que no era momento para palabras, sino para el diálogo carnal, para que dos cuerpos se comuniquen con el lenguaje primitivo y el único universal.

Lo había descubierto cientos, quizás miles de años atrás, casi podría decirse, por curiosidad.

Hubo muchas veces en que sus actos fueron pecaminosos, pero ser Dios tenía sus ventajas: nadie podía castigarlo ni corría el riesgo de no ir al Cielo porque ya estaba en él.

Por lo tanto, podía permitirse acertar o equivocarse, ser razonable o caprichoso.

Tal vez, se le podría achacar ser demasiado impulsivo, pero nunca el de obrar con mala fe.

Era su modo de ser y, fuera como fuese, Él lo había creado todo y en todo había puesto su alegría, su ira y su pasión. Justamente esto lo caracterizaba: hacer todo apasionadamente, que es lo mismo que decir que lo hacía amando tan intensamente que ningún humano podría amar así.

¿A quién podría caerle mal lo que estaba por hacer?

Solo a aquellos que en el acto que iba a cometer vieran otra cosa que alegría y amor.

—Don Manolo…

Dijo Azucena y en su voz había como un inicio de arrepentimiento por la audacia cometida. Y agregó:

—No crea que es fácil para mí.

Dios entendió y, para evitarle los temores, apagó la luz.

6

En los días que siguieron, Azucena se veía feliz. Iba y venía de una parte a otra de la casa haciendo todas las tareas con la mejor disposición y canturreando la misma canción.

Era una canción que hablaba de la luna, el sol, el mar y dos amantes que lo eran por toda la eternidad.

La tía Enriqueta, que había sido sorda, pero nunca tonta, se dio cuenta de la nueva situación y se mostraba tan contenta como Azucena.

La presencia de don Manolo traía a la casa la seguridad de un hombre, de su olor y su respaldo. Aunque el hombre estuviera loco y se creyera Dios, no dejaba de ser un hombre y, para las mujeres, eso resulta suficiente.

Tanto como que es verdadero que no hay mal que dure cien años ya que, salvo excepciones, nadie vive semejante cantidad de años, tanto es verdadero que no hay felicidad que dure cien años, por la misma razón.

Así, la felicidad de Azucena duró el tiempo que demora una flor en marchitarse una vez arrancada de su planta.

El primer llamado de atención fue en la tardecita y sucedió cuando la tía Enriqueta no jugó al dominó con don Manolo.

Se sentía descompuesta.

Azucena no le pidió a don Manolo que la sanara porque le daba miedo que pudiera incentivar su demencia, pero durante la noche, cuando entró al dormitorio de la tía Enriqueta y vio que se quejaba con los ojos cerrados, lo buscó para que la viera.

Cuando estuvo frente a ella, don Manolo la miró con pena.

Vio sus manos transparentes, recorridas por finas venas azuladas, su cabeza gris hundida en la almohada y escuchó el sonido de su respiración, sonando como un ahogado ronquido.

Le pidió a Azucena que los dejara solos.

Azucena se desesperó. Comprendió que la tía Enriqueta se encontraba en grave estado.

Salió del cuarto y, sin darse cuenta del modo imprevisto en que su alegría se transformaba en dolor, experimentó una intensa congoja y comenzó a llorar con amargura.

Mientras Azucena intentaba sosegar su espíritu y se quitaba las lágrimas de la cara con un pañuelito, a la habitación donde agonizaba la tía Enriqueta llegaron dos visitantes, como si los hubiera atraídos un llamado.

Viéndolos, Dios no pronunció palabra y, cuando Pedro iba a hablar, Pablo lo sujetó del brazo conteniéndolo.

Durante un momento los tres se quedaron callados.

Fue Dios el que rompió el silencio y habló.

—Tía Enriqueta —dijo, con la voz extraordinariamente segura y serena—, por algún misterio que Yo mismo he creado, todas las criaturas tienen que abandonar sus cuerpos cuando el reloj del tiempo lo señala. Este reloj no adelanta ni atrasa. Es preciso y jamás falla. La hora de nacer y de morir está determinada y todo lo que ha sucedido entre uno y otro de estos momentos no significa ninguna otra cosa más que una vacación de la eternidad.

Ni Pedro ni Pablo recordaban cuándo había sido la última vez que escucharon a Dios hablar de semejante manera.

No necesitaron de más para saber que algo especial significaba la tía Enriqueta en la larga existencia de Dios.

—Tía Enriqueta —continuó Dios—, no debes tener miedo. Te espera el Cielo y en el Cielo estaré para que juguemos nuestras partidas de dominó y no faltará una copita de anís

Dios se acercó a ella y la tocó en la frente.

—Tía Enriqueta, para que no sientas ningún temor, tendrás la mejor de las compañías en tu camino al Cielo, que será tu nuevo hogar.

Miro a Pedro y le dijo:

—Acompañala.

Pedro sujetó la mano de la tía Enriqueta.

Sintió el último temblor de su cuerpo.

7

El segundo llamado de atención en la serie de mala fortuna que había atrapado a Azucena, se produjo días después del viaje de la tía Enriqueta.

Preparó el desayuno con buñuelos rellenos de banana y, en tanto don Manolo se los comía uno tras otro, le preguntó qué diría si ella estuviera embarazada.

No le gustó que don Manolo se atragantara con un buñuelo y tuviera que aclararle que era una forma de expresarse, como una remota posibilidad.

Menos le agradó cuando, tratando de reforzar el sentido de que su posible embarazo se trataba de una hipótesis utópica y que era nada más que por hablar, cometió un desliz lamentable para ella misma y dijo que era casi imposible que una mujer de cincuenta y cinco años pudiera quedar embarazada por primera vez.

Don Manolo le dijo:

—¿No dijiste que tenías cuarenta y tres?

Azucena intentó subsanar lo que no le habría ocurrido de recordar que el pez por la boca muere y, con naturalidad, dijo:

—Sufrí tanto en los últimos doce años que no los cuento.

Azucena insistió en qué diría si estuviera embarazada y don Manolo le contestó:

—Que al niño nunca le enseñes a rezar.

Ella dijo que no podía ser tan ateo y, como estaba descolocada por el suceso de su edad, agregó:

—No se puede ser ateo y andar diciendo que uno es Dios.

Comiéndose el último buñuelo, don Manolo le explicó que no lo decía por eso, sino por otras razones y que ella pensara lo que pasó con su hijo.

Azucena sintió las mejillas ardidas y dijo:

—Manolo, ¿estás casado?

Dios meneó la cabeza.

—¿Tuviste un hijo de soltero, Manolo?

Dios, otra vez, negó moviendo la cabeza, pero se corrigió porque de cierto modo era así.

—Jesús —le dijo—-Hablo de Jesús.

—¡Ah, tu hijo Jesús, el crucificado! —exclamó Azucena con alivio y, a la vez, aterrada por la demencia de don Manolo.

Claro que entre el alivio y el sentirse aterrada, prefería el alivio ya que era mucho mejor que estuviera loco a que hubiera sido casado o tuviera un hijo con otra.

—Sí —dijo Dios—. Al pobrecito me lo crucificaron esas bestias brutas.

—Qué se le va a hacer —dijo Azucena, dándole palmaditas en el dorso de la mano.

Se levantó y, con repentino buen humor, dijo:

—Siendo Dios, a lo mejor has hecho el milagro de dejarme embarazada.

Y llega ahora el momento más grave para Azucena.

Ella parecía no estar preparada para que la serie de infortunios alcanzaran el tope de lo que podía soportar.

Nadie lo está porque la desdicha se produce de sorpresa, como los cortes de luz.

En la escena: Azucena se mete en la cocina y Dios se queda pensativo.

Un instante después, la escena cambió: sentados a la mesa y, como era común, surgidos de la nada, Pedro y Pablo.

Dios les dijo que no se le aparecieran nunca más de golpe, sobre todo, cuando acaba de comer porque se le podía cortar la digestión.

Azucena, que andaba distraída, regresó a buscar la azucarera y dio un alarido.

—¡Jesús, María y José! ¿De dónde salieron?

—Pedro y Pablo y el Señor Dios, estimada señora —dijo Pedro, creyendo que la corregía.

—¿Cómo hacen para entrar ustedes? —Azucena se aferraba a la cadenita de la virgen milagrosa colgada de su cuello.

—Cuesta al principio, pero con la práctica se entra a todos lados —contestó Pedro.

—Usted es el doctor Frankenstein y usted es Antenor, el enfermero —dijo Azucena, sintiendo en el corazón una mano que se lo estrujaba.

—No. Somos Pedro y Pablo y venimos a buscar a Dios.

Pedro le contestó muy disgustado de que se acordara de que él era el enfermero Antenor.

Azucena vaciló y pareció entender.

—Sí, ya sé —dijo y, con un suspiro resignado, agregó: —¿Es necesario que se lo lleven?

—Creame, señora, es muy necesario —dijo Pablo.

De esta manera, la felicidad de Azucena llegaba a su fin.

¿Debía quejarse? ¿O debía alegrarse de haber sido feliz?

Con dolor de muelas, nadie se acuerda de la torta.

Y este era el estado de ánimo de la pobre Azucena cuando veía que don Manolo se despedía y le decía que lo más probable era que volvieran a verse y que se refería a lo terrenal, dado que en lo celestial, seguro que se verían y le tendría preparada una residencia mucho mejor de la que le prometió antes y que el jardín tendría muchas más azucenas y pondría bananeros para que cortara las bananas frescas y le hiciera buñuelos.

Sea como sea, Azucena no tenía consuelo.

Pablo, que en estas cuestiones era considerado como de extremada practicidad, le dijo a Dios que cuanto más breve fuera la despedida mejor, ya que al separar el tronco de la raíz hay que hacerlo de un solo golpe.

Intervino Pedro diciendo que es imposible cortar un tronco de álamo de un solo golpe y que un leñador fornido y eficiente tendría que usar unos cuantos hachazos antes de conseguirlo.

Como solía hacer en estos casos, Pablo cruzó su brazo con el de Pedro y lo fue llevando a la salida.

Pedro insistió diciendo que pensara cómo va a poder cortarse de un solo hachazo un tronco de quebracho o de ombú.

Antes de salir de la casa, Dios giró el cuerpo y mirando a Azucena le dijo:

—Si el milagro ocurriera, no le enseñes a rezar.

Más tarde, todo aconteció de esta manera:

Dios preguntó si lo habían encontrado porque Satanás les había dicho dónde estaba.

Pablo respondió que esta vez no había sido así, que lo habían encontrado ellos y que, curiosamente, no pudieron llegar antes porque se les cruzaba toda clase de dificultades lo que les hizo sospechar que Satanás les ponía obstáculos.

El último día recibieron un mensaje sin firma que decía: «No lo molesten durante el resto del día, recién a la madrugada Él los va a necesitar».

Le contaron que estuvieron afuera, aguardando hasta la madrugada, que fue cuando lo encontraron con la tía Enriqueta.

Dios no hizo comentarios, pero no se distrajo y escuchó todo, hasta el final.

En la Tierra, Azucena siguió con su restorán y se compró un perro salchicha al que bautizó Manolo y al que llevaba a todas partes con ella.

Con el correr de las semanas, engordó bastante, disminuyó el dolor de su alma, pero sentía dolores en el vientre y, a veces, se lo acariciaba.

El resto del mundo estaba como siempre.

En el Cielo, Dios jugaba al dominó con la tía Enriqueta.

La tía siempre decía:

—¡Qué sorpresa se va a llevar Azucena cuando venga!

Y se tomaba su copa de anís.

Siempre se vuelve

1

Había terminado su habitual partida de póker de los sábados y subía la extensa escalinata que conducía a su dormitorio cuando Dios notó que le faltaba el aliento.

Tomó consciencia de que, en los últimos tiempos, se cansaba con facilidad.

Las piernas no le respondían como antes y solía olvidarse de los hechos inmediatos.

A veces, dejaba una lapicera sobre la mesa y, apenas un minuto después, se preguntaba dónde estaba la lapicera.

Otras veces, abría un cajón y se quedaba quieto mirando en su interior mientras trataba de recordar qué buscaba.

Al llegar al último escalón, giró la cabeza y miró para abajo.

Eran veintiocho escalones de mármol blanco que, antes, solía trepar de dos en dos mientras silbaba o iba gritando en uno de sus acostumbrados enojos.

Al abrir la puerta de su cuarto, terminó de tomar consciencia de que algo en Él había cambiado.

Se sentó en el borde de la cama y permaneció un largo rato con la mirada fija.

De pronto, dijo:

—En fin. Qué se le va a hacer, así son las cosas y si son así por algo es.

Se puso su pijama y se acostó.

Todas las noches le costaba tanto dormirse como tanto le costaba despertarse por la mañana. Sin embargo, se despertó más temprano que de costumbre. Todavía tenía sueño, pero se levantó y buscó su ropa sin esperar que se la prepararan.

Estaba más ansioso de lo común en Él.

Había decidido volver a la Tierra y esta vez, por alguna causa de la que no estaba demasiado seguro, el viaje le producía una particular ansiedad y un poco de melancolía.

Abandonó la residencia sin avisarle a nadie.

Muchas veces lo había hecho de ese modo, pero en las otras ocasiones había actuado impulsivamente, sin acordarse de dejar noticias suyas. En este caso, se tomó el cuidado de no dejar sorprenderse mientras salía.

Quería ir solo y no dar ninguna explicación.

Era raro que se le ocurriera no querer dar explicaciones porque jamás se las dio a nadie y siempre procedió de manera caprichosa y encontrando justificaciones ante sí mismo aún de las acciones más alocadas o aberrantes que cometió.

Como fuera, estaba camino a la Tierra.

Al llegar no supo dónde se encontraba.

Esto no era sorprendente porque cada vez que decidía llegar a un sitio de la Tierra se equivocaba y aparecía en otro.

Acostumbrado a lo que todos afirmaban (según Él les había hecho creer) de que jamás se equivocaba y que era infalible, dijo:

—Si llegué aquí, por algo es. Porque lo que es por algo es.

Estaba parado en las vías del tren.

2

Caminó por el medio de las vías después de elegir la dirección de acuerdo a la salida del sol.

—Si el sol está a mi derecha, el oeste estás allá. Y si el oeste está para allá, el norte está atrás mío.

Dio media vuelta diciendo:

—Vamos al norte.

Y agarró para el sur.

Caminó sintiendo un gran dolor de pies porque se puso los zapatos que le quedaban chicos y que le regalaron para su cumpleaños, que festejaba todos los años eligiendo el día que se le daba la gana, ya que desconocía la fecha de su nacimiento.

A la distancia vio lo que le pareció un par de bultos.

No eran bultos, sino dos nenes tirando piedras a las vías.

Su vista nunca había sido buena. Desde ya que nunca lo admitió. Siempre dijo que sus ojos eran los de un águila que desde la cima de la montaña divisa al pequeño cordero extraviado en un matorral.

Claro que le creían y Él se mostraba satisfecho porque si algo realmente le disgustaba era que no creyeran sus mentiras.

A medida que se acercó, vio que los bultos se movían y pensó que eran perros. Luego, viendo que eran alargados hacia arriba más que alargados hacia el costado, le pareció que eran personas. Coherente hasta estando solo, dijo en voz baja:

—Tal como lo vengo diciendo, son dos niños tirando piedras y la vista no me falla y hasta el águila me la envidia.

A esta altura, los dos chicos estaban parados delante de Él

—Buenas —les dijo.

Los chicos masticaban chicles y, sin dejar de mirar hacia las vías, le contestaron a dúo:

—Buenas.

Dios los miró estudiando sus facciones.

Nunca había confiado en los niños.

Sabía que la gente creía que ellos eran sinceros e inocentes, pero no podían engañarlo a Él.

Mentían, eran falsos, egoístas, ladrones o violentos, del mismo modo en que lo eran sus mayores. A diferencia de estos, podían escudarse en la excusa de su edad o culpar a sus padres, pero Dios sabía que cada uno era bueno o malo de acuerdo a la naturaleza de su alma.

El cuerpo y los conocimientos se desarrollaban, pero el alma era una e inmutable, desde el nacimiento hasta la muerte.

—¿Falta mucho para la estación?

El más bajito se tocó la cara como si le estuviera picando.

—No, don. Ahí nomás la tiene.

—¿Y cuánto será la distancia de acá para allá?

—Como medio kilómetro —dijo el chico más alto, con el pelo cubriéndole la frente.

—¿Después de la curva?

—No hay curva, don —respondió el chico más alto.

—La estación no se ve. Si va medio kilómetro en línea recta, tendría que verla.

El chico más bajo lo miró poniéndose la mano como visera para taparse del sol.

—¿Para dónde va, don?

—Para allá —dijo Dios, señalando hacia adelante.

—Si va para allá queda mucho más lejos.

—¿Cuánto más lejos?

—Como ciento cincuenta kilómetros —dijo el chico más bajo.

—¿No me dijeron que la estación estaba a medio kilómetro?

—Sí, don. Pero si va para el otro lado. Para aquel lado.

—¿Para dónde?

—Para atrás suyo. Si da media vuelta la ve. Un poco la tapan los árboles, pero ahí nomás está —dijo el chico más alto.

Dios miró detrás de Él.

Se acordó que había arrancado justo en donde había unos árboles.

Estuvo a punto de decir que era a esa estación a la que iba.

Dudó en qué hacer. Retroceder, era reconocer que había estado muy zonzo. Si no quería dar el brazo a torcer, seguiría para el rumbo que eligió. El problema era que tendría que caminar ciento cincuenta kilómetros.

Luego, se dio cuenta de que eran dos chicos medio ignorantes que no serían capaces de darse cuenta de lo que, con otro tipo de gente, hubiera resultado una humillación.

—Muchas gracias —dijo.

Dio la vuelta y caminó soportando mejor el dolor de pies con la esperanza de llegar a la estación. No mucho caminó cuando, a sus espaldas, escuchó que los chicos gritaban:

—¡Viejo tarado que no encontrás ni la estación!

Estuvo a punto de correrlos.

No lo hizo por dos motivos: uno, porque le dolían los pies; el otro, porque no iba a alcanzarlos.

Por lo tanto, dijo:

—Mocositos inocentes, tarde o temprano, van a rezarme, entonces aprenderán que el que ríe último, ríe mejor.

3

Estaba sentado en el banco de madera del andén. Se había quitado los zapatos y fumaba su pipa.

La estación estaba vacía.

Era la hora de la siesta, hacía calor y en el aire se percibía el olor de la tierra y los pastos.

Cuando vio venir el tren se incorporó.

El tren se detuvo haciendo rechinar las ruedas sobre el acero de las vías. Los vagones vibraron y la máquina produjo un sonido como si fuera el resoplido de quien llega después de hacer un gran esfuerzo.

Se abrió la puerta del penúltimo vagón y un hombre descendió con unas cajas.

Otro hombre, con cara de sueño, salió de la casa que estaba al final del andén y firmó unos papeles.

Dios se aproximó al tren buscando una puerta abierta para subir. Había una sola, la que el hombre abrió.

El vagón había quedado fuera del andén y cuando Dios quiso subir, comprobó que el vagón estaba demasiado alto.

Apoyó las manos en el piso del tren, tomó impulso y consiguió ubicar la barriga sobre el suelo del vagón.

Arrastrándose, entró por completo.

Le pareció que podrían hacer más cómodas las entradas de los trenes, pero recordó que todo lo que hacían los hombres era imperfecto y se dio por satisfecho.

Lo importante era que estaba en el tren.

Buscó un asiento, pero solo había cajones y cajas.

Trató de pasar de un vagón al otro, pero una de las puertas estaba cerrada y la otra, si bien consiguió moverla, se atascó.

Por esa puerta pudo ver que el vagón siguiente no tenía techo y llevaba maquinarias.

El tren cimbró y arrancó con lentitud. El hombre que había bajado, caminó pegado al tren, dio un salto y trepó al vagón.

—¿Qué hace usted acá? —preguntó, sobresaltado.

Dios se había sentado sobre un cajón.

—Viajo.

—No puede viajar en este tren —dijo el hombre.

—¿Por qué no? Soy un pasajero.

—Señor, este es un tren de carga. En esta estación no paran trenes de pasajeros. Tiene que ir en colectivo.

«Por eso no hay asientos», pensó Dios y se acomodó lo mejor que pudo sobre el cajón.

El hombre acabó de acomodar unas cajas.

—Por mí, viaje nomás, pero tenga cuidado que no lo vean al llegar a la otra estación. ¿Para dónde va?

Dios le contestó.

—Me parece que medio metió la pata. Para donde quiere ir, queda para el otro lado.

Dios meditó un momento, luego, dijo:

—No está de más conocer el paisaje.

Para disimular, miró hacia fuera a través de la puerta abierta del vagón y puso cara de estar disfrutando.

—¿De dónde viene? —le preguntó el hombre que usaba pantalón y camisa azules de una tela áspera. Tenía la cara redonda,

un poco colorada, los ojos chiquitos, y una nariz abultada en la punta. Se apellidaba Fernández y hacía quince años que trabajaba en el ferrocarril.

—Del Cielo —le contestó Dios.

—¿Trabaja ahí?

—Y sí.

—¿Hace mucho que está en el Cielo?

—¡Puf!

—¿Lo conoce a Benavides? —preguntó Fernández.

—Imagínese que, uno por uno no me acuerdo de todos, son demasiados.

—Benavides es uno bajito, morocho, que tiene como un grano en la frente.

Dios meneó la cabeza.

—Benavides con un grano en la frente... Me parece que anteayer murió uno con un grano en la frente.

—¿Murió Benavides? —exclamó Fernández.

—Y si está allá, seguro —respondió Dios.

—Qué barbaridad. Un hombre buenazo morirse tan joven. Lo que son las cosas. Me dijeron que el domingo lo vieron jugando a la pelota. Qué increíble. ¿Tan mal los tratan en el Cielo?

—No, cómo los vamos a tratar mal. Al contrario, cuando llegan son felices.

—¿No me dijo que al que llega al Cielo lo matan las condiciones de trabajo?

—¿Dónde escuchó eso? Si no hacen nada. Caminan y tocan el arpa.

—¿Benavides tocaba el arpa?

—Ahora estará aprendiendo. Al que quiere aprender, en el Cielo le enseñamos.

—¡Qué raro! Enseñan a tocar el arpa. Nunca lo había escuchado. ¿Y la guitarra?

—No, la guitarra no. Nuestro instrumento es el arpa.

—¿Hay muchos paraguayos?

—De todas las nacionalidades.

—Vea qué cosa. ¿Y usted hace mucho que está ahí?

—Imagínese.

Fernández se sentó frente a Dios.

Movió la cabeza como si estuviera tratando de hacerse a la idea de lo efímera que es la vida.

De pronto, volvió a la normalidad y preguntó por preguntar, como hace la mayoría de la gente.

—¿Y qué se dedica a hacer en la estancia?

—¿En qué estancia?

—En la estancia «El Cielo».

—¿De qué Benavides habla usted?

—De uno que arregla motores. Hacía unos años que estaba ahí el pobre. No sabía que había fallecido.

—Me parece que el que digo es otro.

Fernández respiró con alivio.

—Mejor así. Me parecía raro que Benavides tocara el arpa porque es medio sordo. ¿Cómo se llama usted?

Dios sin dudar, dijo:

—Manolo.

—¿Siempre anda en patas, Manolo? —dijo Fernández.

Dios se miró los pies y se dio cuenta de que se había olvidado los zapatos en la estación.

—Es más cómodo así —contestó con displicencia.

4

Fernández lo ayudó a descender porque, otra vez, el vagón quedó por fuera del andén. En el esfuerzo, a Dios se le descosió el fondillo del pantalón.

—Se le rompió el pantalón, Manolo.

—Así es más fresquito.

—Un gusto haber viajado con usted, Manolo. Estos viajes son todos aburridos, pero con usted, la verdad que me divertí con esos cuentos que me contó.

—Me alegro, salude a Benavides de mi parte.

—¿No me dijo que no lo conocía?

—Seguro que, tarde o temprano, lo voy a conocer. Me voy a acordar. El que tiene un grano como si fuera un chichón en la frente —dijo Dios y lo saludó alzando la mano.

Dios se quedará sentado en el andén esperando el tren.

El tren llegará y Dios se podrá acomodar en un asiento de cuero verde. Mirará por la ventanilla que tendrá el vidrio sucio y quebrado. Le explicará al guarda que no sacó boleto porque no se acordó y se le ocurrirá decirle que a Dios no se le puede cobrar el pasaje.

El guarda le dirá que a Dios no le pediría el boleto, pero a él sí y que se tiene que bajar en la próxima estación.

El tren parará especialmente para hacerlo bajar en la estación más cercana, que es la misma en la que subió al tren de carga. Se quedará parado en el andén y se pondrá contento porque encontrará los zapatos en el mismo lugar en que los dejó. Se los pondrá, pero como sentirá que le aprietan se los volverá a sacar.

Durante unos minutos pensará en lo que le conviene hacer y decidirá que el ferrocarril funciona mal y que debe viajar en colectivo.

Irá hasta la parada de los micros y al no tener dinero porque, recordemos, Dios no necesita de la plata porque es Dios, tendrá que subirse a un camión y conversará todo el viaje con el camionero. O, mejor dicho: Él hablará todo el tiempo y el camionero escuchará.

Cuando llegue a destino, descenderá del camión, meterá el pie en un charco y notará que volvió a olvidarse los zapatos.

Se le enganchará el saco al cerrar la puerta del camión, pegará un tirón y lo descoserá a lo largo de la espalda.

Esto lo pondrá contento porque lo notaba un poco estrecho en los hombros y así se sentirá más cómodo.

Mirará a su alrededor y no tendrá la menor idea de dónde está. A pesar de esto, lleno de optimismo, dirá:

—Al fin llegamos.

Se sentará en la vereda y se sacará la media mojada.

La retorcerá y se la pondrá en el bolsillo del saco, junto a la solapa, colgando para que se seque.

Estirará la mano que le había quedado húmeda al contacto con la media mojada para que se le seque con el sol.

Pasará una señora y pondrá una moneda en su mano.

Él dirá: «Gracias» y se guardará la moneda.

Se detendrá un automóvil, viejo y lleno de abolladuras.

Un hombre bajará levantando los dos brazos a la vez y yendo hacia Él, dirá:

—¿Qué le ha pasado, Dios mío?

Él mirará al hombre y no le verá bien porque el sol hará reflejos, pero creerá que lo han reconocido.

El hombre lo tomará del brazo pidiéndole que se levante enseguida, que alguien como Él no puede terminar así, pidiendo limosna por la calle.

Dios se parará y cuando el hombre le diga que suba al coche y repita una y otra vez:

—Vamos, don Manolo, venga conmigo.

Reconocerá a García.

5

Irán en el automóvil y García se mostrará inconsolable ante semejante desgracia y le asegurará que no sabía nada, que de haber sabido que había salido del manicomio lo hubiera ido a buscar.

Aunque García se cuidará de decir «manicomio» y dirá «del sitio donde estuvo».

Don Manolo mirará con atención a García y le dirá:

—¿Usted, García, no tenía más pelo?.

García le responderá:

—El tiempo pasa, don Manolo, y el pelo se cae. Pero fíjese cómo es la naturaleza: se me cae de la cabeza y me sale en la espalda y en las orejas.

Dios le dirá:

—Deje que le crezca el pelo de la espalda y las orejas y péinelo para el lado de la cabeza.

García le contestará que no se le había ocurrido y como siempre con Él se aprenden nuevas ideas.

Después, García se pondrá muy serio y dirá que mucha razón tenía don Manolo al afirmar que Dios no existe.

Si existiera, no permitiría que la gente buena, trabajadora y honrada terminara en la calle teniendo que pedir cuando sobra comida, ropa y casas vacías y los políticos y los delincuentes viven en el lujo

Asegurará que no hay justicia, pero que se quede tranquilo que todo terminará por arreglarse. Dios no ayudará porque no existe, pero los hombres pueden darse una mano cuando hace falta, que es de buen nacido hacerlo.

Don Manolo notará que García maneja a veinte kilómetros por hora y se dará cuenta de que no hace los cambios.

Le preguntará a García por qué no pone segunda.

García moverá la palanca de cambios y el motor crujirá.

Don Manolo le dirá que debe apretar el embrague y García responderá:

—Todo junto no se puede, don Manolo.

Entonces le pedirá que apriete el embrague mientras Él mueve la palanca de cambios.

El auto se moverá con mayor soltura y García dirá:

—Ve, don Manolo, no hay nada que usted no sepa. Siendo un sabio, ¿cómo viene a terminar así?

A García se le caerán algunas lágrimas y don Manolo se sacará la media del bolsillo y se la dará para que se las seque.

García aprovechará para sonarse la nariz y devolverá la media que don Manolo pondrá, otra vez, en el bolsillo junto a la solapa.

García le contará que abandonó las curaciones porque no era vida para él y que regresó a lo suyo, el gremio gastronómico, en el que trabajó desde que era un muchacho.

Le dirá que tendrá sorpresas que no le quiere adelantar y detendrá el auto frente a un edificio de departamentos.

Subirán en el ascensor, llegarán al segundo piso, García meterá la llave en la cerradura, entrarán.

Dios, con la media colgando del bolsillo junto a la solapa, un pie sin media, el otro con media, el pantalón desfondado, el saco descosido en la espalda, escuchará a García diciendo:

—Mirá a quién te traje.

Y verá, saliendo de la cocina, con un delantal floreado, en el que se seca las manos, a Azucena.

6

Mientras Azucena le cose el pantalón, don Manolo se ha puesto unas pantuflas y una bata para cubrirse porque los pantalones de García le quedan chicos.

Mira a Azucena y se pregunta cómo le han salido esas arrugas a cada lado de la nariz, por debajo de los ojos y en la frente, en apenas cuatro o cinco días.

También García está distinto.

No lo recordaba caminando tan despacio ni con la espalda un poco encorvada.

—Como le digo, don Manolo. Azucena lo buscó por todas partes, para visitarlo. Lo buscamos, tendría que decirle, porque yo también traté de ubicarlo, pero no hubo caso, en todos los sitios nos dijeron que usted no estaba ahí. Al final, para decirle

la verdad, pensamos que había ocurrido una desgracia, como que se había muerto. ¡Pero ahí está, don Manolo! Y está igualito, hasta más flaco. Claro, qué animal que soy, cómo no va a estar más flaco viviendo como ha vivido estos últimos años. No se haga problema, acá, con Azucena engorda enseguida. Ya sabe usted cómo cocina esta mujer. ¡Don Manolo, qué alegría!

García le palmea la mano y, de nuevo, se pone a llorar.

Azucena le da un pañuelo y, desde el otro lado de la mesa, se dirige a don Manolo, por primera vez en forma directa.

—¿Cómo está, don Manolo? —le dice con mucha pena.

—Ya me ve. Muy bien.

—Y bueno. Se está como se puede.

Azucena hace silencio y da la impresión de que quiere saber alguna cosa, salir de alguna duda.

De repente, como si ya no pudiera contener por un minuto más la curiosidad, pregunta:

—¿Y cómo está todo por allá?

—¿Por dónde? —pregunta Dios.

—Por allá —dice Azucena cortando el hilo de coser con los dientes—. Por el Cielo.

—¡Qué casualidad! Viajé con un tal Fernández que trabaja en el ferrocarril y, justamente, estuvimos hablando del Cielo. Es la estancia donde trabaja el sordo Benavides. Yo no la conozco. ¿Tiene un conocido en la estancia, Azucena?

Azucena vacila y contesta:

—Creí que nos había dicho que había estado en esa estancia. No sé qué estancia es ni dónde queda. De campo no entiendo.

—La única tierra que ha visto Azucena es la que hay en las macetas —dice García y se ríe.

Dios aprovecha la risa de García para contar un cuento de un avestruz domesticado al que el dueño hacía orinar en una maceta. Termina el cuento y García y Azucena se ríen a carcajadas.

Él se pone contento y se lleva una sorpresa con lo que enseguida dice Azucena:

—¡Ay, don Manolo! Con lo que ha vivido y sigue teniendo el mismo buen humor de siempre, En veinticinco años no ha cambiado en nada.

Dios la mira y piensa: «Pasaron veinticinco años».

Y recién entiende que ha llegado un poco tarde.

7

En esta parte, don Manolo se enterará de ciertos sucesos que le interesaban conocer y que García le irá narrando.

Al poco tiempo de tener que ir al sitio en donde estuvo don Manolo, García volvió a trabajar en el nuevo restorán de Azucena, con quien se encontró otra vez al enterarse de la muerte de la tía Enriqueta. Azucena se pasaba los días con la cara triste y se la veía agobiada.

Como García le había dicho, estuvieron buscándolo en todos los sitios como ese, pero no pudieron encontrarlo en ninguno. Eso pareció deprimir aún más a Azucena y García comenzó a preocuparse por ella porque, en tren de confidencias, siempre le había gustado aunque Azucena nunca le prestara atención. Viéndola decaída se decidió a invitarla al cine y a ver un partido de bochas.

Al cine fueron, pero Azucena prefirió no ir al partido de bochas aceptando, en cambio, ver una zarzuela.

Al salir del teatro vieron que había luna llena y fue como si inspirara a García, que se le declaró.

Azucena se sorprendió, pero no dijo que no.

Pidió tiempo para pensarlo.

Esto desilusionó a García que, como todos los enamorados, era devorado por la ansiedad y necesitaba una inmediata respuesta. Supo aguardar, aprendió a tener paciencia a pesar de no poder dormir ni comer por el nudo que sentía en el estómago.

Toda esa ansiedad duró un siglo, para García, aunque la espera duró hasta la mañana siguiente de la declaración amorosa. O sea, unas once horas.

Azucena le dijo que ya lo había pensando y se casaría con él.

Se casaron por el registro civil, jamás por la iglesia.

García había sido convencido por don Manolo de las bondades del ateísmo y la innecesaria presencia de la religión, siendo que Dios no existe.

A todo esto, don Manolo fumaba su pipa tapando el hornillo con la mano y mordiendo la boquilla.

—Siga, siga —le decía para alentarlo a llegar a lo que a Él le importaba escuchar.

García, como todo narrador pesado, usaba cientos de palabras para describir detalles sin importancia.

—Al tema, García, al tema.

Insistía don Manolo en momentos en que García empezaba a hablarle de lo cara que estaba la vida y de una licuadora que le regalaron para el casamiento y que vino fallada.

—Vea, don Manolo. Me costaba creer que hubiera quedado embarazada. Imagínese, Azucena es fortachona, pero tenía cuarenta y siete años entonces.

—Yo creía que tenía cuarenta y tres —comentó Dios.

—Mire cómo son las cosas, más adelante me entero sin querer, encontrándole el documento, que tenía cincuenta y cinco. Cosas de la coquetería de las mujeres, bien lo sabe usted, don Manolo, que es un entendido. Cincuenta y cinco años y embarazada. Era como un milagro, si es que existieran. Pero bien sabemos que los milagros no existen, ¿no es cierto, don Manolo?

Dios dijo:

—Así es, García, así es.

García continuó:

—Le dijeron que tendría que hacer un tratamiento, moverse poco y con cuidado, pero ella no hizo caso y andaba de acá para

allá haciendo la comida, limpiando y diciendo: «No te preocupes, que Dios sabe lo que hace». Decirle algo no se podía porque, con el carácter que tiene cuando se enoja, es mejor dejar que haga lo que quiera a arriesgarse a que le rompa la cabeza a uno. No fue esto lo único sorprendente, ¿a qué no se imagina, don Manolo, lo que pasó?

Dios movió la cabeza diciendo que no.

—¡Parió a los cinco meses!

Dios entrecerró los ojos.

—Nadie se lo explicaba y hasta las vecinas empezaron a decir que era milagro y como yo había andado en esas cuestiones de las curaciones venían a verme para que las sanara y querían hacerme milagroso de nuevo. No, otra vez, no. Así que nos mudamos y le pedí a Azucena que mintiera sobre la fecha del nacimiento para que pudiéramos vivir tranquilos. Azucena me dijo que no le contaría a nadie del día verdadero del nacimiento, pero que yo tenía el don de los milagros y, durante años, me repitió que era imposible que ella, a los cincuenta y cinco años, siendo primeriza, hubiera tenido familia a los cinco meses y que la criatura pesara cuatro kilos y ciento cincuenta gramos al nacer.

García tragó aire y lo soltó con fuerza. Siguió:

—Eso era señal de mi don divino. Yo no quiero tener el don divino, quiero trabajar en el restorán, cobrar las propinas y atender las mesas contento de la vida. Usted me enseñó, don Manolo, que un hombre debe hacer aquello que quiere y que si no

puede hacerlo, debe soñarlo. Cuando trabajé como manosanta en su reemplazo yo soñaba con estar en el restorán al lado de Azucena. Lo había conseguido y, como bien sabe, cuando uno consigue algo, no está dispuesto a perderlo y menos después de ser padre. Y a mis años.

Dios miró cómo García le ponía soda al vino y se lo tomaba aclarándose la garganta.

—¿Y el niño?¿Dónde está?

—Niña. Fue una niña, don Manolo.

El cuerpo de Dios pegó una sacudida por la sorpresa.

—¿Una niña?

—Y de cuatro kilos ciento cincuenta gramos —dijo García, con orgullo.

—¿Está en la escuela ahora?

—¡Don Manolo, que la muchacha ya tiene veinticinco años!

Otra vez, Dios pensó: «Veinticinco años».

Se acarició la frente. Trató de parecer tranquilo y preguntó, como si no viniera al caso:

—¿Se hizo monja?

—¿Manuelita? ¡No qué se va a hacer monja esa chica!

—¿Se llama Manuelita?

García sonrió.

—Es que nosotros lo estimamos mucho, don Manolo. Créame, realmente mucho.

García volvió a llorar y se secó los ojos con el mantel.

Dios pensó: «Este hombre llora por todo» y se acordó de un cuento en que un búfalo lloraba porque se había sentado sobre unas ortigas.

Estuvo a punto de contarlo.

Prefirió seguir interrogando.

—¿Qué hace Manuelita? ¿A qué se dedica?

—Adivine, don Manolo. ¿A qué no acierta? Y eso que usted sí que tiene dones. Adivine.

—¿Enfermera?

—No.

—¿Cura enfermos?

—No.

—¿Trabajadora social?

—No.

Dios perdió la paciencia, recordemos que nunca la tuvo.

—¡Bueno, García, déjese de embromar y dígame qué hace la chica!

—Es modelo.

—¿Modelo?

—Y sale en las tapas de las revistas.

García se puso muy contento por el orgullo que le daba.

La cara de Dios se iluminó como si se hubiera sacado de encima un enorme peso.

—¡García, qué alegría que me da! ¡Manuelita es modelo y seguro que es medio taradita!

—No, don Manolo, es una lumbrera. Hace las cuentas mucho mejor que yo.

De todos modos, Dios no se intranquilizó.

Pensó: «Que haga las cuentas mejor que García no significa nada».

—¡Qué bien! Pero fíjese, ¡qué bien! ¿Quién lo diría? Manuelita, modelo.

Aquí termina esta parte en la que Dios se ha enterado a lo que Manuelita se dedica y la conoce por fotos en las que aparece con muy poca ropa.

La otra parte sucede del siguiente modo:

García va al baño y don Manolo entra a la cocina.

Azucena está de espaldas y es posible darse cuenta de que ha estado llorando.

Don Manolo le pone una mano sobre el hombro y Azucena apoya la mejilla en su mano.

Con la mano libre, don Manolo aprovecha para agarrar un buñuelo de banana que Azucena preparó.

Mientras Él se come el buñuelo y agarra otro, Azucena se da vuelta y dice:

—Nunca le enseñé a rezar.

Don Manolo se la queda mirando; sonríe con una ancha sonrisa, toma dos buñuelos juntos y comienza a salir de la cocina. Entonces, Azucena le dice:

—Que las azucenas de mi jardín sean blancas.

Don Manolo, de espaldas, sin decir palabra, afirma con la cabeza, se come otro buñuelo y sale de la cocina.

Lo que sigue pasa así:

Azucena le explica a García que don Manolo ha ido a visitar a una tía.

García dice que no sabía que tenía una. Ve el pantalón de don Manolo colgado de una silla y exclama

—¡Mujer!, ¿pero lo has dejado salir en batón y chancletas?

Azucena suelta la risa y le recuerda que a don Manolo no le preocupa lo que está por fuera.

García asiente, y quiere saber a qué hora regresa.

Azucena lo mira con ternura y le pide que no se preocupe, que dentro de poco pasarán mucho tiempo con Él.

En el Cielo, Dios, todavía en bata y pantuflas, saca del bolsillo un buñuelo y se lo come mientras va a visitar a la tía Enriqueta.

Confesión y muerte de Dios Nuestro Señor

San Francisco fue llamado de urgencia. Era la primera vez que lo invitaban a la mansión de Dios. La pequeña casa de Francisco estaba ubicada en los suburbios, más allá del cordón urbano del Cielo. El santo vivía entre los pobres, por completo alejado de fiestas y reuniones sociales. Para él, la zona residencial era absolutamente desconocida.

Aunque lo intentaba, no podía dejar de sentirse incómodo apoltronado en el asiento posterior de la limusina conducida por el santo Tomás de Aquino.

A medida que el automóvil recorría con lentitud el estrecho sendero, Francisco veía las lujosas mansiones de los principales santos elevándose sobre las verdes colinas. El camino desembocaba en una elevación superior a las demás, sobre la cual, y en medio de árboles y canteros con flores exóticas, se alzaba, majestuosa y señorial, la casa de Dios.

Cuando el automóvil se detuvo, una minúscula comitiva, encabeza por San Juan, recibió a Francisco; este se sintió, aún, mucho más intimidado.

Largos corredores se abrían en enormes salones alfombrados; en ellos brillaban los adornos de oro y plata iluminados por fantásticas lámparas de cristal y perlas. Asombrado Francisco por la cantidad exagerada de espejos de toda dimensión que cubrían las paredes, venció la timidez preguntando:

—¿Por qué tantos espejos?

San Juan, caminando apresurado, respondió:

—A Él le gusta verse todo el tiempo.

Las gigantescas puertas con descomunales picaportes de oro de los aposentos divinos se abrieron de par en par y ambos santos las cruzaron.

San Juan, como quien habitualmente entra y sale de un sitio, se acomodó junto a Pablo y murmuró con él.

San Francisco permaneció expectante y turbado.

No había esperado nada de todo esto.

—Pasá —le dijo Pablo, con el tono de un ministro.

San Francisco dio algunos pasos llegando hasta los pies de la cama. Las lágrimas mojaron sus ojos y el santo no logró contener un estremecimiento de pena.

—Aquí está Francisco —le dijo Pedro a Dios.

Dios, con el rostro enflaquecido, los ojos tristes, las manos blancas y transparentes, apenas consiguió fuerzas para decir:

—Hacelo pasar.

—Está a tu lado, Señor —contestó Pedro.

Francisco, contrito y perplejo, contempló a Dios.

Pablo tocó la espalda de Francisco.

—Te dejamos con Él —dijo.

—¿Qué debo hacer?

San Pedro, acercándose, le tomó del brazo.

—Tomarle confesión.

Francisco titubeó.

—¿Yo?

—Él lo ha pedido.

—¿Por qué yo?

San Pedro miró a Pablo y a Juan y sonrió.

—¡Ay, Francisco!

Dijo, meneando la cabeza y yendo a unirse a los otros santos. Los tres salieron cerrando tras ellos las puertas del dormitorio.

Francisco tragó aire.

—¿Por qué yo, Señor?

Dios, con un hilo de voz, le respondió:

—¿Quién más podría ser? Estoy muriendo. Alguien debe oír mi confesión. Y, en el Cielo, no hay santo que lo sea de verdad. Ninguno hizo méritos suficientes para serlo. Lo son por razones políticas. El único santo que tiene el Cielo sos vos.

—Señor, yo soy un santo por tu voluntad, pero no valgo más que cualquiera.

Dios lo miró mientras se dibujaba en su boca una tenue sonrisa. No pudo sino sentir un poco de melancolía.

—Basta de modestia. No hay tiempo para tonterías. Mi vida llega a su fin.

—No es posible.

Dios miró de reojo a Francisco y pareció recuperar su sentido del humor.

—¿Por qué no?

Francisco encorvó los hombros y enarcó las cejas.

Con credulidad, dijo:

—Porque Usted es Eterno.

Dios acomodó la cabeza en la almohada.

—¿Vos también creíste que Yo era eterno?

San Francisco apretó los labios echando el cuerpo para atrás.

—Sí —dijo con desencanto.

Dios se rascó la barbilla.

—¿Comprendés que es imprescindible que me confiese?

Francisco miró al suelo.

—Comienzo a entender.

—Sentate.

—Si no te molesta, Señor, prefiero permanecer hincado.

Dios soltó un suspiro viendo al santo arrodillado a un costado del lecho.

—De ser Pablo el confesor, hubiese venido acompañado por un equipo de producción.

—Es un buen santo, Señor.

Dios torció la boca.

—Mejor, a lo nuestro. Fue hace tanto... Yo estaba solo. Muy solo. Cuando nací no había más que el horrendo vacío. El Universo era Yo. Eso es soledad: abrir los ojos y no encontrar padre ni madre. Viví en un espantoso desierto de oscuridad; sin días ni noches, sin soles ni lunas. Oía mi respiración, olía mi cuerpo, y el resto era desolación. Estar solo, saber que nadie

tapará tu cuerpo en las noches, sentir que jamás una voz te acercará una palabra de aliento, es peor que sentir a un águila devorándote el hígado. En el suplicio de esa infinita soledad, creo que me volví loco. Esto lo digo para que sepas mi estado de ánimo en los inicios de la Creación. Ahora sé que únicamente la locura pudo provocar los actos aberrantes que inventé. Todo comenzó a una hora incierta en que advertí una novedosa y singular sensación. Mis intestinos se alborotaron. Por instinto, me senté y sucedió lo increíble; por primera vez hice caca.

Dios respiró con dificultad y continuó:

—Como hacen los chicos juguetones, me puse a revolver la caquita. Hice pelotas y las tiré por aquí y por allá. Las pelotas giraban y flotaban en el espacio. Comencé a divertirme. De pronto, se me ocurrió agarrar un pedacito y ponerle manitos, ojitos, patitas. Luego, tomé otro pedacito y otro. Me salían más bien feos y deformes, pero con paciencia, mejoré y, como siempre he sido un Artista Colosal, llegué a la suprema perfección. Qué de maravillas logré crear.

Dios pareció estar recordando esos tiempos.

—La obra maestra fue la creación de un lugar sublime en el planeta Tierra. Le llamé Edén. ¡Ay, mal lo recuerdo! Decidí poblarlo. Con uno de los últimos trocitos de caca hice un muñequito de morondanga al que puse por nombre Adán. Lo vi tan desgarbado e inútil que me encariñé con él. Soplé para despertarlo y pude verlo andar extraviado durante horas. Me encontré

fascinado por él. Adán era feliz porque nada conocía. Ignoraba el dolor, la envidia, el enojo, el miedo. Pero Yo dije: no puedo condenar a Adán a la misma soledad que a mí me condenaron. La lástima que sentí por él provocó el naufragio. Continué produciendo sucesos demenciales y, con el último pedacito de caca, fabriqué a Eva.

Dios se atragantó con la saliva. Francisco le sirvió agua de una jarra puesta sobre la mesa de luz. Dios la bebió humedeciendo los labios resecos.

—Adán y Eva eran dichosos. Es decir: eran analfabetos e ignorantes. Esta clase de personas es la única que puede aspirar a vivir tranquila de espíritu. Carecían de pasado y, al no tenerlo, no había nada de lo cual arrepentirse ni sufrimientos por lo que pudieran haber perdido. No les preocupaba el futuro. Desconocían lo que significaba el mañana. Al faltarles la inquietud por el porvenir, no existía en ellos la ansiedad o la angustia que la incertidumbre produce. Pero todo se quebró como una rama que nunca más puede ser unida. Quizás, más delante en mi relato, logres entender lo que ahora voy a contar. Debo decirte que, al hablar de mi creación del Edén, tal vez sin darme cuenta o, tal vez, adrede, obvié la Creación que precedió a aquella y que fue hecha de una sustancia por completo diferente. Uno de ellos, y no me refiero a Adán o Eva, sino a los que se refugiaron en las profundidades de la Tierra, les habló y, al hablarles hizo lo más espantoso que pudo haber hecho: comenzó a enseñarles, a dar-

les conocimiento. Como un maestro con sus alumnos, fue entregándoles no solo el conocimiento, sino el deseo de conocer. No sé cómo, pero puso en sus almas puras lo que más corrompió a los hombres: la curiosidad de conocer. En adelante, nada los dejaría satisfechos por completo. Tendrían la imperiosa necesidad de ir a la distancia más remota para ver qué encontraban en el lejano sitio; buscarían en el fondo de los ríos; en las montañas más altas; en las estrellas y en las piedras.

Dios se pasó la mano por los labios resecos.

— No podrían detenerse en su búsqueda de conocerlo todo y dominarlo todo. Que por qué hacía tanto calor de día y frío por la noche; que por qué se caían las ramitas de los árboles y, al pisarlas, se pinchaban los pies; que por qué tenés eso y yo no lo tengo; que para qué servirá, que ponelo así y si te movés es mejor que cuando te quedás quieto. ¡Ay, descubrían el placer! ¡Pobres inocentes! No sólo correrían desesperadamente atrás del conocimiento, sino que, y aún más trágico, irían por la vida como perros famélicos buscando el placer. Sin saber que si el placer existe es porque en el otro extremo se encuentra el dolor. Ya lo encontrarían y sabrían que el placer y el dolor están apenas separados por un instante de la eternidad, por un hilo tan delgado que es imposible de ver.

Dios cerró los ojos.

Volvió a abrirlos.

Los párpados le pesaban.

—Ahí estaban los dos, desnudos, ardiendo, sudorosos en la faena carnal, descubriendo el más grande los secretos, aquél que Yo mismo descubrí a través de ellos. Yo puse en sus almas mi espíritu y en mi espíritu estaba la capacidad de creación. Los dos unidos, desesperados de goce y de extraer lo que tenían dentro y convertirlo en su propia creación. Lo lograron y no al primer intento, pero realizaron tantos que al fin nació Lilith.

—¿Lilith?

—Lilith. La primera hija mujer de Adán y Eva. Tuvimos que ocultar la negra historia que ocurrió a raíz de ella. Las causas fueron poderosas. Lilith creció sana, fuerte de formas, deseosa de realizar los mismos actos que veía en sus padres, ya que ellos no se ocultaban. No lo hacían porque desconocían el pudor. No podían tenerlo ya que el pudor es resultado de la moral. Esta no se había establecido todavía porque no había motivos. ¿Qué reglas van a imponerse para tres personas? Lilith, como te decía, experimentaba el deseo de tener lo mismo que Eva, de disfrutar como ella lo hacía. No demoró en seducir a Adán y tener relaciones sexuales con él.

—¡Oh!

—No te escandalices y no juzgues en forma apresurada que, en aquel momento, Yo hice lo mismo.

—Mis disculpas, Señor.

—Al enterarme del incesto, bajé de prisa a castigarlos. «Incestuosos», les dije, «degenerados».

Dios se detuvo un instante para toser. Y continuó:

—Lilith mordió una hojita de la higuera. Dijo: «¿Qué tiene de malo?».

—¡Cállate, atrevida! ¡No puedes hacerlo con los de tu propia sangre! —dije, preso de la ira (Yo me enojaba rápido, querido Francisco).

—¡No me callo nada! —dijo, chirriando los dientes y bosquejando la fisonomía de la actual mujer histérica.

—¿Cómo te atreves, pervertida? —grité, dispuesto ya a destrozarla y hacerla desaparecer de la faz de la Tierra.

Ella se acomodó una teta y dijo:

—¿Acaso no se acuestan Adán y Eva?

Me sacó de quicio y grité:

—¡Ellos son marido y mujer!

—¿No son ambos hijos tuyos? —preguntó, la cínica.

—¡Claro que sí! —se me reventaba la yugular.

—Por lo tanto, son hermanos.

—¡Todos saben eso! —exclamé (Yo era atolondrado. La verdad es que recién comenzaba a ejercer mi profesión).

—Si son hermanos, tienen la misma sangre. ¿Por qué les permites a ellos lo que prohíbes para mí? —dijo, poniendo las tetas duras.

Dios movió apenas la cabeza sobre la almohada.

—Me quedé callado. Me corrió un sudor frío. Te juro, Francisco, no lo había pensando. Si Adán y Eva eran mis hijos, eran

hermanos; si eran hermanos y tenían relaciones sexuales, eran incestuosos. ¿Cómo castigar solo a Lilith si todos eran culpables de idéntico pecado? Para meditar en la cuestión, los expulsé del Edén. Pero aquellos que me amaban sufrían horrores en tierra extraña: pasaban hambre, no sabían cocinar; tenían frío y no sabían cómo hacer una frazada; se pinchaban los pies y no se daban maña ni para inventar el zapato. No pude verlos en semejante martirio y los hice retornar.

Francisco volvió a alcanzarle agua. Dios tomó un traguito.

—Al tiempo, nacieron Caín y Abel. Con ellos, la corrupción de las sanas costumbres llegó al límite. Ahora, creaban la violencia. En tanto la degenerada de Lilith se entretenía con Adán disfrutando los placeres de la carne, sus hermanos, Caín y Abel, hacían otro tanto con su madre. ¡Animales! Me propuse la tarea de fabricar hombres y mujeres nuevos, que tuvieran el alma sana. Estaba tan enojado con ellos que decidí acabarlos, hacerlos desaparecer, pero no de forma inmediata, sino poco a poco, para que les doliera y recibieran el castigo más tremendo por la conducta espantosa que llevaban a cabo. Fue demasiado tarde, el bestia de Caín, celoso porque Eva prefería a Abel, le pegó un garrotazo al pobre hermano y le partió la cabeza en cuatro. Para colmo, no estoy muy seguro si el pedazo de bestia no se lo comió. Nunca encontré el cadáver. Enterrarlo, no creo porque no tenía pala. ¿Dónde lo puso? En su panza.

Francisco puso cara de horrorizado.

—¿Te imaginás, Francisco, cómo era posible que le rajara la cabeza al hermano y encima se lo comiera? Estuve con él a solas (lo que no costó demasiado trabajo porque mucha gente no había) y, entonces, me dijo: «No soy culpable más que de hacer lo que pusiste en el alma de mis padres y ellos me legaron por la sangre». Me pregunté: «¿De dónde sacó estos argumentos?, ¿es posible que tenga inteligencia?». Mis sentimientos podían resumirse en un extraordinario deseo de exterminarlo, de hacer que de él no quedara ni el más mínimo recuerdo. De pronto, al experimentar en mí esos sentimientos, entendí que lo que había creado estaba embebido de mi Espíritu. Caín no tenía en su alma, sino gotas de la mía. Repetía en su mundo lo que Yo en el Universo. Quizás fue una equivocación, lo perdoné y me quedé satisfecho con alejarlo para siempre de sus padres, con lo cual no sé si no le hice un favor. Se fue con la hermana, con Lilith, y de semejantes seres, como podés suponer, nacieron los hijos que empezaron a poblar el mundo y cuyos descendientes todavía andan por ahí. En cada hombre y en cada mujer, entrelazados en el interior de sus almas, encontrarás la violencia de Caín y el deseo sexual de Lilith.

Francisco escuchaba con la cabeza gacha.

—Todos los días aparecía un nuevo problema. Y no entendía. Para mí, todo era novedoso. Y no sabía qué hacer. Me enojaba, prometía castigos a los culpables y terminaba dejando impunes a los inmorales y asesinos. Y este error que cometí en aquellos

comienzos lo imitaron ellos y en tu tiempo, en el que te precedió y en los siguientes, la inmoralidad y el crimen siempre quedaron impunes. Excepto en algunas ocasiones en las que quienes debían ser juzgados eran pobres, negros o judíos.

Dios se calló para juntar fuerzas y poder continuar.

—Tengo que ser sincero, aunque me cueste serlo: a mí me entretuvo mirar esa pornografía y esos crímenes. Era mucho más divertido que mirar las uñas de los pies. O sea: de Mí aprendieron a ser espectadores. Ellos tienen mis mismos gustos.

Francisco aspiró largamente el aire refrigerado del cuarto.

—Era tu Obra, Señor. Tampoco puede decirse que ellos sean tan malos. Solo se limitan a vivir equivocados. Además, le enviaste a tu Hijo para salvarlos.

—¡Pura desesperación! No sabía qué camino emprender. Me dije: ¿No será que Yo, en mi carácter de Ser Superior, no consigo rebajarme lo suficiente para interpretar sus simples almas de mortales? ¿Qué tal si les mandara un ángel? (como sabés, los ángeles son estériles; y de allí que enviara a uno para que no hubiera dudas sobre quién era realmente el Padre); este ángel tenía amplios conocimientos de curanderismo y, sin mayor dificultad, realizó la inseminación artificial. José saltó como un orate. ¡Quería hacerla apedrear a la pobrecita de María!

—¡Soy un cornudo! —gritaba rasgándose las vestiduras.

El ángel, que oficiaba de intermediario, le dijo:

—José, ese Hijo es Hijo del Hombre.

—¡Por supuesto! Seguro que ha sido ese pastor de cabras que viene a pedir agua.

—No, José. No es hijo de hombre, sino Hijo de Hombre. Es Hijo de Dios.

—Jehová no existe. Es un invento de Moisés.

Dijo, el burro.

—Sí, existe —respondió el ángel.

Para probarlo, realizó algunas pruebas de prestidigitación, banalidades que sirven para conmover a las mentes infantiles, como la de José. De todos modos, la verdadera causa por la cual José se dejó convencer fue la propuesta del ángel:

—Para ti habrá un latifundio en el Cielo.

José se acarició las barbas. Como buen judío, vio el negocio.

—¿Tierras altas o bajas? —preguntó.

—Las mejores.

—¿Libres de impuestos?

—Claro que sí.

—¿Con cabras y ovejas?

—Por supuesto.

José corrió al establo.

—¿Dónde está ese chiquito, criaturita bendita de Dios?

Dios meneó la cabeza.

—Eso dijo, el mercader. ¿Te das cuenta, Francisco, qué especie había hecho Yo? Más tarde, Jesús se largó a curar un leproso, un paralítico, con un pan alimento una muchedumbre,

resucito un muertito. Esas zonceras que tanto efecto producen y que sirven como promoción. Pero este loco Hijo mío, cabeza fresca, sufre un ataque de socialismo prematuro y les dice: «Antes pasará un camello por el ojo de una aguja que un rico entre al Reino de los Cielos». Ahí nomás lo crucificaron por subversivo, es decir, por atentar contra el orden establecido por los ricos. Luego, para que continuaran sus enseñanzas de amor tuve que poner a miles de publicistas con sotanas y les permití quemar libros, quemar personas. Una crueldad espantosa, Francisco. Y vos mismo la pudiste presenciar en tu época de mortal. Se les fue la mano. Yo dije que hicieran respetar las ideas cristianas, pero estos obispos y cardenales eran unos desalmados fanáticos. Decían: «Cumplimos órdenes». Así se disculpaban y tiraban a la hoguera a todo el que los contradecía. ¿Y quién de todos estos sacerdotes amaba a Cristo? ¿Quién podía llamarse su discípulo? ¿No les había dicho el viejo Moisés: «No matarás»? ¿Qué fe pretendían? Yo los dejé hacer. Yo conocía su maldad, pero, me gustaba que impusieran mis ideas de una punta a la otra del mundo y, en aquellos tiempos, opinaba que los medios no importaban para alcanzar un fin noble. ¿Hay un fin noble? ¿Qué son los medios para alcanzar el supuesto fin, sino la vida misma, la forma en que se vive? La forma de vida es lo que debe ser noble. El fin no existe. Lo que se cree el fin no es más que el medio para lograr otro fin y de este a otro. Todo esto lo supe con el largo correr de los años y me fui ablandando. Tuve remor-

dimientos. Ellos podían ignorarlo, pero Yo sí sabía que todo estaba saliendo mal. Muchas noches, en la cama, dispuesto a dormir, no logré conciliar el sueño. Los remordimientos son pulgas feroces, querido Francisco. Yo di libertad a los hombres, pero no les enseñé a utilizarla. ¿Y de qué sirve la libertad si no se sabe emplearla? ¿Y quién es libre cuando tiene el alma impura?

—Tuviste la bondad de permitirme elegir. Ellos nunca lo han entendido —dijo Francisco mientras Dios hacía una pausa—. Ninguno de ellos valora la importancia de poder decidir por sí mismos. No entienden que el poder decidir es la libertad.

—Ellos nunca entendieron nada.

—No te agites, Señor.

—Dame agua.

Francisco volvió a servirle.

Dios bebió y se recostó; se lo veía mucho más debilitado.

—No creo necesario que digas más. Con lo que has dicho, te sentirás aliviado.

Con mucho esfuerzo, Dios dijo:

—No, Francisco. Todo eso fue una parte. Hasta me atrevo a decir que la menos importante.

—¿Es que hay algo más que debas confesar?

—Sí. Una gran injusticia. Fue hace tanto, que perdí la memoria de la mayor parte de esos sucesos horrorosos y que habrían de signar para siempre los destinos del Cielo y de la Tierra.

Francisco calló, aguardando.

—Éramos los mejores amigos. Todo lo hacíamos unidos. Él era brillante, lograba ganarme al ajedrez y al póquer pero sólo dos o tres veces. Él era elegante, esbelto, de mirada honda y sagaz. Espectacular orador y polemista y con ese particular encanto que únicamente poseen ciertos seres privilegiados que hace que todo el mundo los rodee como si fuera un enjambre de abejas en torno de la miel. Él parecía un imán atrayendo insignificantes alfileres. Lo amaban. Lo escuchaban seducidos por su voz. ¡Cuánto lo quise y lo admiré! ¿En qué momento el amor se transforma en odio? Yo he sido un apasionado sin puntos intermedios. Únicamente la vejez consiguió apaciguar mi furia. Yo era todo o nada. Él, en cambio, tenía a su lado la mejor consejera: la Paciencia. Por ese entonces, Satanás...

El santo, como era costumbre en el Cielo cuando se pronunciaba el nombre maldito, hizo la señal de la cruz.

—¿Lo ves?

—¿Qué debo ver, Señor?

—La verdad es lo más difícil de ver. La verdad siempre está tan cerca que podrían rozarla con la punta de la nariz. ¿Quién quiere verla? La verdad es la única cosa que a nadie le conviene averiguar. A Satanás, y no te santigües, todos le creen realmente malo.

—¿No lo es?

—No, Francisco. Nunca fue demasiado malo.

Dios respiró profundamente, pareció hurgar en el recuerdo.

—Satanás, como más tarde lo llamaron a partir de mi prohibición de mencionar su verdadero nombre, trató de hacerme ver que estaba cometiendo serias equivocaciones. ¿Cómo tolerar que me contradijera? ¿Cómo permitir que alguien se entrometiera en mis decisiones? Hubiera sido admitir que Yo no soy infalible. No podía ser. Los pequeños dioses, mis virreyes, a quienes Yo encomendaba tareas menores y que, más tarde, fueron adorados en distintas regiones de la Tierra, se reunieron alrededor de Satanás y constituyeron una Asamblea. Allí estaban Moloc, uno de los preferidos de Salomón; el bello y discursivo Belial; Astarté y Camos; Tanmuz y Rinnon y, naturalmente, el muy hábil Belcebú. Entre todos eligieron a Satanás para presidir la Asamblea. Ellos pretendían establecer una monarquía constitucional. ¡Ridículo! ¿Quién más sabio y perfecto que Yo? ¿Quién podía superar la perfección de mis actos? Los amenacé, los insulté; los perseguí. No cedieron. Entonces, asegurándome la lealtad del ejército comandado por el arcángel Miguel, les inicié la guerra. Un tercio del Cielo siguió a Satanás. Trataron de hacer la paz. Me decían que era una locura pelear entre nosotros. Convencido de mi mayor poderío, no entendí razones. Me cegaba la ira. Sin embargo, las batallas, lejos de ser breves y darme un rápido éxito, se extendieron más allá de todas las previsiones. Nunca fui bueno en ese asunto de los oráculos. Ahora, puedo decir que la suerte pudo ser muy distinta de no contar mi ejército con el arma secreta: el rayo láser. Gracias a él pude destruir las aguerridas huestes

de los demonios y expulsarlos del Cielo. Fue una batalla espantosa. Se sabían perdidos y seguían luchando con una valentía que no pude imaginar existiera en ser alguno. Acabaron yéndose en retirada a la Tierra, hasta donde Miguel los persiguió con bombas antimateria obligándolos a refugiarse en las profundidades tenebrosas.

Francisco arrugó el entrecejo.

—Señor, lo que me cuentas es abominable.

—No sabés lo que han sufrido esos diablos en semejante situación. Imaginate: vivir en el Cielo, rodeados de bienestar, gozo y paz, y caer en el fondo de un mísero planeta para convivir con los nauseabundos olores, la horrenda oscuridad, la sensación de experimentar el vacío de la nada. Pero Satanás era una roca, un océano de fe. Un jefe que no claudicaba ante nada con tal de llevar adelante a los que habían perdido la Gloria por seguirlo. ¿De dónde sacaba el valor para superar el mayor fracaso, la más grande penuria, que ser alguno hubiese vivido?

—Es verdad, nadie en el universo ha tenido mayor desgracia que él. Perdió la Luz para caer en las sombras.

—Te aseguro, Francisco, parecía como si una fuerza inigualable lo impulsaba a continuar sin menguar su esfuerzo ni por un instante. Superó la caída, la pérdida de sus privilegios de primer arcángel, de ser el mejor del Cielo, después de mí. La adversidad lo oprimía como una coraza de hierro candente. Toleró el dolor. Derrotó los obstáculos. Organizó sus ciudades; construyó

edificios, avenidas, puentes, salas de espectáculos, museos, oficinas. Contó con el invalorable talento del arquitecto Mulcifer, que fue adorado en Grecia, y que, antes de rebelarse junto a Satanás, diseñó gran parte del Cielo. El Infierno, antes tiniebla y mal olor, el rincón más despreciable del Universo, quedó convertido en una bella comarca, armónica y acogedora. Nadie venía al Cielo. Me dejaban la resaca. El Cielo se llenaba con los ricos inmorales que compraban su salvación en la iglesia; los criminales arrepentidos de la boca para fuera, los tontos y los mequetrefes, esos eran mis mejores y únicos clientes.

Dios hizo una pausa para recuperar el aire y continuó:

—Siempre fui muy imaginativo y se me ocurrió inventar la leyenda que todos conocen: en el Infierno la gente era quemada, trinchada, triturada; que el Diablo tenía cuernos y cola y era todo colorado. Era tan increíble que cualquiera podía creerlo. Todo el mundo cree las mentiras. A nadie le interesa la verdad.

—Yo lo creí —dijo Francisco con resignación.

—Lo siento. Fue una cuestión política.

Dios pestañeó como si tuviera sueño.

—Y bueno, Francisco, tu caso no es el de todos porque no es lo mismo ser inocente que estúpido.

Francisco no se atrevía a hacerle una pregunta.

—Quisiera preguntarte —dijo, animándose.

—Decime.

—Si Usted muere, ¿adónde irá después de muerto?

Dios abrió muy grandes los ojos.

Calló meditabundo mientras dibujaba una sonrisa en sus labios violáceos.

—No sé —dijo, con cierta pesadumbre.

Francisco se puso de pie. Comenzó a rezar en voz baja.

El ruido de la puerta, abriéndose a sus espaldas lo interrumpió. Por un instante, creyó ser parte de un sueño.

La habitación se llenó de un extraño aroma de rosas y la luz produjo un efecto indescriptible.

Francisco quedó extasiado frente a la silueta parada en el vano de la puerta.

Dios, movido por una fuerza única en el Universo, alzó la cabeza. Francisco alcanzó a ver el rostro conmovido de Dios y, de pronto, como si un relámpago iluminará el interior de su cabeza, entendió la escena.

Quedó boquiabierto y petrificado.

La silueta avanzó y, sin que sus manos la tocaran, la puerta se cerró detrás de ella.

—¡Dios mío! —exclamó el santo.

La silueta, acercándose, con serenidad, dijo:

—No sientas ningún temor, dulce Francisco.

Francisco no pudo sostenerle la mirada.

Dios movió una de sus pálidas manos.

—Viniste...

Satanás tomó la mano fría y cerosa de Dios.

—Me llamaste. Aquí estoy —dijo Satanás, con los ojos llorosos y la voz artificialmente firme.

Dios apretó con fuerza la mano del Diablo.

—¿Me perdonaste ya? —preguntó Dios.

Satanás se sorprendió.

—¿Perdonarte? ¿Qué tendría que perdonarte? Es tu perdón el que vine a buscar. Fui yo el que falló en nuestra amistad. En definitiva, simplemente estabas equivocado. Y, cuando un amigo se equivoca es cuando más nos necesita para que lo acompañemos a enmendar sus errores.

Dios tosió como si se atragantara con migas de pan.

—Yo te acosé, te difamé. No tuve piedad. Te condené a vivir en los más oscuros agujeros del Universo.

Satanás sonrió.

—Tan mal no me ha ido.

Dijo, con soberbia.

—Lo sé. Tu buena fortuna me llenó de rabia. Lo siento, nunca conseguí controlar mis sentimientos.

—Siempre fuiste un impulsivo.

—Si lo sabrás.

Satanás golpeó la mano de Dios con toques suaves.

—Lo hecho, hecho está.

Se miraron como si estuvieran recordando y, por unos segundos, guardaron silencio. Dios lo rompió diciendo:

—Estoy feliz porque estás aquí y aceptaste mi propuesta.

—¿Qué propuesta? —preguntó el Diablo poniéndose serio.

—La de hacerte cargo del Reino.

Satanás soltó la mano de Dios con un movimiento impetuoso.

—¿Qué Reino?

—Este, el Reino de los Cielos. Te hice llegar mi propuesta.

—Creí que era una broma.

—Pues no. Te considero el mejor para el puesto.

Francisco estaba a punto de desmayarse.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Sos el adecuado. Conocés todos los secretos. Sos mi reemplazante ideal. Es lo que soñaste. Fue tu lucha. ¿O acaso no soñabas con ocupar mi lugar y hacer las reformas que querías?

—¡En mi juventud!

Satanás levantó los brazos como si arrojara un montón de ropa sucia.

Dios, cobrando fuerzas, trató de sentarse.

—¿Qué estás diciendo?

—No te esfuerces, Señor —intervino Francisco.

—¡No, no! ¿Qué dice este?

—¿Cómo qué digo? —replicó el Diablo—. Digo lo que dije y lo dije porque sé lo que digo. ¡Y basta de tonterías!

—¿Estás loco?

—¡Antes lo estuve!

—Te dejo una herencia única, la más grandiosa y fabulosa que ser alguno pueda imaginar: ¡el Cielo! ¡No creo que exista alguien

tan necio como para ser capaz de despreciarlo! ¡Nadie en todo el universo dejaría de aceptar un ofrecimiento igual.

—Yo no lo quiero.

—¡Necio! —gritó Dios.

—Yo vivo muy tranquilo. ¿No pensarás que voy a dejar la majestuosidad del Infierno? ¿Creés que voy a dejar la vida moderna y divertida para venir a cantar salmos, pasear por los jardines con un misal y ver las caras de tus santurrones y ángeles aburridos, reprimidos y represores?

—¡Loco, loco, loco! —Dios daba alaridos y tosía arqueando el cuerpo.

—¡Loco estaría si acepto! ¡Dejame de problemas! Se la pasan llamando para que le soluciones sus asuntos. Compran una rifa y dicen: «Dios mío, ayudame a ganar»; se resfrían; «Dios mío, ayudame a sanar»; se mudan de casa: «Dios mío, ayudame a adaptarme al nuevo barrio». Después, hacen lo que quieren. Cuando les va muy mal, dicen: « Si Dios existiera no pasaría todo esto». Como si no lo hubieran hecho ellos y vos no estuvieras corriendo de un lado para el otro tratando de arreglar lo que desarreglaron. Todos te piden, ¿alguna vez alguno de ellos, en el fin de sus rezos, dijo: «Dios mío, te deseo que seas feliz?» No, ni loco acepto. No tengo edad para meterme en complicaciones.

—¡Esquivás la responsabilidad! Ahora me acuerdo: eras un irresponsable! Sí, ahora se descorren las brumas de la memoria, bien recuerdo cuando te mandé a sembrar los lirios y a las tie-

rras las convertiste en viñedos para fabricar los vinos que usabas en tus orgías.

—Pequeñas reuniones sociales entre amistades que entablan una charla amena y mojan sus secas gargantas con alguna bebida que facilita la fluidez de las oraciones y permite expresar al intelecto.

—¡Orgías! ¡Corrían desnudos por los jardines sin importarles que las vírgenes se cubrieran los ojos para no ver los desenfrenos de la lujuria! —gritó Dios.

—Sano esparcimiento y, quizás, alguno que anduviera con la necesidad de higienizarse en el lago haya sido visto corriendo hacia él desprovisto de ropas, como es razonable ya que no puede pensarse se arrojara a las aguas vestido. Todo ser sano, se baña desnudo.

—¿Y los lirios? ¿Qué hiciste con los lirios? ¿Acaso miento al decir que había uvas por todo el sembradío y manzanas para la sidra? ¿No transformaste la Magna Capilla en una bodega?

—¿Para qué lirios? ¿Para tus coronas y floreros? Vivías rodeado de flores y espejos. Yo era práctico. Los lirios no sirven como alimento. En cambio, las uvas y las manzanas no solo son la tan necesaria comida, también, son útiles para aquellos néctares que tonifican el alma. No es rezando como se fortalece el alma. Por el contrario, la debilita. Los que rezan lo hacen por cobardía frente a la vida. No se atreven a enfrentarla solos y piden auxilio. Cuando estabas en el apogeo de tu poder, usabas todos los me-

dios para darle miedo a todos los seres. ¿Te querían o te temían? Cuando te reblandeciste empezaron a faltarte el respeto y, ahora, hasta hacen bromas con vos. Yo, por el contrario, pregono la valentía. ¡Vivan!, digo. Vivan y no teman. Lo que me reprochás no es más que vivir y, en la vida, un poco de diversión anima los espíritus para que puedan enfrentar mejor dispuestos los hechos trascendentes.

—¡Palabras huecas! ¡Qué vivir! ¡Eran bacanales! ¡Manga de borrachos libidinosos!

—Apenas mojábamos nuestros labios amándonos los unos a los otros, inclusive, amando a nuestro prójimo más que a nosotros mismos.

—¡Mentiroso! ¡Te estás copiando! En esa época hasta intentaste cambiar las arpas por ese instrumento que empezaste a inventar y que terminaste de fabricar en la Tierra.

—¿Qué tiene de malo una guitarra?

—¿Te creés que no me di cuenta de la paciencia que tuviste? Esperaste hasta que inventaran la electricidad, que no estoy muy seguro si no tuviste algo que ver con eso, para hacerla eléctrica y tocar la música asquerosa que tocabas acá con las arpas desafinadas, gritando las letras de las inmundas canciones que componías. Allá le metiste en la cabeza a no sé cuántos esa música de rock. Te burlabas de mi Hijo y del buenazo de Pedro poniéndole «rock». Como Jesús dijo: «Tú, Pedro, serás la *roca* sobre la que levantaré mi iglesia», vos le pusiste «rock» para hacer ver que

esos melenudos opiómanos eran tus Pedros. Solo un bestia sin fe podría hacer algo así.

—Es increíble lo retorcido que sos. Ahora me explico por qué, en todas las iglesias, andaban diciendo que el rock era la música del Diablo, música satánica y qué sé yo cuantos disparates. Dos cosas voy a decirte: la primera, no me rebajes a solo haber creado el rock, he creado toda la música, incluso la que se tocaba en el Cielo antes de irme. En la Tierra he introducido desde el vals, la ópera, el tango, todo lo conocido. Reconozco que el rock me gusta más, pero también inventé la mazurca. La segunda: no son opiómanos porque se consumía en el pasado, las drogas que se emplean son otras y debieras estar mejor informado, aunque es clásico en vos estar atrasado cien años.

—¡No decís una sola palabra que sea verdad! En principio, no solo estoy perfectamente actualizado, sino que me anticipo mil años a todo porque veo el futuro.

—Si me hicieran cosquillas no me reiría tanto.

—¡Y lo del rock es cierto! ¡Sos un mentiroso!

—Nunca miento... si no hace falta.

—¡Lascivo!

—Calma, señores —intercedió Francisco.

Dios tenía la cara roja de ira.

Satanás respiraba con potencia y el pecho le subía y le bajaba como si hubiera corrido subiendo diez pisos por la escalera.

—Me callo la boca por respeto al muerto —dijo Satanás.

—¿Qué muerto? —dijo Dios—. Acá no hay ningún muerto.

—Pronto lo habrá.

—No pienso darte el gusto.

—Estás acabado. Desde acá se te ve la espalda.

El Diablo hizo un ademán despectivo.

—No te creas. Si lo deseara me pondría de pie y saldría caminando por la puerta igual que lo haría un joven lobo.

—Un viejo loro, quisiste decir. Conozco el secreto. ¿Lo olvidaste? Jamás fuiste capaz de tomar una decisión sobre este tema. La vida y la muerte están fuera de tu jurisdicción. Te impresionaba andar matando. En este caso, como en otros, deberías haberlo pensado más, así te habrías evitado el embromarte solo.

Dios se recostó, agobiado.

—Ya lo sé. También lo pensé cuando me di cuenta de que las fuerzas comenzaban a fallarme. No sé cómo sucedió, pero aquí estoy. Es como si todo hubiera ocurrido tan rápido como encender y apagar un fuego. ¿Cómo fue que aquél que fui se convirtió en este que en la cama espera la muerte?

Satanás soltó el aliento. Lo miró con pena.

—Lamento lo que dije. Son palabras. Lo siento.

—Está bien También yo digo solo palabras.

—A mí me llegará un día. Muy lejano, es cierto, pero llegará, quizás, porque nunca se sabe. Por ahí soy eterno, por ahí no. La vida es como una nube que miramos un instante. Al volver a mirar, ya no está.

—No somos nada —agregó Dios.

Hicieron silencio. Francisco los miró y no estaba seguro si era la realidad o una pesadilla.

Se dio cuenta que, durante todo ese tiempo, no había movido un músculo ni había separado los dedos entrelazados de sus dos manos.

—Debes aceptar —pidió Dios.

Satanás sopló inflando los cachetes.

—¡Qué cargoso!

—¿Qué será de todo esto? Tanto esfuerzo, ¿para qué?

—¿Y tus siervos?

—Te llevaste a los mejores. ¿A quién puedo dejar semejante Reino?

Satanás se rascó el mentón y pareció reflexionar.

—¿Y Jesús? —dijo.

—No quiere. Dice que todos somos iguales, que si a todos les damos la misma posibilidad de educación, salud y vivienda, nadie tendría que gobernar sobre los otros. Dice que toda forma de gobierno es una forma de perpetuar los privilegios.

—Cierto, cuántos problemas te trajo ese muchacho.

Satanás se mordió el labio, pensativo y dijo:

—Demasiado correcto ese chico Jesús. Estuve varias veces con él. Le decía que se dejara de embromar, pero no me hacía caso. «Tenés que hacer las cosas de otra manera», le dije. «No se puede ser frontal con esta gente. Tienen los oídos tapados con

cera y no escuchan más que sus propias voces. ¿Qué dicen esas voces? Dinero y poder. Estás loco, Jesús, si creés que van a perdonarte que ataques el dinero y el poder. Y no te metas con los sacerdotes. Dejalos en paz. No trates de cambiar la religión. Una u otra es lo mismo. Todo lo que conseguirás es que los sacerdotes cambien de libro y, luego, seguirán siendo hipócritas engañando a la gente para mantener su poder», le dije. No hubo forma de convencerlo. La noche en que lo apresaron, me reuní con él poco antes y le dije que debía escapar, que corría peligro de muerte. ¿Sabés que me contestó? «Para este día nací». Un tipo único. Lo mejor que dio la estirpe humana. Y mirá lo que le hicieron esos malparidos.

—Estoy muy orgulloso de él. Es un gran muchacho, pero demasiado idealista. Y ni en el Cielo hay lugar para los idealistas.

—Una personalidad admirable, pero sin sentido práctico. No tiene tu temple, tu audacia, tu capacidad de decidir sin importarte si acertás o errás, si beneficiás o perjudicás. Reconozco que no es el apropiado. Es demasiado honesto, sincero, bondadoso, sacrificado, leal. Nadie con esas características puede gobernar como se debe gobernar.

—¿Quién lo hará si vos te negás?

—Dejá de insistir.

Dios lo miró detenidamente. Sintió como si algo comenzara a huir del interior de su ser. Con el único atisbo de humildad de toda su larga existencia, dijo:

—Te lo pido por favor, Luzbel.

El Diablo detuvo la mano que movía en un ademán despectivo y la dejó rígida en el aire.

—¿Aceptarás, Luzbel? —insistió Dios y de verdad que había humildad en el sonido de sus palabras.

Satanás movió lentamente la mano que había dejada colgada en el aire y la unió con su otra mano, entrecruzó los dedos y los apretó con fuerza.

—Me llamaste por mi nombre verdadero. Después de tanto.

La voz de Satanás sonó entrecortada, como si la emoción le cerrara la garganta.

—Señor, perder el Cielo fue... una calamidad —la voz de Satanás desfalleció.

Dios movió lentamente la cabeza.

—Perdóname, Señor.

Dijo el Diablo y se puso de rodillas.

Con la boca seca y los ojos cansados, Dios intentó sentarse sin lograrlo.

Sentía que las fuerzas lo abandonaban, pero siempre había sido astuto y supo que no podía desaprovechar el momento ya que nunca más volvería a tener otro semejante.

—Te perdono, Luzbel. Pero quiero descansar en paz. Todo lo que deseo es que aquello por lo que di mi existencia plena no sea dilapidado. Solo vos, podés hacerte cargo del Cielo. Y no hay nadie en el Universo que lo merezca tanto como vos. Bien sabés

que es la última vez en la que voy a preguntarte: Luzbel, ¿aceptas el Reino de los Cielos?

Satanás se puso de pie.

Dio varios pasos alejándose del lecho.

Daba la impresión de estar mareado, como si todas las angustias, vacilaciones y remordimientos de su existencia completa se hubiesen entrecruzado en un sólo instante confundiendo la lucidez de su mente.

Francisco lo tomo del codo.

—Estoy bien. Gracias, Francisco.

Dios lo miró inclinando ligeramente la cabeza sobre la almohada. Lo miró ahí, de pie, haciendo un esfuerzo colosal para no sucumbir a la emoción, extrayendo hasta la última gota de fuerza de sí mismo para mantenerse majestuoso.

Apenas por un segundo, lo recordó siendo joven, le pareció escuchar su risa y ver el brillo de alegría que sus ojos tenían entonces; volvió a verlo como era ahora y se sintió orgulloso de él.

Sonrió de modo imperceptible y supo que no tendría ninguna otra oportunidad de ofrecerle todo lo que le había pertenecido.

—¿Aceptás? —le volvió a preguntar con la voz casi inaudible.

El Diablo lo miró fijamente.

Tenía los ojos llenos de lágrimas.

Veía el rostro macilento de Dios, percibía el sonido de su respiración brotando agónica de sus labios entreabiertos y tuvo que hacer un esfuerzo descomunal para contener el llanto.

Recordó estar cayendo desde una altura inconmensurable, sentir cómo la luz se iba diluyendo a sus espaldas, ver la profunda oscuridad de los abismos frente a sí.

Recordó estar en las tinieblas más hondas que ser alguno pudo imaginar, sentirse aterrado sin poder gritar pidiendo ayuda porque nadie le daría auxilio, experimentar el infinito vacío del desamparo, caer en la desesperación y haber puesto sus manos sobre su cabeza y haber llorado amargamente percibiendo que el dolor más intenso quebraba todo su ser.

Recordó haber caído de rodillas, doblar su cuerpo, tocar el piso con la frente, sentir cómo su alma se quebraba ante el monumental peso de su fracaso y creer, en ese instante de soledad abrumadora, que nunca encontraría la salvación.

Ahora, ahí estaba, miles de años después, de pie, junto al lecho de muerte de Dios.

Apretó los dientes, haciendo el último esfuerzo para impedir que las lágrimas se derramasen de sus ojos.

Respiró tan intensamente como pudo, contuvo todo el aire y lo soltó para decir la única palabra que pudo pronunciar sin desfallecer por completo.

—Sí.

A Francisco se le doblaron las piernas.

Dios, con gran esfuerzo, alzó una de sus manos y puso el pulgar hacia arriba.

—Suerte —dijo y ese sí era su estilo.

El Diablo movió la cabeza, aceptando lo que debía ser entendido como la bendición de Dios. Cerró los ojos, intentó que su respiración se normalizara, que la angustia cediera.

Abrió los ojos y ya era él.

Luego, Dios masticó las palabras y dijo:

—Tengo que decirte algo.

El Diablo se le acercó. Casi pegó su oído a los labios de Dios.

—Te escucho —dijo.

En su oído el aliento de Dios era cálido.

—A Francisco no le conté todo, hubiera pasado siglos confesándome. Pero hubo algo que fue distinto para mí. Acá, en el Cielo, hay una casa con un jardín con muchas flores…

El Diablo le interrumpió y, en voz muy baja, le dijo:

—Ya sé. Yo me ocuparé.

—Hay algo más. Debo hacerte una pregunta.

—¿Cuál?

Casi diciendo las palabras letra por letra, Dios le preguntó:

—¿Adónde iré después de muerto?

El Diablo se apartó de la cama, inspiró hondo, sonrió enigmático, sacó el labio inferior hacia fuera, se encorvó de hombros.

Definitivamente, ya era él.

—Para estos casos, siempre tuviste una respuesta: «Hay misterios que no se pueden revelar» —dijo y sonrió.

Dios se hundió en la almohada.

Luzbel giró el cuerpo en dirección a la puerta.

Hizo un ademán y la puerta se abrió ante él como si manos gigantescas la empujaran.

Salió al inmenso salón tolerando las inquisitivas miradas de los santos y arcángeles reunidos en el centro del cuarto.

Los miró uno a uno, lentamente, escrutando en cada rostro los sentimientos del alma.

Recompuso su rostro consternado, llenó de aire sus pulmones y, simulando una sonrisa tenuemente sutil, recobró la prestancia dirigiéndose directamente al grupo.

En el preciso momento en que daba el primer paso y antes de que las puertas se cerraran por detrás de él, Luzbel oyó la voz de Francisco diciendo:

—Ego te absolvom.

Y, aunque hizo un último y tremendo esfuerzo, ya no pudo evitar que de sus ojos cayeran las lágrimas.

Hechos de Dios

Estos fueron Hechos de Dios tal cual son relatados en la Biblia. Como es ampliamente sabido, el contenido de este Libro es absolutamente verídico e indiscutibles son todas sus aseveraciones ya que fue redactado bajo la directa inspiración y supervisión de Dios.

hecho 1

Hizo un pacto con los judíos comprometiéndose a ayudarlos en todo lo que necesitaran, a cambio de que le rindieran culto solamente a Él y, cotidianamente y dos veces al día, le ofrecieran un par de corderos en sacrificio.

Para sellar el pacto, seguramente pensando que esos tipos podían estar hablando por hablar y no cumplir con su parte de lo tratado, les pidió que se cortaran un pedazo de pene.

Como prueba, hay que decirlo, es bastante importante. No cualquiera se lo corta.

Realmente, para hacerlo hay que tener dos condiciones: ser de verdad creyente y, sobre todo, ser masoquista.

Por suerte para las mujeres, sea porque se olvidó de ellas o porque se escondieron, solo los hombres pactaron ya que, de

haberlas considerado en el trato, les habría pedido que se cortaran un pedazo de teta.

hecho 2

En Sodoma y Gomorra todos los habitantes eran homosexuales, excepto uno o dos que estaban en duda.

Dios sentía asco por los homosexuales y, mucho más, cuando los sodomitas quisieron violar hasta al par de ángeles que el Señor había enviado.

Por lo tanto, destrozó ambas ciudades y exterminó a todos los habitantes.

Aunque el libro sagrado asegura que todos fueron finados, alguno debe haber huido pues el terrible mal de la homosexualidad continuó propagándose en todas las sociedades, incluida la Santa Madre Iglesia, en la que hay más homosexuales que en Sodoma y Gomorra juntas.

Obviamente, como Lot escapó, ciertas sospechas de no ser bien varoncito recaen sobre él y ser responsable de la continuación de esta plaga maldita, que tanto ofende a la religión y a Dios que se olvida que el primer ser que creó fue Varón y Varona.

En fin, que Dios pasó por alto que todo era su Creación. Incluidos los homosexuales, que lo son desde que nacen.

hecho 3

Abraham era uno de los predilectos de Dios.

Abraham estaba casado con Sara, que no podía tener hijos. Por lo tanto, Abraham tuvo un hijo con Agar, su esclava.

La pobre Agar cayó en desgracia cuando la vieja Sara (y decimos vieja porque era vieja como de cien años) quedó embarazada y parió a Isaac. Sara le dijo a Abraham que echara de inmediato a Agar y al hijo mal parido.

Abraham se negó porque lo consideraba poco piadoso.

Dios intervino y le ordenó a Abraham que le hiciera caso a Sara porque Él tenía planes para Isaac.

A pesar de no estar muy convencido, al ser un mandato de Dios, los dejó abandonados en medio del desierto.

La madre y el bebé no se murieron de casualidad y debían agradecer a Dios que, siempre generoso, hizo que Agar encontrara un pozo con agua después de andar caminando perdida en el desierto y no le quedaban lágrimas para llorar ni voz para rogar que no se le muriera el hijo.

Dios, siempre mandado a hacer en estas cosas, se ve que desconfió de Abraham y pensó:

—Me parece que este no cree tanto en mí.

Entonces, para probarlo, le dijo:

—¿Querés mucho a tu hijo Isaac?

Abraham contestó que sí, que lo amaba con locura.

Dios, probablemente sonriendo, le dijo:

—Bueno, entonces matalo, cocinalo a fuego lento con una buena leña y mandamelo para la hora de la cena.

El buen Abraham, antes ferviente creyente que buen padre, lo llevó al hijo hasta el sitio apropiado para el sacrificio. El muchacho, tratando de que el padre no hiciera mucha fuerza porque estaba anciano, cargaba la leña y le preguntaba:

—Papá, ¿dónde está el cordero que vas a asar?

Abraham le contestaba:

—Es una sorpresa, ya vas a ver cómo te vas a sorprender.

Se las ingenió Abraham para atarlo (porque es difícil que Isaac se acostara solo arriba de la leña, sobre todo viendo al padre con una cuchilla dispuesto a carnearlo) y ya le enterraba el cuchillo que apareció un ángel y le dijo:

—Abraham, dejate de jorobar y dejá en paz a ese muchacho.

Abraham lo soltó y alabó a Dios.

La Biblia no comenta sobre lo que sintió Isaac mientras el padre lo iba a degollar ni si sufrió algún trauma al respecto. Pero, en esa época, lo que le pasara a los niños o a los adolescentes no era nada que preocupara a Dios o a sus padres y, menos a los religiosos que escribían la historia.

Tampoco aclara por qué no fue Dios mismo quien detuvo la mano de Abraham o si el ángel actuó por iniciativa propia. Lo que no cabe dudas es que Dios daba serias muestras de inseguridad afectiva.

hecho 4

Los judíos se querían ir de Egipto y el Faraón no los dejaba. Mejor dicho, les decía que se fueran si querían, pero que no se llevaran el ganado ni bienes que habían obtenido en el país.

Por supuesto que, en esas condiciones, ningún judío quería irse. Pidieron ayuda a Dios. Este, no se sabe por qué, no hizo lo que le hubiera resultado más sencillo, sobre todo, considerando que era Dios: llevárselos por el aire y darles nuevo ganado en otra parte.

Dios, en esos tiempos, siempre hizo las cosas de otro modo.

Para que Moisés pudiera convencer al Faraón mandó una plaga de mosquitos que cubrió todo Egipto, picando a hombres y animales sin piedad.

El Faraón, entonces, les dijo a los judíos que se podían ir si le decían a Dios que terminara con los mosquitos.

Así lo hizo Dios, pero el Faraón se arrepintió y dijo:

—Ahora no se van nada.

Fue así que Dios mandó una cantidad de tábanos que les hizo la vida imposible. Lo mismo dijo el Faraón y, del mismo modo, se arrepintió cuando se marcharon los tábanos.

Dios les mandó un granizo que destrozó todos los sembrados de Egipto, hiriendo o matando a los animales.

El Faraón volvió a pedir que esto se acabara.

Lo hizo Dios y el Faraón dijo:

—Ahora que todo pasó, no se van nada.

Por esta razón, Dios les mandó langostas que se comían los sembrados. Resuelto del modo habitual el problema de la langosta, esto es, el Faraón llamaba a Moisés y le decía:

—Moisés, decile a Dios que se pueden ir, que acabe con las langostas

Dios acabó con las langostas y el Faraón dijo:

—Ahora, no se van nada.

Dios, que se venía enojando porque hasta acá no lo estaba, les mandó pústulas y úlceras eruptivas que atacaban a todas las personas y a los animales.

Con esto el Faraón no embromó mucho y dijo que estaba bien que se podían ir, que se llevaran algunas cosas, pero dejaran otras que le interesaba tener.

El Faraón, por más Dios que estuviera en el medio, trataba de negociar.

Dios mandó tinieblas y no hubo luz en Egipto durante tres días. El Faraón no encontraba ni el cetro real y, convencido al fin, dijo que se fueran de una vez.

Entonces, Dios mandó a Moisés a que le sacara todo el oro y la plata que pudiera a los egipcios bajo la amenaza de que, si no se los daban, Dios mataría a todos los primogénitos de Egipto.

Los egipcios, después de tantas desgracias, estaban dispuestos a dar todo lo que tenían.

Moisés y los judíos se llevaron cuanto pudieron cargar.

De todas maneras, Dios mató a los primogénitos de todos los egipcios, de los esclavos y los animales. No perdonó ni al hijo de un pobre que se encontraba encarcelado.

Eso por si había alguno en Egipto que dudara que Él era Dios y que hacía lo que quería.

También es cierto que los egipcios eran porfiados.

Fijémonos que, a pesar de tanta muestra de poderío, los tipos siguieron creyendo en Osiris, Seth e Isis.

Como diría Dios: «Bestias incrédulas».

hecho 5

N**o** había hombre que creyera más en Dios que Job. Cuenta la Biblia que Dios se encontró con Satanás y le preguntó qué andaba haciendo.

Satanás le respondió que estaba paseando.

Dios le preguntó si había visto a Job, que era un tipazo, que cómo creía en Él. Satanás le dijo:

—¿Quién no creería en vos teniendo todo lo que Job tiene? Sacale lo que tiene y veremos si sigue creyendo en vos.

Dios le dijo:

—Ya vas a ver.

De inmediato, mató a todas las ovejas, los camellos, los perros, los gatos, en fin, hasta los pajaritos que había en los campos

de Job (que era riquísimo). No satisfecho, mató a todos los esclavos, que eran muchísimos.

Dios pensó: «¿Será bastante como para ponerlo a prueba?» Por las dudas, siguió y le mató todos los hijos y todas las hijas.

Job se rasgó las vestiduras y estaba desesperado.

De la noche a la mañana había quedado en la ruina completa y no tenía ni para comer y se le había muerto toda la familia. Menos la mujer a la que Dios se la dejó como castigo.

Se encontró Dios con Satanás y le dijo:

—¿Viste lo que hice y todavía cree en mí? ¿No te dije que este era un verdadero varón?

—Como todos, creen hasta que los tocás a ellos mismos. Tocale el cuerpo, la piel y veremos.

Sin perder el tiempo, Dios le mandó una úlcera maligna que iba desde el tobillo hasta la coronilla de Job.

El pobre tipo se la pasaba rascándose y sentándose sobre cenizas para amortiguar la picazón de ano.

Ahí la mujer le dice:

—¿Vos todavía creés en ese tipo, tarado?

Palabra más, palabra menos fue lo que escuchó Job.

Oyendo lo que decía su mujer, medio como que enarcó una ceja, prestando atención o vacilando un poco.

En ese momento lo visitan unos amigos que discuten con él sobre si tenía que seguir creyendo o no.

A Job no se le ocurre mejor idea que decir:

—Me gustaría discutir este asunto mano a mano con Dios y preguntarle si yo me merezco esto.

Tuvo la mala suerte que Dios lo escuchó y, ahí nomás, se le presentó diciendo:

—¡Gusano! ¿Quién te creés que sos para discutir lo que yo hago? ¿Tu brazo es como el mío? ¿Suena tu voz como la mía? ¡Piltrafa humana! ¡Yo soy Dios y nadie discute lo que Yo hago! ¿O querés culparme para justificar la miseria de tu vida?

Job agachó la cabeza y pidió perdón, poniéndose de rodillas y juntando sus manos como para orar.

Dios lo palmeó y le dijo:

—Si te portás bien, veremos qué hago por vos, más adelante.

Ese sí que es un Dios que se hace respetar y da miedo contradecir, aunque no se entienda qué está haciendo ni para qué.

hecho 6

El último de los hechos que comentaremos, sucede muchos siglos más tarde.

Podríamos decir que, tal vez, sean milenios.

Para esta época, Dios ya había producido algunos cambios en sus actitudes y no tenía el mismo brío de sus comienzos.

Es posible que estuviera cansado, le faltaran fuerzas o hubiera viajado a otro planeta.

Las posibilidades son muchas. Pero, si los demás hechos lo muestran en todo su Poder y Autoridad, el último episodio nos deja interrogantes y, más que nada, una sensación de vacío, de orfandad, de pena.

El suceso del que hablamos es aquel en el que un buen hombre, hijo de un carpintero, que no había hecho mal a nadie, se desangraba clavado en una cruz y, en su infinita desesperación, exclamó:

—Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Quizás, esa mañana, Dios se quedó dormido.